

Quiero vivir con la perspectiva de la muerte.

Índice

Introducción

Adoptemos una perspectiva sobre la muerte.

La muerte de un santo

«Los vivos lo tomarán en serio»

El destino de todas las personas es el mismo.

La muerte no es el final.

Antes de morir...

«Pon tu casa en orden»

Isaac, que temía ser asesinado

La determinación de afrontar la muerte

El sufrimiento presente y la gloria futura

«Ojalá hubiera muerto en tu lugar»

¿Cómo llevar la vida a un buen final?

Cosas que hacer antes de morir

¿Cómo debo prepararme para despedirme de mi amada familia?

Preparémonos diligentemente para el funeral con antelación.

«Pon mis lágrimas en tu redoma»

Al contraer una enfermedad terminal y al recuperarnos de ella
Cuando se acerca el momento de mi muerte
¿Tres razones para dar gracias a Dios incluso en la encrucijada de la vida y la muerte?
Cesar en la labor y hallar descanso
Deseo cerrar los ojos en paz.
Ya no habrá más muerte.
¿Qué pasaría si los muertos no resucitaran?
«Él también dará vida a sus cuerpos mortales»
La esperanza de la resurrección
Sobre aquellos que han dormido
Mi muerte es...
He reflexionado sobre mi muerte.
Debemos reflexionar sobre nuestra propia muerte.
Desde el día de Año Nuevo, el 1 de enero...
¿El final de la vida?
Si surge una situación en la que dependa únicamente de un respirador...
Debería convertirme en un grano de trigo...
Incluso a través de la muerte...
La muerte
«Sobre la meditación de la muerte»
¿Es necesario tomarse en serio la experiencia de la muerte?
«Si se te devolviera la vida, ¿cómo querrías vivir?»
Vivamos con una perspectiva sobre la muerte.
Debemos adoptar una perspectiva sobre la muerte.
Deberíamos vivir con esta perspectiva... La muerte de Jesucristo en la cruz...
La muerte de un ser querido...
A través de la muerte de un ser querido...
El diario de la esposa de un mártir
¿No debería el amor ser más fuerte que la muerte? ...

¿Los sentimientos de un paciente con cáncer?

«El amor es tan fuerte como la muerte»

Perdona antes de morir

Debes reconciliarte antes de morir. Si no lo haces, te arrepentirás el resto de tu vida.

La muerte no es el final.

La muerte también es hermosa.

En verdad, solo tenemos tiempo para amar.

Una historia conmovedora tras el hundimiento, revelada por un oficial superviviente del
Titanic

El testamento de una hermana mongola

La muerte

Conversaciones con niños

La muerte del primogénito

¿Qué lección aprendió papá?

¡No te preocupes, mamá!

«Voy a incinerar a papá»

El beso de la abuela Jang

Quiero compartir el dolor y llorar juntos.

La abuela Im Bong-hee

El cortauñas

Visita a una residencia de ancianos

El difunto Sr. Lee Jin-gu, que descanse en paz

El esposo de mi tía mayor

No debemos dejar pasar el momento de dar...

Le echaré de menos.

La abuela Choi Bun-nam

Recordando a la difunta abuela Choi Bun-nam

Conclusión

Introducción

El Señor me estaba enseñando una perspectiva sobre la muerte.

Cuando regresé brevemente a Corea para servir como pastor de educación en la Iglesia Seohyun, el Señor puso en mí un corazón y una pasión por los jóvenes adultos. Sin embargo, a través de la promesa de Mateo 16:18 —«Edificaré mi iglesia»—, Él me guio de vuelta a la Iglesia Presbiteriana Seungri para servir a los miembros de mayor edad de la congregación. Luché y oré, buscando comprender la voluntad del Señor en esto. En el proceso, Él me guio a officiar los funerales de estos miembros ancianos, lo que me llevó a reflexionar también sobre mi propia muerte. A través de las lecciones que me enseñó sobre la muerte, Él infundió esta perspectiva en mi corazón. Llegué a comprender, al menos en parte, que esta era la voluntad del Señor: al traerme de regreso a la Iglesia Presbiteriana Seungri para servir a los ancianos, Él me estaba enseñando cómo ver la muerte. Desde entonces, comencé a animarme a mí mismo y a los miembros de nuestra iglesia a vivir con esta perspectiva sobre la muerte. Además, empecé a compartir estas enseñanzas —haciendo hincapié en la necesidad de que todos vivamos con una perspectiva sobre la muerte— a través de plataformas en línea como mi blog de Naver, Facebook y KakaoStory.

Luego, durante el servicio de oración de la madrugada de ayer, después de predicar sobre Isaías 40:1 —«Vuestro Dios dice: "¡Consolad, sí, consolad a mi pueblo!"»—, mientras oraba a solas, de repente me vino un pensamiento: sería maravilloso reunir las publicaciones que había escrito en mi blog de Naver sobre la perspectiva de la muerte que el Señor me había enseñado, compilarlas en un manuscrito y compartirlas con la congregación. Mi esperanza no era solo consolar al pueblo de Dios que llora la pérdida de familiares, amigos o hermanos en la fe amados, sino también ofrecer una pequeña ayuda para que ellos también puedan adoptar la perspectiva sobre la muerte que el Señor ha comenzado a enseñarme.

Con ese fin, he dedicado tiempo a recopilar todas las publicaciones de mi blog que podrían ayudar a cultivar esta perspectiva sobre la muerte y a reunir las aquí bajo el título: «Quiero vivir con una perspectiva sobre la muerte». Estos escritos consisten principalmente en reflexiones sobre las Escrituras, meditaciones breves y relatos de experiencias de mi familia y de mis ministerios en la iglesia. Oro para que el Señor conceda el deseo de mi corazón — vivir conforme a Su voluntad con esta perspectiva sobre la muerte y, finalmente, tener un hermoso desenlace— y para que, a través de este manuscrito, Él consuele a Su pueblo e infunda en ellos esta misma perspectiva.

Al reflexionar en Jesucristo, quien murió en la cruz por un pecador como yo,

Un mensaje del pastor James Kim

(1 de agosto de 2018; recordando con anhelo a los amados hermanos y hermanas que ya han sido acogidos en los brazos del Señor)

Adoptemos la perspectiva de la muerte.

«Mejor es ir a la casa del luto que a la casa del banquete; porque aquello es el fin de todos los hombres, y el que vive lo pondrá en su corazón» (Eclesiastés 7:2).

Desde principios de 2008, ya he asistido a dos funerales, ambos en el transcurso de una sola semana. Asistir a ellos me llevó a meditar una vez más en Eclesiastés 7:2. Al reflexionar sobre el hecho de que la muerte es el destino final de todos, y al asimilar esta verdad mientras aún tengo vida, me pregunté de nuevo: «¿Cómo debo vivir, entonces?». En particular, hoy me sentí impulsado a reflexionar profundamente sobre este versículo tras recibir la noticia de que a mi querido tercer tío, el reverendo Kim Chang-hyuk, le quedan apenas dos o tres semanas de vida, según su médico. En medio de estas reflexiones, me sentí desafiado a vivir teniendo presente la perspectiva de la muerte.

¿Por qué deberíamos vivir con la perspectiva de la muerte? Porque hacerlo nos beneficia. ¿En qué consiste ese beneficio? Aunque hay muchos, quisiera compartir tres puntos concretos.

En primer lugar, cuando vivimos con la perspectiva de la muerte, reconocemos la incapacidad y la impotencia humanas, lo que nos lleva a depender totalmente de Dios.

Asistir a esos dos funerales me recordó una vez más que los seres humanos somos vidas destinadas a volver al polvo del que procedemos. Se me recordó que, como dice la Biblia, somos como una neblina que aparece por un breve instante y luego se desvanece (Santiago

4:14). Al estar frente a la muerte, es inevitable sentir la absoluta incapacidad e impotencia del ser humano. Por muy poderoso, famoso o rico que uno sea, todo ser humano experimenta inevitablemente una sensación de impotencia y desvalimiento ante la muerte. Los jóvenes, en particular, deberíamos asistir a funerales. Hacerlo nos permite comprender plenamente el alcance de la fragilidad y la impotencia humanas. ¿Por qué hacer tal esfuerzo? Lo hago para desprenderme de mis propias fuerzas. En otras palabras, deseo asistir a funerales para renunciar a confiar en mí mismo y, en su lugar, depender del poder y la fortaleza de Dios. Necesitamos humillarnos, no solo ante los demás, sino profundamente ante Dios. Al contemplar la cercanía de la muerte en la presencia de Dios, debemos dejar de lado nuestras propias fuerzas, inclinarnos ante Él y confiar en Su poder. A través de los funerales, debemos aprender que Dios es quien gobierna la vida, la muerte, la fortuna y la adversidad. Debemos aprender a reconocer la soberanía de Dios y aceptar el hecho de que nuestras vidas dependen enteramente del Señor. Para lograrlo, debemos examinarnos a nosotros mismos a la luz de la muerte.

Personalmente, disfruto mucho cantar el himno 342, "Cuando llegan las pruebas" (o "Cuando enfrento dificultades"). La letra de la primera estrofa y del coro dice así: (Estrofa 1) "Cuando enfrento dificultades y mi fe flaquea, más me apoyo en el Señor en quien confío"; (Coro) "Al pasar el tiempo, Él es mi único refugio; venga lo que venga, confío en Jesús". A través de las adversidades que atraviesan mis seres queridos, Dios me ayuda a comprender cuán frágil es mi propia fe. En consecuencia, el Señor me guía a depender cada vez más y plenamente solo de Él. Con el paso del tiempo, aprendo sobre la fragilidad humana y la fortaleza de Dios al enfrentar la realidad de que los seres humanos inevitablemente envejecemos y enfermamos. Por ello, deseo aún más contemplar mi vida desde la perspectiva de la muerte.

En segundo lugar, cuando vivimos teniendo presente la muerte, buscamos las cosas eternas en lugar de las pasajeras.

A menudo decimos que llegamos a este mundo con las manos vacías y que nos vamos de él de la misma manera. Sin embargo, aun sabiendo esto, llevamos vidas ajetreadas, esforzándonos por llenar nuestras manos de cosas. Cuando asistimos al funeral de un ser querido, nos sentimos impulsados una vez más a reflexionar —aunque sea brevemente— sobre el propósito de nuestra existencia y la manera en que debemos vivir. Pero pronto olvidamos los propósitos hechos durante el funeral y regresamos a una vida inquieta y agitada, intentando nuevamente llenar nuestras manos de posesiones. ¿Cuál es el resultado de trabajar tan arduamente sin hallar jamás el verdadero descanso? Al fin y al cabo, terminaremos entrando en la tumba con las manos vacías. Si somos verdaderos creyentes en Jesús, debemos aprovechar los funerales como una oportunidad para reflexionar sobre nuestras vidas desde la perspectiva de la muerte y considerar cómo y para qué propósito debemos vivir durante los días que Dios nos concede en la tierra. Al hacerlo, pondremos nuestra mente en las cosas de arriba y no en las de este mundo, y nos determinaremos a buscar lo eterno en lugar de lo temporal. Comprenderemos que este mundo no es nuestro hogar y, al igual que los héroes de la fe en Hebreos 11, anhelaremos una patria mejor y caminaremos hacia el cielo. ¿Por qué es así? Porque cuando vemos el mundo a través del prisma de la muerte, no podemos sino estar de acuerdo con Salomón, el Predicador, en que las cosas mundanas que perseguimos carecen totalmente de sentido (Eclesiastés 1:2; 12:8). Llegamos a comprender que, una vez que este mundo pase, solo aquello que es eterno permanecerá para siempre. Aprendemos a desprendernos de las cosas pasajeras que alguna vez anhelamos y perseguimos en este mundo, sin otorgarles ya gran importancia. Al hacerlo, decidimos una vez más valorar lo verdaderamente eterno y vivir para ello. Renovamos nuestro compromiso de compartir el Evangelio con almas eternas —impulsados por un amor eterno y guiados por la Palabra eterna— por amor al Señor eterno.

Cuando contemplo los cuerpos de seres queridos —que del polvo vinieron y al polvo regresan— o los ataúdes que los contienen, a menudo reflexiono sobre mi propia muerte y mi funeral. Me encuentro meditando en el significado de Eclesiastés 7:1, que sugiere que el día de la muerte es mejor que el día del nacimiento. El rey Salomón, el Predicador, afirmó

que el buen nombre es mejor que el buen ungüento (v. 1); me pregunto si, tras mi muerte, el nombre "Kim Ji-won" o "James Kim" será recordado como algo hermoso por las personas que Dios ha puesto en mi vida. Imagino a cuántos podrían pensar en mi nombre y decir: "Kim Ji-won (James Kim) buscó las cosas eternas y ahora ha partido hacia el lugar eterno que tanto anhelaba". Amigos, para vivir en este mundo como ciudadanos del mundo venidero, debemos vivir con una perspectiva que abrace la muerte. Debemos buscar las cosas eternas mientras vivimos en este mundo, manteniendo una perspectiva eterna. Por último, el tercer punto: vivir teniendo presente la muerte nos permite aprovechar al máximo nuestro tiempo.

Quienes viven teniendo presente la muerte son sabios. Y los sabios buscan aquello que es eterno. En este contexto, la persona sabia presta mucha atención a su conducta y vive como alguien verdaderamente sabio (Efesios 5:15). Por ejemplo, una persona sabia no busca una vida de embriaguez y desenfreno (v. 18), pues reconoce que tal estilo de vida es insensato (v. 17). Consciente de que los tiempos son malos, aprovecha bien el tiempo (v. 16). Además, procura comprender la voluntad del Señor y se esfuerza por cumplirla (v. 17). En consecuencia, vive una vida llena del Espíritu Santo, ofreciendo alabanza y adoración a Dios de todo corazón (v. 19). También vive dando gracias constantemente a Dios Padre por todo, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo (v. 20).

Es un hecho de la vida que, al envejecer, nos damos cuenta de lo rápido que pasa el tiempo; aunque, por supuesto, hay muchos que ignoran esta realidad y lo desperdician. ¿Cómo podemos, entonces, aprovechar al máximo este tiempo que se escapa tan velozmente? Asistir a un funeral y reflexionar sobre nuestra propia mortalidad es una manera de hacerlo. A menudo vivimos ajetreados, como si fuéramos a vivir para siempre; sin embargo, al asistir al funeral de un ser querido, deberíamos al menos detenernos a mirar atrás y contemplar el desenlace final de nuestra propia vida. Debemos considerar cómo vivir y cómo llegar al final de nuestros días. La razón es que nuestros propios funerales no están tan lejos; la diferencia entre nosotros es solo cuestión de grado, como comparar la altura de unas bellotas.

Ya he cumplido cuarenta años. Si la esperanza de vida promedio es de setenta u ochenta años, ya he vivido la mitad de la mía; aunque, claro está, solo Dios sabe cuándo me llamará a su presencia. Últimamente reflexiono sobre la importancia de cada día que pasa, sencillamente porque nadie sabe qué nos depara el mañana. Puesto que Dios me ha concedido este día, simplemente me esfuerzo por vivir plenamente para su gloria; En cuanto al mañana, si Él lo permite, creo que simplemente puedo vivir con la misma actitud. No deseo detenerme en el pasado ni siento la necesidad de angustiarme por el futuro bajo el pretexto de prepararme para él. Simplemente valoro una vida de caminar con el Señor día a día, llena de gozo, alegría y gratitud. Creo que, si vivo de esta manera, podría presentarme ante el Señor con un corazón agradecido incluso si falleciera esta misma noche. Al fin y al cabo, ¿qué se puede hacer respecto a los años que ya han pasado? No sé cuánto tiempo más me ha concedido Dios en esta tierra —ni necesito saberlo—, pero simplemente deseo buscar las cosas eternas mientras confío en el Señor cada día. Quiero vivir para Su gloria, caminando junto a Él y cumpliendo fielmente el ministerio que me ha encomendado.

El amado pastor Kim Chang-hyuk se encuentra actualmente en un estado de gran fragilidad física. Recuerdo haberlo visto luchar incluso para levantarse del sofá por sí mismo. Sin embargo, aun en esa condición, recuerdo cómo cantaba con gran fuerza el estribillo del himno número 40 —«Mi alma alaba la grandeza y la majestad del Señor»—, apoyándose plenamente en Dios. Aunque su cuerpo está sumamente débil, su alma se eleva como un águila hacia los cielos. Su alma, que alaba la grandeza y la majestad de Dios, descansa únicamente en el Dios eterno. Uniéndome —aunque de manera imperfecta— a su ferviente oración para que solo la gloria de Dios sea revelada, hago esta confesión ante Dios y ante todos ustedes: «Deseo vivir como alguien que ya está muerto». Anhele vivir teniendo presente la perspectiva de la muerte. Con ese fin, quiero seguir el consejo del rey Salomón —el Predicador— y visitar servicios funerarios. Quiero asistir a funerales y, estando vivo, contemplar la muerte: el final de la vida en este mundo. Quiero sentirla profundamente, grabarla en las tablas de mi corazón. Y, con esta perspectiva de la muerte, quiero vivir los

días que me quedan, confiando cada vez más en el Señor y buscando las cosas eternas.
Creo que, al hacerlo, viviré para siempre, incluso después de la muerte. Amén.

La muerte de un santo

«El Señor considera preciosa la muerte de sus santos» (Salmo 116:15, *Versión Coreana Contemporánea*).

El difunto evangelista Ahn Deok-il falleció en paz el sábado pasado (19 de noviembre de 2016) al mediodía, rodeado de su familia, tras un servicio celebrado en el momento de su partida. Su hija, la hermana Jin-kyung, me envió un mensaje por KakaoTalk a las 3:14 p. m.: «Ha dado su último suspiro... Se ha ido en paz para estar con Dios... Gracias». Le respondí: «Demos gracias, pues ahora descansa en paz en el abrazo de Dios». Al conocer la noticia, la compartí en el grupo de KakaoTalk de nuestra iglesia. Unos diez minutos después, nuestro pastor emérito —quien actualmente sirve en el campo misionero— publicó un mensaje en el grupo con una reflexión sobre el difunto evangelista Ahn: «Himno fúnebre 480; Escritura: Salmo 116:15; Oración por un gran consuelo (1 Tesalonicenses 4:13–18)». En consecuencia, seleccioné el Salmo 116:15 —el versículo sugerido por el pastor emérito— como texto para el sermón del servicio de cierre del féretro de hoy. También elegí el himno 480 («Nos encontraremos en el cielo») como himno de clausura, tal como él había recomendado, y designé 1 Tesalonicenses 4:13–18 como la lectura bíblica para el servicio de sepultura. Lo hice porque el pastor emérito amaba profundamente al evangelista Ahn y había estado orando fervientemente por él desde la distancia. Hace apenas unos días, la diaconisa Ahn y la hermana Jin-kyung pasaron brevemente por la iglesia tras visitar una funeraria coreana para hacer los preparativos del funeral. Fue a través de la señora Ahn (*Kwon-sa*) que conocí los detalles específicos sobre cuándo y cómo el evangelista Ahn y ella comenzaron a asistir a nuestra iglesia. En aquel entonces, el pastor emérito de nuestra iglesia dirigía un seminario paralelamente a su ministerio pastoral, y tanto el evangelista Ahn como la señora

Ahn eran estudiantes allí. Esa conexión los llevó a empezar a asistir a nuestra iglesia; un camino que comenzó hace veintidós años. Por eso, nuestra congregación se refería al difunto simplemente como el «Evangelista Ahn». Me conmovió profundamente cuando la señora Ahn compartió las palabras que el difunto Evangelista Ahn pronunció mientras aún estaba consciente, antes de su fallecimiento; palabras que revelaban su profundo amor por nuestra Iglesia Presbiteriana Seungri.

Hoy, al celebrar el servicio de cierre del féretro del difunto Evangelista Ahn Deok-il, deseo reflexionar sobre tres verdades que debemos tener presentes —basándome en el Salmo 116:15 y en el tema «La muerte de un santo»— y recibir las lecciones que Dios nos ofrece. Comparto esto con la familia doliente a la que él tanto amaba, con nuestra familia de la iglesia Seungri y con todos los presentes que acompañan en el duelo.

En primer lugar, debemos tener presente el hecho de que nosotros también enfrentaremos la muerte algún día.

Consideremos Eclesiastés 7:2: «Mejor es ir a la casa del luto que a la casa del banquete; porque aquello es el fin de todos los hombres, y el que vive lo pondrá en su corazón». Esta es una verdad que todos conocemos; somos conscientes de que la muerte es el destino final de todos en esta tierra. Sin embargo, parece que a menudo no asimilamos verdaderamente nuestra propia mortalidad. Quizás estamos demasiado ocupados con el ajetreo de la vida... Me preocupa incluso que tendamos a tomar a la ligera la realidad de la muerte. Amigos, debemos vivir con una perspectiva que reconozca la muerte. Para ello, tal vez necesitamos experimentar —mientras vivimos en esta tierra— el «peligro de muerte» y el «terror del sepulcro», tal como lo hizo el salmista (Salmo 116:3). Una buena manera de lograrlo es, como sugirió el Predicador en Eclesiastés, visitar una casa de luto en lugar de una casa de banquete; es decir, asistir a un funeral en vez de a una boda. Personalmente, cuando asisto a un funeral, trato de reflexionar sobre mi propia muerte: durante el servicio de despedida ante el féretro, me imagino a mí mismo yaciendo dentro del ataúd y, durante

el servicio de sepultura, me visualizo siendo depositado en la tumba. Los animo a intentar hacer lo mismo. Al hacerlo, debemos contemplar ante Dios cómo vivir el resto de nuestras vidas en la tierra, teniendo siempre presente la perspectiva de la muerte. Cuando lo hacemos, la conclusión a la que llegamos debe ser una resolución y una confesión como la del salmista: "Andaré delante del SEÑOR en la tierra de los vivientes" (versículo 9).

En segundo lugar, debemos tener presente que Dios considera preciosa la muerte de sus santos.

Observemos el Salmo 116:15: "Preciosa a los ojos del SEÑOR es la muerte de sus santos". ¿Por qué considera Dios preciosa la muerte de sus santos? Porque, a los ojos de Dios, los santos son preciosos y estimados (Isaías 43:4). ¿Cómo llegamos nosotros, como santos, a ser preciosos y estimados a los ojos de Dios? Porque Dios nos amó lo suficiente como para sacrificar al precioso Jesús en la cruz; Él perdonó todos nuestros pecados, nos declaró justos y nos salvó. Por tanto, como personas preciosas y estimadas a los ojos de Dios, debemos comprender la magnitud de la gracia salvadora que Dios nos ha otorgado en Cristo. Al hacerlo, y al igual que el salmista, debemos servir fielmente al Señor como sus siervos (versículo 16), reflexionando sobre la pregunta: "¿Cómo puedo recompensar al Señor por todos los beneficios que me ha otorgado?" (versículo 12). Además, al ofrecer adoración y acción de gracias a Dios, debemos consagrarnos al Señor (versículo 17) y vivir conforme a su voluntad (versículo 9).

En tercer y último lugar, debemos tener presente el hecho de que ya no habrá más muerte.

Observemos Apocalipsis 21:4: "Él enjugará toda lágrima de sus ojos; ya no habrá más muerte, ni tristeza, ni llanto, ni dolor". "...porque las primeras cosas pasaron" (Biblia Coreana Contemporánea). El difunto evangelista Ahn había estado sufriendo una enfermedad desde 1994, hace unos 22 años. Comenzó a recibir diálisis en aquel entonces e incluso se sometió a un trasplante de riñón hace aproximadamente 11 años; sin embargo, soportó un largo

periodo de enfermedad y dolor. Así pues, alrededor de la hora del almuerzo del viernes pasado, mientras él aún estaba consciente, compartí con él un mensaje de esperanza basado en Apocalipsis 21:4. Le dije que, al ser acogido por el Señor, ya no sentiría dolor y quedaría libre de sufrimiento. Tras su fallecimiento, su hija, la hermana Jin-kyung, me envió un mensaje por KakaoTalk: «Papá se veía en paz en sus últimos momentos». Estoy muy agradecido por ello. El diácono Kim Chang-min, quien sirve como misionero en Egipto, publicó lo siguiente en el grupo de KakaoTalk de la iglesia: «Aunque respeto a todos en la Iglesia Presbiteriana Victory, el evangelista Ahn —sin temor a su enfermedad ni a la muerte— demostró la esperanza del cielo tanto con sus palabras como con sus acciones». El difunto evangelista Ahn Deok-il escucha ahora las palabras que el salmista se dirigía a sí mismo: «Alma mía, halla tu descanso ahora». Tal como se dijo: «El Señor te ha mostrado gracia» (versículo 7), él disfruta ahora del descanso eterno en el seno del Señor.

Nosotros, los que creemos en Jesús, somos santos. A los ojos de Dios, la muerte de un santo es preciosa. Para experimentar una muerte tan preciosa, debemos adorar a Dios con gratitud, recordando toda la gracia que Él nos ha otorgado a través de Jesús. Además, debemos vivir conforme a la voluntad de Dios y tener un final hermoso. Oro para que todos podamos reencontrarnos en el cielo.

(Versículo 1) En el cielo nos veremos, en aquella mañana;
peregrino, prepárate, no llegues tarde.

(Versículo 2) ¿Arde brillante tu lámpara? El Esposo aguarda;
al llegar a la puerta del cielo, Él te dará la bienvenida.

(Versículo 3) Cuando encontremos a los santos anhelados en esa puerta,
¡qué reunión tan gozosa, qué felicidad será!

(Coro) Encontrémonos, encontrémonos a las puertas del cielo allá;
encontrémonos, encontrémonos; encontrémonos en esa puerta, en aquella mañana.

(Nuevo Himnario n.º 480, «Encontrémonos en el cielo»)

“Los vivos lo tomarán muy en cuenta”.

“Mejor es el buen nombre que el buen ungüento, y mejor el día de la muerte que el día del nacimiento. Mejor es ir a la casa del luto que ir a la casa del banquete, porque aquel es el fin de todo hombre, y los vivos lo tomarán muy en cuenta. Mejor es la tristeza que la risa, pues la tristeza del rostro alegra el corazón. El corazón de los sabios está en la casa del luto, pero el corazón de los necios está en la casa de la alegría” (Eclesiastés 7:1-4).

Recuerdo un reportaje que vi una vez en YTN, un canal de noticias coreano, durante la emisión de las 11 de la noche. Mostraba un “centro de experiencia de la muerte” en Gyeonggi-do, Corea, donde las personas podían vivir una simulación de su propio fallecimiento. Los participantes se tomaban fotografías para su funeral, escribían y leían sus testamentos, e incluso llevaban sus retratos a una funeraria simulada para leer dichos testamentos en voz alta. Vi a muchos participantes —especialmente a aquellos que leían sus testamentos— derramar lágrimas. Más allá de la simple lectura del testamento, los participantes llegaban a meterse en un ataúd. Luego, otra persona echaba lentamente tierra sobre la tapa con una pala. Al ver cómo se vertía la tierra desde cierta altura para asegurar que el sonido resonara, comprendí que escuchar ese ruido mientras se está dentro del ataúd haría que la experiencia de la muerte se sintiera increíblemente real para los vivos. Las reacciones de quienes vivieron esta experiencia se resumían principalmente en sentimientos como: “Quiero vivir más tiempo”. También mencionaron que, durante todo el proceso, sus pensamientos se dirigían con mayor frecuencia a sus familias. En una

entrevista, el director del centro explicó que, en una época tan centrada en el “bienestar” (*well-being*), lanzó este programa para ayudar a las personas a prepararse para una “buena muerte” (*well-dying*). Uno podría ver esta noticia y pensar: “Hoy en día hacen cualquier cosa”, pero personalmente pensé: “Es una idea excelente”. Creo que es algo positivo si tales experiencias ayudan a las personas a comprender verdaderamente la realidad de la muerte y a prepararse para ella.

En el pasaje de hoy, Eclesiastés 7:2, el rey Salomón —el Maestro que escribió el libro— afirma: “Los vivos lo tomarán muy en cuenta”. ¿Qué es “esto”? El hecho es que el «fin de toda persona» es la muerte. Observemos Eclesiastés 7:2: «Mejor es ir a la casa del luto que a la casa del banquete, porque aquel es el fin de todo ser humano...». Necesitamos reflexionar profundamente sobre nuestra propia muerte. Debemos considerar seriamente el hecho de que, un día, nosotros también bajaremos de este tren y llegaremos a nuestro destino final. En consecuencia, debemos contemplar con sinceridad cómo vivir el resto de nuestros días a la luz de esta realidad. ¿Cómo podemos hacerlo? El rey Salomón nos ofrece un método práctico en Eclesiastés 7:2: acudir a una casa de luto (versículo 2). En otras palabras, asistir a un funeral es una manera excelente de reflexionar sobre la muerte. Quizás no exista mejor forma de contemplar profundamente nuestra propia mortalidad que asistiendo a un funeral. Mientras lloramos al difunto, debemos reflexionar también sobre el tipo de muerte que nos aguarda. Personalmente, cada vez que asisto a un funeral y percibo con mayor intensidad la realidad de la muerte, a menudo me asalta un pensamiento: para morir bien, debo vivir bien. En última instancia, un funeral brinda una valiosa oportunidad para considerar cómo vivir el resto de mi vida con sentido.

Debemos vivir bien para morir bien. Entonces, ¿qué significa vivir una buena vida? ¿Cómo podemos saber si estamos viviendo bien? Parece que la cuestión de si alguien ha vivido una buena vida o no solo puede evaluarse verdaderamente después de la muerte. ¿Cómo podemos saberlo, entonces? Podemos hallar la respuesta considerando nuestro nombre. Dicho de otro modo, podemos medir cómo hemos vivido observando si la gente habla bien

de nosotros —si alaban nuestro nombre— en nuestro funeral. Un antiguo proverbio afirma que toda persona tiene tres nombres: (1) el nombre que le dan sus padres, (2) el nombre por el cual otros nos llaman y (3) el nombre que nosotros mismos nos ganamos. ¿Qué clase de nombre nos estamos ganando? Como creyentes en Jesús, debemos reflexionar sobre si nuestro nombre es uno que merece alabanza, no solo de parte de Dios sino también de las personas, por haber vivido una vida justa. Proverbios 10:7 dice: «La memoria del justo es bendición, pero el nombre de los impíos se pudrirá». ¿Qué significa esto? Esto significa que, cuando se recuerda a los justos después de su muerte, se habla de ellos con elogios. El suyo es un nombre bendito; es un «buen nombre» (7:1). Este buen nombre es más valioso que el aceite fino o las riquezas terrenales.

Sin embargo, ¿cuál es el problema? Es instinto humano preferir ir a una casa de banquete antes que a una casa de luto. A la luz de Eclesiastés 7:3 —nuestro texto de hoy—, esto significa que preferimos la risa a la tristeza. Dicho de otro modo, y basándonos en la interpretación del Dr. Park Yun-sun, las personas prefieren entregarse a los placeres físicos antes que visitar a la familia afligida del difunto. No obstante, como ya afirmó el rey Salomón, el Maestro, en Eclesiastés 2:11, tal placer físico es, en última instancia, vano. En otras palabras, entregarse a los placeres mundanos en un banquete no aporta ningún beneficio verdadero a los ojos de Dios. El rey Salomón, el Predicador, declaró que lo verdaderamente beneficioso ante Dios es visitar una casa de luto y experimentar la tristeza. ¿Por qué dijo que la tristeza es mejor que la risa? Porque un semblante triste hace mejor al corazón (versículo 3). ¿Qué significa esto? Significa que contemplar la muerte ablanda nuestros corazones (Park Yun-sun). Cuando nuestros corazones se ablandan, no desperdiciamos la vida persiguiendo placeres mundanos y vanos. En cambio, con un corazón sensible, obedecemos humildemente la Palabra de Dios y vivimos una vida que le agrada. Por eso el rey Salomón nos dice en Eclesiastés 7:4: «El corazón de los sabios está en la casa de luto, pero el corazón de los necios está en la casa de alegría».

Nuestros corazones no deben morar en la casa de la alegría. Nuestros corazones no deben estar puestos en banquetes donde se disfrutan placeres físicos. Más bien, nuestros corazones deben estar en la casa de luto. Deberíamos preferir asistir a funerales. En un funeral, al estar ante el difunto, debemos reflexionar sobre nuestra propia mortalidad. Nosotros también debemos partir cuando el Señor nos llame. Esto se debe a que la muerte es el destino final de todas las personas (versículo 2). Por tanto, al contemplar nuestra propia muerte, debemos considerar cómo vivir este día de una manera que sea hermosa a los ojos de Dios. Debemos dejar un hermoso legado —un buen nombre— en este mundo. Hemos de grabar ese hermoso nombre en los corazones de nuestros hijos y descendientes. ¿Cuál es el nombre más hermoso de todos? Es el nombre de «Jesús». Como creyentes en Jesús, debemos esforzarnos por ser como Él. Al vivir una vida que refleje la semejanza de Jesús, debemos dejar recuerdos de Él a nuestros descendientes y a los vecinos que algún día asistirán a nuestros funerales. Por ello, oro para que, cuando nuestros hijos, descendientes o incluso vecinos piensen en nuestros nombres, ofrezcan alabanzas sinceras. Asimismo, oro para que, mientras la gente llora nuestra partida, resuenen voces de acción de gracias y alabanza a Dios.

El destino final de todos es el mismo.

[Eclesiastés 9:2–6]

¿Alguna vez ha oído hablar del «síndrome de Paul»? Este término se refiere al fenómeno provocado por Paul, el «pulpo adivino», durante la Copa del Mundo de Sudáfrica. Paul, que vivía en un acuario de Oberhausen (Alemania), logró una tasa de acierto del 100 % al predecir los resultados de los partidos del Mundial. Predijo correctamente el desenlace de ocho encuentros —incluida la final y siete partidos en los que participó Alemania— con una precisión asombrosa. Vi noticias sobre este pulpo en televisión e internet, y todo el asunto me pareció bastante absurdo. Resultaba ridículo porque, tras el pulpo, empezaron a aparecer todo tipo de animales «adivinos», como un cocodrilo profeta. Es probable que las casas de apuestas ganaran una fortuna gracias al pulpo Paul. Incluso vi al jugador español que marcó el gol de la victoria en la final decir «¡Viva Paul!» en televisión, y me quedé atónito.

¿Por qué cree que la gente acude a adivinos para que les lean el futuro? ¿No es acaso porque desean conocerlo? Sin embargo, la Biblia habla con claridad sobre este asunto. En Eclesiastés 7:14 y 8:7, el rey Salomón afirma que no podemos comprender ni conocer el futuro. Solo el Dios omnisciente —que gobierna el pasado, el presente y el futuro— sabe lo que nos depara el porvenir. No obstante, hay algo respecto al futuro que usted y yo podemos saber con absoluta certeza: el hecho de que el destino final de todo ser humano es la muerte. No hay nadie que ignore este hecho. Tampoco hay quien niegue que la muerte es el destino final de todo ser humano. Sin embargo, a menudo pasamos por alto que las personas reaccionan de manera diferente ante este futuro cierto que todos reconocemos. ¿Cómo vive usted su vida, entonces, a la luz de la muerte que le aguarda?

En el pasaje de hoy, tomado de Eclesiastés 9:2–3, el rey Salomón —el Predicador— utiliza la expresión «el mismo destino» (o «lo mismo») en cuatro ocasiones. ¿Cuál es ese «mismo destino» del que habla con tanta insistencia? Es la muerte: el destino final de todos nosotros. En otras palabras, Salomón afirma que, si bien todos compartimos el mismo destino final, ese destino es la muerte. Observemos Eclesiastés 9:2: «Todos comparten el mismo destino: el justo y el malvado, el bueno, el puro y el impuro, el que ofrece sacrificios y el que no lo hace. Tal como le sucede al bueno, le sucede al pecador; tal como le sucede al que jura, le sucede al que teme jurar». El rey Salomón declara que, ya sea que uno sea justo o malvado, bueno o pecador, puro o impuro, creyente o no creyente, todos terminan muriendo. No hay una sola persona en este mundo que niegue esta verdad. Todos saben que la muerte es el fin inevitable de la vida en la tierra. Tanto los cristianos que creen en Jesús como los no cristianos coinciden en algo: la muerte es el destino final de la humanidad. Sin embargo, existe un punto en el que cristianos y no cristianos no están de acuerdo: qué sucede *después* de la muerte. En otras palabras, aunque ambos coinciden en que el fin último de la vida en *esta era* es la muerte, no concuerdan —de hecho, no pueden hacerlo— sobre la realidad de *la era venidera* que sigue a la muerte. Nosotros, los cristianos, creemos en la era venidera; creemos en la vida eterna. Ya sea vida eterna en el cielo o existencia eterna en el infierno, creemos en una vida que trasciende este mundo. Los no cristianos, en cambio, no creen en el cielo y el infierno eternos descritos en la Biblia. Esta es la diferencia fundamental entre cristianos y no cristianos.

¿Qué debemos hacer, entonces? ¿Cómo debemos vivir nuestras vidas nosotros —que creemos en la era venidera, a diferencia de los no cristianos—? Debemos prestar atención a las palabras de Eclesiastés 7:2: «Más vale ir a una casa de duelo que a una casa de banquete, pues la muerte es el destino de toda persona; los vivos deben tener esto muy presente». Como personas que hoy vivimos y respiramos, debemos grabar en nuestro corazón el hecho de que la muerte es el destino final de todos en esta tierra. A la luz de esto, debemos vivir el resto de nuestros días aquí con una perspectiva que reconozca la realidad

de la muerte. ¿Cómo, entonces, debemos vivir en este mundo con tal perspectiva? Quisiera explorar esto a través de dos puntos, centrándome en el pasaje de hoy de Eclesiastés 9:2–6.

En primer lugar, debemos vivir con una perspectiva que reconozca la muerte, arrepintiéndonos del pecado que llena nuestros corazones.

Observemos Eclesiastés 9:3 en el pasaje de hoy: "Este es el mal que hay en todo lo que se hace debajo del sol: que un mismo destino les toca a todos. Además, el corazón de los hombres está lleno de maldad y hay locura en su corazón mientras viven; y después de eso, se reúnen con los muertos". El rey Salomón observa que, dado que en última instancia hay poca diferencia en las experiencias de los justos y de los impíos en este mundo, aquellos que pertenecen al mundo utilizan esto como pretexto para convertir toda su vida en una oportunidad para pecar (Park Yun-sun). Por ejemplo, cuando los impíos ven a los creyentes justos sufrir tal como ellos lo hacen, concluyen que no hay una diferencia real entre creer en Jesús y no creer; en consecuencia, cometen aún más pecado. Además, la razón por la que pecan con tanta osadía es que el juicio de Dios contra sus malas obras no se ejecuta de inmediato (8:11). Así, ante la muerte, los impíos no solo dejan de arrepentirse de sus pecados, sino que son incapaces de hacerlo; por el contrario, continúan pecando audazmente incluso frente a la muerte.

¿Cómo reaccionaría usted si supiera que su muerte es inminente? Por ejemplo, ¿cómo respondería si un médico le dijera: "Le quedan solo seis meses —o a lo sumo un año— de vida"? Imagino que hay una o dos reacciones probables. Esas dos reacciones son: (1) intentar hacer todo lo que uno desea al máximo, ya que el tiempo es corto, o (2) reflexionar sobre la propia vida ante la muerte y arrepentirse de los pecados cometidos contra Dios. En mi opinión, la primera reacción es probablemente más común que la segunda. Esto se debe a que aquellos que no creen en Jesús son incapaces de reflexionar verdaderamente sobre sus vidas y ofrecer un arrepentimiento genuino a Dios cuando se enfrentan a la muerte. Por lo tanto, si consideramos tanto a los no creyentes como a aquellos creyentes que —al igual

que los no creyentes— optan por entregarse a sus propios deseos en lugar de arrepentirse ante la cercanía de la muerte, la primera reacción parecería ser, en efecto, la más frecuente. Podemos encontrar un fundamento bíblico para esto observando a los israelitas durante el Éxodo; incluso bajo la ira y la disciplina de Dios, mostraron una gran obstinación y una actitud de dura cerviz, negándose a arrepentirse. Creo que nosotros no somos diferentes. Somos personas lentas para reconocer nuestros pecados y arrepentirnos, incluso al enfrentar la muerte. En consecuencia, sospecho que muchas más personas eligen pasar sus días restantes haciendo lo que les place en lugar de reflexionar sobre sus vidas y arrepentirse de los pecados cometidos contra Dios. Si vivimos haciendo lo que deseamos hasta el mismo momento de la muerte, no hacemos más que albergar una «locura» en nuestros corazones antes de unirnos finalmente a las filas de los muertos, tal como lo describe el rey Salomón, el Predicador, en el versículo 3 del pasaje de hoy. No debemos llegar a nuestro fin de esa manera; por el contrario, antes de enfrentar la muerte, debemos arrepentirnos ante Dios de los pecados que llenan nuestros corazones.

Al reflexionar sobre la muerte, encuentro muy convincentes las palabras del pastor Warren Wiersbe. Él afirmó que la muerte posee un poder semejante al de una «radiografía» (Wiersbe). ¿Qué significa esto? Significa que, así como nos sometemos a radiografías durante los chequeos médicos, la muerte actúa como una radiografía que revela lo que hay en nuestro interior. Por tanto, al igual que una radiografía expone nuestro estado interno, la muerte saca a la luz los pecados profundamente arraigados que albergamos, ofreciéndonos la oportunidad de arrepentirnos ante Dios. Esto implica que Dios utiliza la muerte como una herramienta para exponer los pecados que llenan nuestros corazones y llevarnos al arrepentimiento, constituyéndonos así en su pueblo santo. Por consiguiente, mientras vivimos en este mundo, debemos ver la vida a través del prisma de la muerte, arrepintiéndonos de los pecados que llenan nuestros corazones. Debemos vivir nuestros días restantes vinculando nuestra propia muerte con la muerte de Jesús en la cruz, depositando una y otra vez a los pies de la cruz los pecados que albergamos. Debemos depositar diligentemente nuestros pecados en la cruz. Confiando en el poder de la preciosa

sangre que Jesús derramó allí, debemos entregarle continuamente nuestros pecados. Aunque enfrentemos la sentencia de muerte, debemos vivir el tiempo que nos queda en la tierra arrepintiéndonos de los pecados que hay en nosotros. Al hacerlo, podremos afrontar la muerte de una manera agradable a Dios, como su pueblo santo.

En segundo y último lugar, debemos vivir con esperanza en el corazón, teniendo presente la realidad de la muerte.

Observemos el texto de hoy, Eclesiastés 9:4: «¡Para quien está entre los vivos hay esperanza; pues más vale perro vivo que león muerto!». ¿Qué le sugiere la afirmación de que «más vale perro vivo que león muerto»? Para el pueblo judío, el perro era el animal más despreciado (Walvoord). El león, como sabemos, es el rey del reino animal. Sin embargo, el rey Salomón declara que un perro vivo es mejor que un león muerto. ¿Qué significa esto? Significa que estar vivo es mejor que estar muerto. ¿Por qué es mejor la vida que la muerte? Porque, una vez que una persona muere, ya no existe la oportunidad de vivir rectamente; en cambio, mientras se está vivo, existe la posibilidad de arrepentirse y la esperanza de rectificar las cosas (Park Yun-sun). Así pues, un perro vivo es, en efecto, mejor que un león muerto. Por consiguiente, usted y yo —que estamos vivos y respiramos— estamos en mejor situación que aquellos que ya han fallecido, independientemente de cuán famosos, ricos o poderosos hayan sido tales difuntos.

¿Cómo debemos vivir entonces nosotros, que hoy estamos vivos y respiramos? Debemos vivir conscientes de que hemos de morir. Veamos Eclesiastés 9:5: «Porque los que viven saben que han de morir, pero los muertos nada saben; ya no tienen recompensa, y hasta su memoria cae en el olvido». Como afirma aquí el rey Salomón, los muertos nada saben. Para los muertos no hay amor, ni odio, ni envidia (versículo 6). Al haber fallecido, ya no tienen parte alguna en nada de lo que sucede bajo el sol, y esto para siempre (versículo 6). En resumen, no hay esperanza para los muertos. Los muertos carecen de la conciencia que los impulsaría a actuar con miras a recibir una recompensa (Park Yun-sun). Los muertos no

tienen esperanza y sus nombres han sido olvidados. Sin embargo, los vivos sí tienen esperanza. ¿Qué clase de esperanza es esta? Puesto que los vivos saben que han de morir, poseen una esperanza que les permite mantenerse vigilantes y vivir con una determinación renovada (Park Yun-sun). ¿Poseemos realmente tú y yo esta esperanza? ¿Somos verdaderamente conscientes de que hemos de morir? Y, puesto que sabemos que moriremos, ¿vivimos realmente con vigilancia y una determinación renovada? Debemos arrepentirnos mientras existe la oportunidad; la ocasión para el arrepentimiento no siempre está disponible. Sabiendo que finalmente moriremos, debemos apartarnos del pecado mientras aún vivimos. Debemos caminar por la senda correcta, manteniendo una relación adecuada con Dios. Jamás debemos desperdiciar la oportunidad de arrepentimiento que Dios nos concede, para luego lamentarlo cuando ya sea demasiado tarde. No intentemos arrepentirnos cuando el arrepentimiento ya no sirva de nada. Una vez muertos, ya no es posible arrepentirse ni sentir remordimiento. El momento de arrepentirse es ahora mismo.

El desenlace final es el mismo para todos. Ya sean justos o impíos, el destino final de todas las personas es la muerte. Sabiendo esto, ¿cómo debemos vivir nuestras vidas en este mundo durante el tiempo que se nos ha concedido? Debemos vivir conscientes de nuestra mortalidad, arrepintiéndonos de los pecados que llenan nuestros corazones. Al reflexionar profundamente sobre la muerte —que actúa como una radiografía que revela el contenido de nuestro corazón— y al contemplar la vida bajo la perspectiva de la muerte, debemos arrepentirnos diariamente ante el Dios santo, confiando en el poder de la preciosa sangre de la cruz de Jesús. Además, debemos vivir con esperanza en el corazón, aun sin perder de vista la realidad de la muerte. Como personas vivas, poseemos una esperanza que nos permite mantenernos vigilantes y vivir con una determinación renovada. En medio de esta esperanza, nosotros —los que vivimos— debemos arrepentirnos y caminar por la senda correcta que el Señor desea, con una determinación renovada. Al caminar por la senda del Señor, poseemos esperanza para el futuro. Recordemos aquellas palabras: «Más vale perro vivo que león muerto».

La muerte no es el final.

«Por tanto, velad, acordándoos de que por tres años, de noche y de día, no he cesado de amonestar con lágrimas a cada uno... En todo os he enseñado que, trabajando así, debéis ayudar a los débiles, y recordar las palabras del Señor Jesús, que dijo: “Más bienaventurado es dar que recibir”» (Hechos 20:31, 35).

Al meditar en la Palabra de Dios, el Espíritu Santo siembra en mi corazón una perspectiva particular sobre la vida. Un aspecto de esta perspectiva es la comprensión de que el hombre viene del polvo y al polvo vuelve. En otras palabras, el Espíritu Santo utiliza la Palabra de Dios para inculcarme una visión que acepta la realidad de la muerte. Consideremos Eclesiastés 7:2: «Mejor es ir a la casa del luto que a la casa del banquete; porque aquello es el fin de todo hombre, y el que vive lo pondrá en su corazón». Aunque ahora estoy vivo, contemplo la muerte que me aguarda; oro, reflexiono y me esfuerzo por vivir en esta tierra una vida que agrade a Dios, teniendo presente esa perspectiva de la muerte. Mientras lo hacía — específicamente tras predicar sobre Hechos 20:17-38 en un servicio de oración matutino—, una idea volvía constantemente a mi mente: «La muerte no es el final». Por supuesto, sé que la muerte no es la última parada porque creo en la vida eterna. Sin embargo, el pensamiento de que «la muerte no es el final» no surgió meramente del concepto del mundo venidero; más bien, nació de la certeza de que, incluso después de morir, dejamos recuerdos sembrados en los corazones de nuestros seres queridos y de nuestros hermanos en la fe: recuerdos que perduran. En otras palabras, puesto que dejamos recuerdos en las personas

que el Señor nos permitió conocer en esta tierra —familiares, parientes, miembros de la iglesia, amigos y vecinos—, la muerte no es el final. Aunque al morir partimos de este mundo hacia el cielo, nuestros seres queridos permanecen aquí, llevando nuestros recuerdos en sus corazones mientras continúan viviendo; por tanto, nuestra partida no marca un final definitivo. Adoptar esta perspectiva —que la muerte no es el final— me impulsó a arrodillarme ante el Señor y a reflexionar profundamente sobre cómo debía vivir el resto de mi vida en la tierra.

Otro aspecto de la cosmovisión que Dios está cultivando en mí a través de Su Palabra es la idea de que "la vida consiste en crear recuerdos". Nuestro tiempo en la tierra es un ciclo continuo de encuentros y despedidas. En medio de estos encuentros y despedidas, construimos recuerdos dentro de nuestras relaciones durante el tiempo que se nos concede estar juntos. Creamos tanto recuerdos positivos y preciados como, a veces, recuerdos negativos y no deseados. Por lo tanto, debemos considerar qué clase de recuerdos estamos sembrando en los demás a través de las relaciones que Dios, en su soberanía, nos concede aquí. Esto es crucial, ya que los recuerdos que sembramos seguirán influyendo en esas personas incluso después de que hayamos partido. Pensemos en nuestras familias, por ejemplo: tenemos la capacidad de sembrar recuerdos tanto buenos como malos en los corazones de nuestros familiares. Si partimos de este mundo habiendo sembrado recuerdos positivos arraigados en el Señor —en lugar de recuerdos negativos y no deseados—, esos recuerdos seguirán ejerciendo una influencia beneficiosa en la vida de nuestros familiares mucho después de que nos hayamos ido. Por el contrario, si dejamos este mundo habiendo sembrado recuerdos dolorosos en los corazones de nuestros seres queridos, seguiremos ejerciendo una influencia negativa en sus vidas incluso después de nuestra partida. Por eso, en la quietud de esta madrugada, me vino a la mente este pensamiento: "La muerte no es el final".

Tras proclamar la Palabra y orar basándome en Hechos 20:17-38 durante la reunión de oración de esta mañana, reflexiono ahora una vez más sobre el pasaje. Deseo centrarme

especialmente en los versículos 31 y 35, ya que ambos contienen el imperativo de "recordar" (versículo 31) o la instrucción de que uno "debe recordar" (versículo 35). Quisiera reflexionar sobre dos aspectos clave de cómo se condujo el apóstol Pablo entre los creyentes de Éfeso durante su estancia de tres años (versículo 18) —y qué clase de recuerdos sembró en sus corazones—, lo cual le llevó a instar a los ancianos de Éfeso a "recordar" estas cosas durante su discurso de despedida.

En primer lugar, el apóstol Pablo sembró la Palabra de Dios en los corazones de los creyentes de la iglesia de Éfeso. Observemos el texto de hoy, Hechos 20:31: "¡Así que manténganse alerta! Recuerden que durante tres años no dejé de amonestar a cada uno de ustedes, día y noche, con lágrimas". Mientras estaba en Mileto, Pablo convocó a los ancianos de la iglesia de Éfeso (versículo 17) y, durante su discurso de despedida, los exhortó a recordar cómo había amonestado a cada individuo —incesantemente, día y noche, y con lágrimas— durante tres años (versículo 31). ¿Por qué instó el apóstol Pablo a los ancianos de Éfeso a "recordar sus advertencias"? La razón es que Pablo sabía que, tras su partida de Éfeso, entrarían entre ellos "lobos feroces" (v. 29) —hombres que arrastrarían a los discípulos tras de sí y hablarían cosas perversas (v. 30)—, buscando en última instancia engañar al "rebaño" de la iglesia de Éfeso (v. 29) y llevarlos a abandonar la fe. En otras palabras, dado que Pablo preveía que vendrían herejes para engañar a los santos —haciendo que algunos sucumbieran a la herejía, pronunciaran palabras retorcidas y se apartaran de la fe—, exhortó encarecidamente a los ancianos (los supervisores de la iglesia de Éfeso, v. 28) a recordar cómo había amonestado a cada persona con lágrimas, día y noche, durante tres años. ¿Comprendemos realmente, tú y yo, este sentir del corazón de Pablo?

Intenté captar el sentir de Pablo aplicando la situación a mi propia familia. Me imaginé como cabeza de familia, ante el umbral de la vida y la muerte, y me pregunté qué les diría a mi amada esposa y a mis tres hijos si tuviera que dejarlos atrás en este mundo. Me cuestioné si, al confiar a mis tres hijos al cuidado de mi esposa, podría ofrecerle el mismo tipo de

exhortación que Pablo dio a los ancianos de la iglesia de Éfeso. Creo que probablemente le diría algo así a mi amada esposa: "Recuerda, querida esposa. Recuerda lo que procuré sembrar durante el tiempo que compartí contigo y con nuestros hijos. Me esforcé por inculcar en ti y en nuestros tres hijos el mandamiento de amar a Jesús. Espero que recuerdes eso. Y aun cuando yo ya no esté, espero que ames a Jesús el doble". "Y espero que la manera en que amas a Jesús quede arraigada en los corazones de nuestros tres hijos". La razón por la que creo que podría decirle esto a mi amada esposa ante la muerte es que, incluso antes del matrimonio —y aun antes de conocerla—, oré por la familia que el Señor finalmente edificaría. Una de mis dos peticiones específicas de oración fue: "Por favor, concédeme amar a mi esposa con el amor de Dios, y permite que ella también me ame con el amor de Dios". ¿Qué significa realmente para mí amar a mi esposa y a mis tres hijos con el amor de Dios? Significa guardar los mandamientos de Dios (Juan 14:21). Y para guardar los mandamientos de Dios, debo sembrar diligentemente la Palabra de Dios en mi propio corazón. Tengo la responsabilidad de demostrar primero mi compromiso con la Palabra de Dios y, luego, de guiar a mi esposa e hijos a amar la Biblia: leyendo, escuchando, aprendiendo y obedeciendo la Palabra de Dios escrita en ella. ¿Estoy cumpliendo fielmente esta responsabilidad —vista bajo la perspectiva de la eternidad— hacia mi amada familia y los miembros de la Iglesia Presbiteriana Victory, mi familia espiritual? Esta mañana, me veo nuevamente impresionado por el inmenso peso de este deber. Me pregunto: al igual que el apóstol Pablo, ¿sería capaz de exhortar fervientemente a mi familia y a los miembros de la iglesia —una vez que yo haya partido— a reconocer la infiltración y el engaño de las herejías (las tentaciones de Satanás) y a recordar la Palabra de Dios que les enseñé con diligencia? Debemos ser una familia y una iglesia firmes en la Palabra de Dios, manteniéndonos fieles en nuestro caminar de fe hasta el día en que nos encontremos con el Señor, sin dar la espalda a Jesús, sin importar los engaños que Satanás pueda emplear. Me pregunto: ¿estoy yo —como Pablo— amonestándolos con lágrimas, día y noche sin cesar, usando la Palabra de Dios, para que realmente lleguen a ser personas así? ¡Qué tremenda bendición sería si, incluso después de mi partida, mis hijos y mi familia de la iglesia recordaran la Palabra de Dios que les enseñé, y si vivieran fielmente su vida de fe, triunfando en las batallas

espirituales gracias a esa Palabra recordada! Reflexiono sobre cuán feliz sería como esposo, padre y pastor si —incluso si la persona conocida como «James» cayera en el olvido— ellos recordaran la Palabra que Dios habló a través de mí y se aferraran a su fe, obedeciendo dicha Palabra y librando la batalla espiritual con la certeza de la victoria. ¿Qué debo hacer para experimentar tal bendición y felicidad? Así como Pablo, durante sus tres años en Éfeso, enseñó sin vacilar a los creyentes todo lo que les era provechoso —ya fuera públicamente o de casa en casa (v. 20)—, recuerdo que yo también debo enseñar diligente y fielmente la provechosa Palabra de Dios a mi familia y a mi familia de la iglesia durante el tiempo que se me ha concedido con ellos. Y así como Pablo encomendó a los ancianos de Éfeso al Señor y a la palabra de su gracia —confiando en Aquel que es poderoso para edificarlos y darles herencia entre todos los santificados (v. 32)—, yo también encomiendo a mi amada familia y a los miembros de la Iglesia Presbiteriana Victory, el cuerpo de Cristo, al Señor y a la palabra de su gracia. Creo que el Señor edificará firmemente a los hijos de Dios mediante su Palabra. Por ello, esta mañana me consagro de nuevo al Señor. Me comprometo a sembrar diligentemente la Palabra de Dios en los corazones de mi familia terrenal y de mi familia espiritual —los miembros de la iglesia—, quienes aman esa Palabra.

En segundo y último lugar, el apóstol Pablo inculcó la imagen de Jesús en los creyentes de la iglesia de Éfeso.

Observemos el texto de hoy, Hechos 20:35: «En todo les he mostrado que, trabajando arduamente de esta manera, debemos ayudar a los débiles y recordar las palabras del propio Señor Jesús, quien dijo: "Más bienaventurado es dar que recibir"». Este pasaje proviene del discurso de despedida de Pablo a los ancianos de la iglesia de Éfeso; al relatar cómo había dado ejemplo en todo durante los tres años que pasó con los creyentes de aquel lugar, instó a los ancianos a recordar las palabras de Jesús. ¿Cuáles eran esas palabras de Jesús? Que dar es más bienaventurado que recibir. Tras exhortarlos a recordar esta enseñanza, Pablo dijo a los ancianos que él mismo había dado ejemplo a todos los creyentes de Éfeso en todos los aspectos al obedecer precisamente esta palabra de Jesús.

Por ejemplo, Pablo no codició la plata, el oro ni la ropa de nadie (versículo 33). En resumen, estaba libre de codicia. La razón es que una persona codiciosa no puede obedecer la enseñanza de Jesús de que dar es más bienaventurado que recibir. Por el contrario, la persona codiciosa cree y actúa según lo opuesto a las palabras de Jesús: creyendo que recibir es más bienaventurado que dar. Pablo no solo se abstuvo de la codicia, sino que también trabajó con sus propias manos para proveer a sus necesidades y a las de sus compañeros (versículo 34). Pablo no tomó nada de los creyentes de Éfeso; más bien, les dio. ¿Qué les dio? Proclamó sin reservas todo el propósito de Dios a los creyentes de la iglesia de Éfeso (versículo 27). Enseñó y proclamó —tanto públicamente como de casa en casa— todo lo que les era beneficioso, sin ocultar nada (versículo 20). En Éfeso, dio testimonio tanto a judíos como a griegos sobre el arrepentimiento para con Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo (v. 21). Pablo no predicaba meramente con los labios; daba testimonio de la fe en Jesucristo a través de su vida. Proclamaba la voluntad de Dios mediante su forma de vivir, y esa voluntad de Dios es servir al Señor. Por eso les dijo a los ancianos de la iglesia de Éfeso que había servido al Señor con toda humildad y con lágrimas, soportando pruebas (v. 19). Además, aunque se sentía impulsado por el Espíritu Santo a ir a Jerusalén (v. 22) —sabiendo muy bien, por el testimonio del Espíritu en cada ciudad, que le esperaban encarcelamiento y sufrimientos (v. 23)—, expresó a los ancianos su determinación respecto a la tarea de dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios: «Sin embargo, no considero que mi vida tenga valor alguno para mí, con tal de que pueda terminar la carrera y completar la tarea que el Señor Jesús me ha encomendado: la tarea de dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios» (v. 24). Pablo valoraba el cumplimiento de la voluntad de Dios —dar testimonio del evangelio— por encima de su propia vida. En otras palabras, estaba dispuesto a sacrificar su vida para llevar a cabo el propósito de Dios. Pablo instó a los ancianos de la iglesia de Éfeso a recordar precisamente esta vida ejemplar.

Al reflexionar sobre este ejemplo de Pablo, recuerdo a mi padre. También pienso en el título del libro del difunto Henri Nouwen: **Una persona que nos recuerda a Jesús**. Y recuerdo el himno 507, «Aquel que imita el corazón del Señor», que cantamos dos veces durante la

reunión de oración de esta mañana. Entonces oro a Dios: «Señor, deseo emular el corazón de Jesús. Quiero llegar a ser como Jesús. Haz de mí una persona que recuerde a los demás a Jesús». En lo personal, respecto a mi familia, una de las dos peticiones de oración que he mantenido desde antes de casarme es esta: «Que mi esposa vea la imagen de Jesús en mí y que yo, a su vez, vea la imagen de Jesús en ella». Desde que comencé a orar hasta el día en que el Señor me llame a su presencia, mi anhelo ha sido reflejar la imagen de Jesús. Por ello, creo que si logro mostrar aunque sea un destello de Jesús a mi amada esposa y a mis tres hijos antes de morir, ese sería el mayor regalo que podría ofrecerles. Por eso, durante la reunión de oración de esta mañana, canté el himno 518, específicamente la cuarta estrofa: «Quiero ser como Jesús; sinceramente, sinceramente, quiero ser como Jesús; sinceramente, sinceramente, sinceramente, quiero ser como Jesús; sinceramente». Esta es mi oración ferviente. La razón por la que oro con tanto fervor es mi convicción de que el ministerio de quien emula a Jesús perdura incluso después de la muerte. Creo que, para aquellos que se esfuerzan por parecerse a Jesús, los buenos recuerdos sembrados en los corazones de los amados hermanos y hermanas —cultivados al vivir conforme al ejemplo de Jesús— siguen obrando en ellos aun después de que la persona haya partido. Debemos valorar a aquellas personas que nos recuerdan a Jesús —quien vive incluso después de la muerte— y los hermosos recuerdos sembrados en nuestros corazones a través de nuestros encuentros y nuestra comunión con ellos en el Señor. Quien guarda muchos de estos hermosos recuerdos en su corazón es verdaderamente bendecido y verdaderamente rico.

Llegará el momento. Sin duda, arribará el día en que debamos dejar este mundo para ir a estar con el Señor. Con esta perspectiva sobre la muerte, debemos atesorar las relaciones y los encuentros que Dios, en Su soberanía, nos concede mientras vivimos en este mundo. Además, debemos comprometernos a crear hermosos recuerdos en el Señor a través de estos encuentros. Aunque nuestra naturaleza pecaminosa pueda llevarnos a causarnos mutuamente recuerdos desagradables, debemos esforzarnos por vivir una vida dedicada a crear abundantes recuerdos buenos en el Señor; recuerdos que, en última instancia, eclipsen a los malos. A medida que se acerca el momento de nuestra eventual partida,

debemos ejercer una influencia positiva los unos sobre los otros, arraigada en los hermosos recuerdos que el Señor nos ha otorgado. Al hacerlo, debemos procurar que la voluntad del Señor se cumpla en la tierra tal como se cumple en el cielo. En otras palabras, debemos servir al Señor con humildad, lágrimas y paciencia, y consagrar nuestras propias vidas a la tarea de proclamar Su Evangelio. Con este firme sentido de misión, debemos prepararnos para el momento de la despedida de nuestros seres queridos; preparándonos para esa separación momentánea aquí en la tierra. Ruego fervientemente que, con una perspectiva eterna sobre la muerte, creemos tantos recuerdos hermosos que irradian la fragancia de Jesús en las relaciones que Él nos concede, ejerciendo así una influencia positiva en nuestros seres queridos incluso después de haber partido.

Antes de morir...

«Que el Señor, Dios de los espíritus de toda la humanidad, designe a un hombre sobre esta comunidad para que salga y entre delante de ellos, alguien que los guíe en sus salidas y entradas, para que el pueblo del Señor no sea como ovejas sin pastor... Venga a los israelitas de los madianitas. Después de eso, serás reunido con tu pueblo» (Números 27:16-17; 31:2).

¿Qué es lo que deseo fervientemente del Señor antes de morir? ¿Cuál es la misión final que el Señor me encomendará emprender antes de que termine mi vida?

El pasaje de hoy, tomado de Números 27:16-17, nos muestra a Moisés —quien sabía que estaba destinado a morir tal como su hermano Aarón (versículo 13)— pidiéndole a Dios aquello que anhelaba. Lo que pidió a Dios no fue una prolongación de su propia vida (cf. 2 Reyes 20:6). Moisés ni siquiera suplicó a Dios que le permitiera entrar en Canaán, la tierra que tanto había anhelado visitar (cf. Deuteronomio 34). De hecho, conforme a la palabra de Dios, Moisés subió al monte Abarim, contempló la tierra de Canaán que Dios había dado a los israelitas y luego murió sin llegar a entrar en ella (Números 27:12-13). Entonces, ¿qué era lo que Moisés deseaba antes de su muerte? Quería que se nombrara un líder para la comunidad israelita que garantizara que el pueblo de Dios no quedara como ovejas sin pastor (versículos 16-17). En otras palabras, antes de morir, Moisés imploró a Dios que designara a un líder capaz de ocupar su lugar y guiar a los israelitas hacia la tierra de Canaán. Este pasaje revela que a Moisés le importaba más el pueblo de Israel que sí mismo; dicho

de otro modo, su preocupación y sus pensamientos principales estaban dirigidos hacia el pueblo de Dios, más que hacia sus propios intereses.

Al meditar en este pasaje, recordé a aquellos pastores que optan por una jubilación anticipada en beneficio de sus congregaciones. Pensé en aquellos que, tras plantar y servir a una iglesia durante veinte, treinta o incluso más de cuarenta años, deciden retirarse anticipadamente —priorizando a la familia de la iglesia y al rebaño por encima de sí mismos— y me pregunté qué habría en sus corazones. Ciertamente, no es una decisión fácil; al jubilarse, ya no subirían al púlpito para predicar, sino que se sentarían en los bancos a escuchar los sermones de otro pastor. Sin embargo, al considerar a los pastores que deciden retirarse antes de tiempo por preocupación hacia su congregación, creo que eso refleja verdaderamente el corazón de un líder. El corazón de Moisés estaba centrado en el pueblo de Israel —la asamblea de Dios— y no en su propia muerte inminente. No quería que quedaran como ovejas sin pastor (versículo 17). Por consiguiente, pidió fervientemente a Dios que nombrara a un nuevo líder para guiar al pueblo de Israel antes de que él falleciera. Dios escuchó esa petición y nombró a Josué, hijo de Nun, como su líder (versículos 18–23). Al reflexionar sobre la oración que Moisés elevó a Dios antes de morir, recuerdo las palabras de Jesús: «Al desembarcar Jesús y ver una gran multitud, tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas sin pastor. Así que comenzó a enseñarles muchas cosas» (Marcos 6:34), y «Al ver a las multitudes, tuvo compasión de ellas, porque estaban desamparadas y dispersas, como ovejas sin pastor» (Mateo 9:36). Jesús vio a la gran multitud —las muchas personas que le habían seguido incluso hasta un lugar remoto (Marcos 6:32)— y sintió compasión por ellas porque eran como ovejas sin pastor (Marcos 6:34). Del mismo modo, mientras recorría todas las ciudades y aldeas, predicando el evangelio del reino en las sinagogas y sanando toda enfermedad y dolencia (Mateo 9:35), miraba a las multitudes con compasión (Mateo 9:36). La razón era que estaban desamparadas y dispersas, como ovejas sin pastor (Mateo 9:36). Siguiendo el ejemplo de este corazón de Jesús, creo que antes de morir también oraré fervientemente a Dios por los miembros de la Iglesia Presbiteriana Victory —la familia espiritual que el Señor me confió para servir hasta el final de mi vida—,

así como por mi familia terrenal: mi esposa y mis tres hijos. En particular, al orar por la comunidad de Victory —el cuerpo de Cristo—, pediré a Dios que levante a un líder que, al igual que Josué, posea una visión centrada en el Señor para una nueva era y que guíe a la Iglesia Presbiteriana Victory hacia adelante. Oro de esta manera porque no quiero que los miembros de nuestra iglesia lleguen a ser como ovejas sin pastor. Confío en que Dios escuchará la oración de este siervo indigno.

En el pasaje de hoy, Números 31:2, vemos a Dios encomendando a Moisés una misión final antes de su muerte. Esa misión final consistía en la orden de «vengar a los israelitas de los madianitas» (v. 2). ¿Por qué asignó Dios esta misión a Moisés? Porque, siguiendo el consejo de Balaam, ellos habían hecho que los israelitas pecaran contra el SEÑOR durante el incidente de Peor, provocando una plaga en la asamblea del SEÑOR (v. 16). El «incidente de Peor» se refiere al momento en que los israelitas, mientras acampaban en Sitim, comenzaron a incurrir en inmoralidad sexual con mujeres moabitas; al aceptar sus invitaciones, se inclinaron ante los dioses de dichas mujeres y participaron en la adoración de Baal-Peor (el dios moabita Baal) (25:1–3). La ira de Dios se encendió contra Israel debido a este incidente (v. 3); estalló una plaga en la asamblea (31:16) que cobró la vida de 24.000 personas (25:9). En consecuencia, Dios ordenó a Moisés tratar a los madianitas como enemigos y derrotarlos (v. 17, *Versión Coreana Contemporánea*). La razón era que habían engañado astutamente a los israelitas en Peor para que adoraran a Baal y los habían tentado; un acto ejemplificado por el incidente que involucró a Cozbi, hija de un jefe madianita, quien murió cuando se propagó la plaga (v. 18, *Versión Coreana Contemporánea*). Así, buscando ejecutar la venganza de Dios, Moisés siguió la palabra divina seleccionando a 1.000 hombres de cada tribu —un total de 12.000—, armándolos y enviándolos a la guerra contra Madián (31:3–6). Al enviarlos al campo de batalla, Moisés dispuso que Finees, hijo del sacerdote Eleazar, los acompañara llevando los utensilios del santuario y las trompetas de señal (versículo 6). Esto demostraba que Moisés y el pueblo de Israel confiaban en Dios (Park Yun-sun). Finalmente, tal como Dios había ordenado a Moisés, atacaron a Madián y mataron a todos los varones, así como a los cinco reyes de Madián y a Balaam hijo de Beor,

pasándolos a filo de espada (versículos 7–8). Sin embargo, el problema radicaba en que, si bien el ejército israelita había atacado a Madián y matado a todos los varones (versículo 7), habían perdonado la vida a todas las mujeres madianitas; precisamente a aquellas que, «siguiendo el consejo de Balaam, habían incitado a los israelitas en Peor a pecar contra el SEÑOR y provocado que una plaga se propagara entre ellos» (versículo 16). En consecuencia, Moisés se enfureció con los comandantes del ejército —los jefes de millares y los jefes de centenas— que habían regresado de la batalla (versículo 14).

Al reflexionar sobre la última misión que Dios encomendó a Moisés antes de su muerte, recuerdo los pasajes de los capítulos 3 y 4 del Éxodo. Esos versículos describen el momento en que Dios llama a Moisés. El propósito de Dios al llamar a Moisés era enviarlo ante el faraón, rey de Egipto, para sacar de allí a los israelitas —el pueblo de Dios— (Éxodo 3:10). Esta fue la primera misión que Dios confió a Moisés. Además, Dios quería que Moisés guiara al pueblo de Israel hacia la Tierra Prometida de Canaán (versículo 17). En un escenario ideal, esta habría sido la misión final de Moisés. No obstante, debido a que Moisés no confió en Dios ni honró Su santidad ante los israelitas que discutían con él en Meriba, se le impidió guiarlos hacia Canaán, la tierra que Dios les había dado (Números 20:12). En consecuencia, la última misión de Moisés antes de morir fue ejecutar venganza contra Madián —el enemigo de los israelitas— conforme al mandato de Dios; específicamente, derrotar y destruir por completo a Madián (Números 31:2-3). Resulta algo desconcertante que la misión final que Dios encomendó a Moisés fuera derrotar y destruir a Madián para vengar a los israelitas —y, por ende, vengarse de los enemigos de Dios—. Si la primera misión de Moisés fue sacar a los israelitas de Egipto, su última misión fue ejecutar venganza en nombre de ellos.

Reflexionar sobre esta última misión de Moisés me llevó a considerar qué misión podría encomendarme Dios como la última antes de morir. El pasaje que vino a mi mente fue Romanos 5:10: «Porque si, cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con él mediante la muerte de su Hijo, ¡cuánto más, habiendo sido reconciliados, seremos salvos por su vida!». Este pasaje habla de cómo Jesucristo, el Hijo unigénito de Dios, cargó con todo

el peso de la ira divina en la cruz —al ser abandonado por el Padre, morir y resucitar— en favor de aquellos que alguna vez fueron enemigos de Dios y merecedores de destrucción; gracias a esto, recibí el perdón de todos mis pecados, fui declarado justo y me convertí en hijo de Dios. Al comprender esta gracia asombrosa de la salvación —mediante la cual quien antes era enemigo de Dios pasó a ser su hijo—, deseo vivir mi vida hasta el final por causa de Jesús y del Evangelio (Marcos 10:29). Creo que esta es la misión que Dios me ha dado. Por tanto, mi oración es que aquellos que son enemigos de Dios escuchen el evangelio de Jesucristo y acepten a Jesús como su Salvador, para que ya no permanezcan bajo la ira de Dios, sino que habiten en su gracia salvadora y en su amor.

Hace unos quince años, regresé a la Iglesia Presbiteriana Victory para servir como pastor principal, aferrándome a la promesa de Mateo 16:18: que el Señor edificaría su iglesia. A través de mi ministerio, y particularmente al cuidar de los miembros de mayor edad de la congregación, el Señor me ha estado enseñando sobre la perspectiva de la muerte. Ser testigo de los últimos momentos de estos santos en la tierra y oficiar sus funerales me ha llevado a reflexionar profundamente sobre mi propia mortalidad. Me estoy dando cuenta de que debo abordar no solo mi caminar personal de fe, sino también mis ministerios familiares y eclesiásticos, teniendo presente esta perspectiva de la muerte. En este contexto, y centrándome en los pasajes de Números 27:16-17 y 31:2, medité sobre lo que Moisés anhelaba de Dios antes de morir y sobre la misión final que Dios le encomendó. Esto me llevó a preguntarme: «¿Qué es lo que anhelo fervientemente del Señor antes de morir?» y «¿Qué misión final me ordenará el Señor llevar a cabo antes de mi partida?». Oro para que el Señor me conceda una última y ferviente petición para presentarle, y para que me otorgue la gracia y la fortaleza necesarias para cumplir la misión suprema que tiene reservada para mí.

«Pon tu casa en orden»

«En aquellos días Ezequías cayó enfermo y estuvo a punto de morir. El profeta Isaías, hijo de Amoz, fue a verlo y le dijo: “Así dice el Señor: Pon tu casa en orden, porque vas a morir; no te recuperarás”» (2 Reyes 20:1).

¿Hay orden en tu hogar? ¿Está tu familia obedeciendo actualmente la ética familiar bíblica? ¿Aman los esposos a sus esposas (Efesios 5:25–30) y se someten las esposas a sus esposos con respeto (versículos 22–24, 33)? ¿Obedecen los hijos a sus padres en el Señor (6:1) y crían los padres a sus hijos sin provocarles ira, educándolos más bien en la disciplina e instrucción del Señor (versículo 4)? Parece que, por alguna razón, nuestras familias están cayendo cada vez más en el desorden. Los vínculos familiares, la armonía y el orden están desapareciendo; los miembros viven a su antojo, sin preservar la unidad familiar, mientras los conflictos y la división se profundizan. ¿Qué debemos hacer?

En el pasaje de hoy, 2 Reyes 20:1, Dios habla al rey Ezequías a través del profeta Isaías: «Pon tu casa en orden, porque vas a morir; no te recuperarás». ¡Qué palabra tan aterradora proviene de Dios! Dios le decía a Ezequías: «Vas a morir y no te recuperarás, ¡así que debes poner tu casa en orden!». Por supuesto, la «casa» aquí se refiere a la nación de Judá. El mandato de poner la casa en orden implica llevar a cabo la transferencia de los asuntos del Estado que se requería de un rey (Park Yun-sun). Sin embargo, quisiera aplicar este versículo a nuestros propios hogares individuales: nuestras familias físicas. En otras palabras, creo que Dios quiere que pongamos nuestros hogares en orden. Por supuesto, a diferencia de Ezequías, no nos enfrentamos necesariamente a una muerte inminente. No obstante, creo que debemos organizar nuestros hogares teniendo presente la perspectiva de nuestra

propia mortalidad. Así como el rey Ezequías tuvo que organizar la sucesión de los asuntos del Estado antes de morir, nosotros debemos transmitir nuestra fe a nuestros hijos —y a las generaciones futuras— antes de fallecer. Al considerar el inmenso peso de esta responsabilidad, siento que si no logramos poner nuestros hogares en orden, es como si Dios nos estuviera dando la misma advertencia: "Morirás y no vivirás". Así de crítica es nuestra responsabilidad de poner a nuestras familias en orden. Nunca debemos tomar este asunto a la ligera. ¿Qué debemos hacer, entonces? ¿Cómo podemos transmitir nuestra fe a nuestros hijos antes de morir? Quisiera extraer dos lecciones de 2 Reyes 20:2-3:

En primer lugar, debemos orar a Dios.

Observemos 2 Reyes 20:2: "Entonces volvió Ezequías su rostro hacia la pared, y oró a Jehová". Tras recibir el mensaje del profeta Isaías —"Ordena tu casa, porque morirás y no vivirás"—, el rey Ezequías volvió su rostro hacia la pared y oró a Dios. En su oración, lloró amargamente mientras suplicaba a Dios (versículo 3). ¿No deberíamos nosotros también llorar amargamente? Al pensar en la fe de nuestros hijos, ¿no deberíamos llorar amargamente y orar fervientemente a Dios? Especialmente al pensar en los hijos que aún no creen, debemos llorar amargamente y suplicar a Dios por la salvación de sus almas. La razón es que, a medida que nos acercamos a la muerte de nuestros cuerpos físicos, nos vemos impulsados a reflexionar profundamente sobre el destino eterno de las almas de nuestros hijos. Si nuestros hijos no creyeron en Jesús mientras nosotros, sus padres creyentes, aún vivíamos, ¿qué será de su salvación cuando ya no estemos? Este es un asunto grave, un motivo de oración que exige que lloremos amargamente y supliquemos a Dios.

En segundo lugar, y finalmente, debemos vivir rectamente delante del Señor con sinceridad y devoción de todo corazón.

Consideremos 2 Reyes 20:3: "Te ruego, oh Jehová, que hagas memoria de cómo he andado delante de ti en verdad y con corazón íntegro, y de que he hecho lo que te agrada". Y Ezequías

lloró amargamente. Cuando el rey Ezequías suplicaba a Dios entre amargos sollozos, le pedía que recordara cómo había caminado delante de Él con sinceridad y devoción de todo corazón, y cómo había hecho lo que era bueno ante sus ojos. Reflexionar sobre esta oración me trajo a la mente las palabras de 2 Reyes 18:3: que el rey Ezequías hizo lo recto ante los ojos del Señor. De hecho, como rey que vivió rectamente delante del Señor, apeló a Dios para que recordara su conducta sincera, íntegra y justa al enfrentarse al decreto divino de que moriría. Me parece verdaderamente notable que, al escuchar la palabra de Dios: «Morirás y no vivirás», Ezequías pudiera afirmar que había vivido toda su vida rectamente ante el Señor, con sinceridad y una devoción de todo corazón. Piénselo bien: ¿podríamos usted y yo, al enfrentarnos a la muerte, decir lo mismo a nuestros hijos e incluso a nuestros descendientes, tal como lo hizo el rey Ezequías? Al reflexionar sobre las palabras de Isaías 38:1 —«Ordena tu casa»—, debemos preguntarnos: ¿podríamos, al dirigir nuestras últimas palabras a nuestros hijos y descendientes antes de morir, decir verdaderamente: «He pasado mi vida haciendo el bien con verdad y de todo corazón ante el Señor», e instarlos a ellos también a «hacer el bien con verdad y de todo corazón ante el Señor»? Para poder dejar tal legado, debemos comenzar ahora mismo a vivir rectamente, actuando con verdad y de todo corazón ante el Señor.

Cuando el rey Ezequías lloró amargamente y suplicó a Dios, el Señor escuchó su oración, vio sus lágrimas y le respondió prontamente (versículo 4; versículos 5-6). Esta respuesta a la oración puede resumirse en tres puntos. En primer lugar, Dios declaró que sanaría la enfermedad de Ezequías (versículo 5). Indicó que, en un plazo de tres días, Ezequías estaría totalmente recuperado y —antes que nada— subiría a la casa del Señor para dar gracias (Park Yun-sun). En segundo lugar, Dios prometió prolongar la vida de Ezequías por quince años (versículo 6). El propósito de esta bendición de una vida prolongada era permitirle continuar haciendo el bien con verdad y de todo corazón ante el Señor (Park Yun-sun). Finalmente, Dios aseguró a Ezequías que libraría a la Ciudad de David de la mano del rey de Asiria y protegería la ciudad (versículo 6). Dado que la palabra de Dios es buena (versículo

19), el rey Ezequías experimentó la bondad de Dios mediante esta oración contestada. La paz y la verdad marcaron los días de su vida (versículo 19).

Oro para que la paz y la verdad habiten en sus hogares. Oro para que Dios responda a las oraciones de sus familias y de la mía. En particular, anhele profundamente que nuestra familia de la iglesia experimente la maravillosa bendición de ver a nuestros hijos regresar al Señor y a toda la familia reunirse en el santuario de Dios para adorar con gratitud antes de que partamos de este mundo. Hasta que llegue ese día —y hasta que el Señor nos llame a su presencia—, que demos un hermoso ejemplo a nuestros hijos y descendientes haciendo el bien con sinceridad y de todo corazón delante del Señor.

El temor de Isaac a ser asesinado

«Así pues, Isaac se quedó en Gerar. Cuando los hombres del lugar le preguntaron por su esposa, él dijo: “Es mi hermana”, porque temía decir: “Es mi esposa”. Pensaba: “Los hombres de este lugar podrían matarme por causa de Rebeca, ya que ella es hermosa”» (Génesis 26:6–7).

Ayer me enteré de que el hijo de un amigo —el primer amigo que hice tras llegar a Estados Unidos— está luchando contra el cáncer. La noticia me dejó consternado. Saber que su hijo, que seguramente es aún muy joven, está recibiendo quimioterapia contra el cáncer me trajo recuerdos de cuando mi propio primogénito estuvo en la unidad de cuidados intensivos; le dije a mi amigo que oraría por ellos. En medio de esto, me sentí agradecido al ver que mi amigo compartía una profunda confesión de fe, habiendo experimentado la gracia asombrosa de Dios. ¿Cómo es posible algo así?

Hoy, tras la reunión de oración de la madrugada, mientras oraba a solas por el hijo de mi amigo, reflexioné sobre el corazón de mi amigo y el de su esposa. Esto me llevó a pensar en el padre de un pastor principal de nuestro presbiterio —a quien había visitado la semana pasada—, quien también lucha contra el cáncer. Cuando visité el hospital, vi al padre acariciando suavemente la cabeza de su hijo pastor y tocando las zonas donde sentía dolor; me pregunté qué pasaría por la mente de aquel padre. Recuerdo que comentó que, aunque la medicina moderna ha avanzado considerablemente, parece que todavía no podemos vencer al cáncer. Mis pensamientos también se dirigieron a la esposa de un pastor que

actualmente se recupera de una cirugía y tratamiento contra el cáncer; al saber que sus padres —que fueron misioneros— ya no están en la tierra, imaginé lo inmensamente difícil que debe ser la situación para su corazón. Hay otra hermana que presenta síntomas de cáncer —aunque aún debe someterse a pruebas definitivas— y, sabiendo que lleva mucho tiempo distanciada de sus padres y que no le queda familia, me sentí impulsado a orar por ella. Recuerdo lo que un querido pastor principal, que en una ocasión se enfrentó a la muerte debido al cáncer, compartió conmigo por KakaoTalk la semana pasada: «Al borde de la muerte, me di cuenta de que el honor, los altos cargos, el dinero y las estadísticas impresionantes... nada de eso importaba realmente. Términos como "megaministerio", "gran pastor" o "éxito pastoral" parecen fundamentalmente erróneos. A través del cáncer, recibí el regalo de comprender que vivir y trabajar con sentido, profundidad y felicidad es lo que más importa».

¿Cómo crees que reaccionaríamos tú y yo si nos diagnosticaran cáncer y nos enfrentáramos a la perspectiva de la muerte? ¿No sentiríamos miedo? O bien, ¿acaso —al igual que mi amigo— proclamaríamos la maravillosa gracia de Dios incluso en medio de esa situación?

En el pasaje de hoy, Génesis 26:6-7, encontramos a Isaac, un hombre atenazado por el temor a ser asesinado. El motivo de su miedo era la belleza de su esposa, Rebeca (versículo 7). Puede resultar difícil comprender al principio por qué un esposo temería por su vida simplemente porque su esposa fuera hermosa; sin embargo, si consideramos la situación desde la perspectiva de Isaac, su temor se vuelve comprensible. Por aquel entonces, Isaac y Rebeca vivían en Gerar, una ciudad situada al suroeste de la frontera meridional de Canaán (versículo 6). Era una ciudad gobernada por Abimelec, rey de los filisteos (versículo 8). Isaac se había trasladado a Gerar con Rebeca precisamente a causa de una hambruna (versículo 1). Un detalle interesante es que hubo una hambruna durante la época de Abraham, el padre de Isaac, y otra azotó la región durante los días de Isaac, llevándolo a trasladarse a Gerar (versículos 1 y 6). No obstante, no parece que Isaac tuviera la intención inicial de mudarse a Gerar cuando surgió la hambruna. Podemos deducirlo de lo que Dios le dijo: «El Señor se le

apareció a Isaac y le dijo: "No bajes a Egipto; quédate a vivir en la tierra que yo te indique"» (versículo 2). Esto sugiere que, probablemente, Isaac había considerado bajar a Egipto cuando se produjo la hambruna. Sin embargo, Dios le ordenó no ir a Egipto, sino «habitar en la tierra que yo te diga» (versículo 2), y le hizo una promesa: «Quédate en esta tierra por un tiempo; yo estaré contigo y te bendeciré. Porque a ti y a tu descendencia les daré todas estas tierras y confirmaré el juramento que hice a tu padre Abraham. Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y les daré todas estas tierras; y por medio de tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra» (versículos 3-4). Así pues, tras recibir esta promesa de bendición de parte de Dios, Isaac no bajó a Egipto, sino que se estableció en Gerar. No obstante, como su esposa Rebeca era hermosa, temía que los habitantes del lugar la codiciaran y lo mataran a él, por lo que tuvo miedo de reconocerla como su esposa (versículo 7). En consecuencia, cuando la gente de allí preguntaba por ella, no se atrevía a decir que era su esposa; en su lugar, afirmaba que era su hermana (versículo 7). ¿Cómo pudo Isaac —sabiendo perfectamente que Rebeca era su esposa— decir tal mentira y llamarla hermana? Dado que residió en Gerar durante mucho tiempo (versículo 8), parece que Isaac no solo engañó a los filisteos locales al afirmar que su esposa Rebeca era su hermana, sino que también la trataba como a una hermana siempre que ellos observaban. Podemos deducir esto del versículo 8, que dice: «Isaac llevaba allí mucho tiempo cuando Abimelec, rey de los filisteos, miró por una ventana y vio a Isaac acariciando a su esposa Rebeca». Este pasaje sugiere que, a lo largo de su prolongada estancia en Gerar —hasta que fue descubierto por el rey Abimelec—, Isaac trataba a Rebeca como a su esposa (por ejemplo, acariciándola) solo cuando creía que nadie miraba, mientras que en público la trataba como a una hermana. Al considerar este comportamiento, llama la atención el hecho de que, en lugar de temer que su hermosa esposa fuera secuestrada, agredida sexualmente o incluso asesinada por los filisteos que la deseaban, temía que *él* fuera asesinado por ellos a causa de ella. Isaac parece haber sido un hombre profundamente egoísta. No amaba a Rebeca —con quien era «una sola carne»— como se amaba a sí mismo. En consecuencia, llevó una doble vida durante mucho tiempo, engañando a los filisteos de Gerar al mentir diciendo que su esposa era su hermana. Entonces, un día, el rey Abimelec lo sorprendió acariciando a

Rebeca (versículo 8). El rey Abimelec mandó llamar a Isaac y le preguntó: «Es evidente que ella es tu esposa; ¿por qué dijiste que era tu hermana?» (versículo 9). Isaac respondió: «Pensé que podría perder la vida por causa de ella» (versículo 9).

Esta era precisamente la mentalidad de Isaac. Aunque Dios le había dado claramente una palabra de promesa (versículos 3-4), Isaac no podía confiar en esa palabra ni en el Dios del pacto que la había pronunciado. Confiando en sus propios pensamientos para sobrevivir y evitar la muerte, vivió mintiendo al decir que su esposa era su hermana, hasta que el rey Abimelec lo descubrió (versículo 8). No; Dios le había prometido a Isaac: «Haré que tu descendencia sea tan numerosa como las estrellas del cielo y le daré toda esta tierra a tu descendencia» (versículo 4). ¿Habría permitido Dios que Isaac fuera asesinado por los filisteos que vivían en Gerar a causa de su hermosa esposa, Rebeca? No solo Dios nunca habría permitido que eso sucediera, sino que, incluso si los filisteos hubieran codiciado a la hermosa Rebeca —tal como Isaac había previsto— e intentado matarlo para arrebatársela, Dios no se habría quedado de brazos cruzados observando; seguramente lo habría salvado. Entonces, ¿por qué Isaac se anticipaba a sucesos que aún no habían ocurrido, temiendo a la muerte, y vivía en Gerar engañando a la gente con mentiras que tanto agradan a Satanás, el padre de la mentira? Y estamos hablando de Isaac, el hijo de Abraham, el padre de la fe. Sin embargo, su padre Abraham no tenía nada que reprocharle, ya que él también había afirmado que Sara era su hermana cuando estuvo en Gerar (versículo 2), temiendo que los habitantes del lugar —que no temían a Dios— lo mataran a causa de su esposa Sara (20:11). Parece que el dicho «de tal palo, tal astilla» se cumple aquí. No obstante, la asombrosa y fiel gracia de Dios se manifestó cuando Isaac cultivó la tierra: Dios lo bendijo de tal manera que ese mismo año cosechó el ciento por uno, prosperó y llegó a ser un hombre muy rico (versículos 12-13, Modern English Version). Llegó a tener rebaños de ovejas y ganado, y sus siervos se multiplicaron enormemente (versículo 14). Tanto fue así que los filisteos de la región sintieron envidia de Isaac (versículo 14). ¿En qué consiste esta gracia de Dios? Dios, quien otorgó bendiciones tan asombrosas a Isaac —quien había vivido mucho tiempo mintiendo y engañando a otros, confiando en sus propios pensamientos y sin confiar

plenamente en las promesas divinas—, cumplió fielmente su palabra prometida incluso hacia un Isaac incrédulo e infiel. La razón es que, aunque nosotros seamos infieles, el Señor permanece siempre fiel y no puede negarse a sí mismo (2 Timoteo 2:13).

Nosotros también podemos temer morir, tal como le sucedió a Isaac. Por ello, también podemos llegar a mentir y engañar a otros, como él lo hizo; y no solo por un día o dos, sino durante mucho tiempo. En última instancia, en lugar de confiar plenamente en Dios, podríamos apoyarnos en nuestro propio entendimiento para protegernos y preservar la vida mediante medios artificiales. Sin embargo, debemos tener presente que Dios, quien gobierna la vida, la muerte y el destino, protege y resguarda nuestras vidas. Además, la verdad que debemos creer es que el Dios fiel del pacto cumplirá sin duda las palabras que nos ha prometido, a su debido tiempo y a su manera. Por tanto, no debemos apoyarnos en nuestro propio entendimiento, sino confiar en Dios con todo nuestro corazón (Proverbios 3:5). Asimismo, debemos vivir por fe y no por vista (2 Corintios 5:7). Si confiamos en nuestro propio entendimiento, podríamos temer que nosotros o algún ser querido muramos a causa del cáncer. No obstante, si confiamos en Dios y vivimos por fe, podremos experimentar su gracia asombrosa —tal como le sucedió a mi amigo cuyo hijo padece cáncer— y así proclamar esa gracia maravillosa a quienes nos rodean. Incluso si nos encontramos en medio de una hambruna o de situaciones aterradoras en la vida, oro para que tú y yo miremos únicamente a Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe (Hebreos 12:2), nos aferremos a las promesas que el Señor nos ha dado y hablemos y actuemos por fe.

Dispuesto a morir

«Entonces Pablo respondió: “¿Por qué lloran y me parten el corazón? Estoy dispuesto no solo a ser atado, sino también a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús”» (Hechos 21:13).

En una batalla, quien avanza con la determinación de morir es verdaderamente formidable. Esto se debe a que lucha arriesgando su propia vida. Si una persona así se lanza contra nosotros con feroz determinación —sin importarle si vive o muere en el proceso—, ¿quién podría detenerla?

En el pasaje de hoy, Hechos 21:13, vemos al apóstol Pablo decidido a ir a Jerusalén, plenamente preparado para morir. Aunque el Espíritu Santo había testificado que le esperaban encarcelamiento y sufrimientos en cada ciudad (20:23), la determinación de Pablo de ir a Jerusalén permaneció inquebrantable. Entre esas ciudades, el pasaje destaca su llegada a Cesarea. Allí, un profeta llamado Ágabo bajó de Judea, tomó el cinturón de Pablo y se ató sus propias manos y pies con él. Profetizó que el Espíritu Santo había dicho que los judíos en Jerusalén atarían de esa manera al dueño del cinturón —Pablo— y lo entregarían a los romanos (versículo 11). Al oír esto, los compañeros de Pablo y los creyentes locales le instaron a no ir a Jerusalén (versículo 12). Pablo respondió: «¿Por qué lloran y me parten el corazón?» (versículo 13), declarando que estaba dispuesto no solo a ser atado, sino también a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús (versículo 13).

Pablo era un hombre dispuesto a morir por Jesucristo. Era alguien que había puesto su vida en juego por el Evangelio de Jesucristo. Era un hombre dispuesto a morir por el bien de la

iglesia —el cuerpo de Cristo— y del Reino de Dios. Consideremos Hechos 20:24: «Sin embargo, no considero que mi vida tenga valor alguno para mí mismo; mi único objetivo es terminar la carrera y completar la tarea que el Señor Jesús me ha encomendado: la tarea de dar testimonio de las buenas nuevas de la gracia de Dios». Pablo valoraba la misión que recibió del Señor Jesús más que su propia vida. Él consideraba que completar la obra de dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios era más valioso que su propia existencia. ¡Qué escala de valores tan extraordinaria! ¿Cómo pudo Pablo considerar la misión que recibió del Señor —específicamente, la tarea de proclamar el evangelio— como algo máspreciado que su propia vida? Creo que la razón se encuentra en el Salmo 63:3: «Porque mejor es tu amor que la vida, mis labios te alabarán». La razón por la que Pablo pudo valorar la misión recibida del Señor por encima de su propia vida fue, precisamente, el amor eterno de Dios. Al comprender, sentir y experimentar ese amor eterno, Pablo se sintió tan lleno de gratitud y asombro que no consideró que su vida tuviera valor alguno frente a la misión que el Señor le había encomendado: proclamar el evangelio. Pablo ardía de celo por la misión que había recibido del Señor Jesús; cuando aquellos que lo veían —dispuesto no solo a ser encarcelado, sino incluso a morir en Jerusalén— le instaban a no ir, finalmente desistieron de disuadirlo y dijeron: «Hágase la voluntad del Señor» (21:14). Entonces, tras varios días, Pablo y sus compañeros se prepararon para el viaje y subieron a Jerusalén (versículo 15).

La imagen de Pablo subiendo a Jerusalén me recuerda, de algún modo, a Jesús: como un cordero llevado al matadero (Isaías 53:7). Jesús vivió una vida que fue desde el pesebre de Belén hasta la cruz del Calvario; siendo la encarnación misma de la vida, entregó voluntariamente su propia vida en la cruz para nuestra salvación y vida eterna, obedeciendo a Dios Padre hasta la muerte (Filipenses 2:8). Al igual que Jesús, el apóstol Pablo también avanzó resueltamente hacia la muerte. Al reflexionar sobre cómo restaba importancia a su vida terrenal, me siento nuevamente interpelado por la trascendencia de la misión recibida del Señor y la necesidad de cumplirla. Deseo vivir el resto de mis días como un evangelista del evangelio, ardiendo con un profundo sentido de misión y plenamente decidido a completar la tarea que el Señor me ha encomendado, aun a costa de mi propia vida.

El sufrimiento presente y la gloria futura

Por ser hijos de Dios —y, por tanto, herederos (Romanos 8:17)—, inevitablemente afrontamos el «sufrimiento presente» (versículo 18). Sin embargo, aun mientras soportamos este sufrimiento, debemos aferrarnos a nuestra fe con paciencia inquebrantable, anclados en una esperanza segura y firme. Esa esperanza es la gloria que se nos revelará en el futuro (versículo 18).

La gloria que ha de revelarse no admite comparación alguna con nuestro sufrimiento actual (versículo 18). Esa gloria eterna y sublime es incomparable frente a las aflicciones leves y pasajeras que enfrentamos hoy (2 Corintios 4:17; Romanos 8:18). ¿En qué consiste exactamente esta gloria futura que desafía toda comparación con el sufrimiento presente? Es la redención de nuestros cuerpos (versículo 23). El día en que Jesús regrese a la tierra — cuando suene la trompeta final (1 Corintios 15:52)—, nuestros cuerpos corruptibles resucitarán y serán transformados en cuerpos incorruptibles (versículo 52). Nuestros cuerpos serán transformados para ser semejantes a su cuerpo glorioso (Filipenses 3:21). Además, la gloria de la era venidera incluye disfrutar de la vida eterna en el cielo, ver al Señor cara a cara (1 Corintios 13:12; Apocalipsis 22:4) y reinar con Cristo (Apocalipsis 22:5). Viviremos una vida que resplandecerá para siempre (versículo 5).

Por tanto, confiados en la gloria que nos aguarda, debemos cumplir fielmente la misión que se nos ha encomendado, soportando con paciencia y perseverando aun en medio de nuestro sufrimiento presente.

«Ojalá hubiera muerto en tu lugar»

«El rey se conmovió profundamente, subió a la sala que estaba sobre la puerta y lloró. Y mientras caminaba, decía: “¡Oh, hijo mío Absalón, hijo mío, hijo mío Absalón! ¡Ojalá hubiera muerto yo en tu lugar, oh Absalón, hijo mío, hijo mío!”» (2 Samuel 18:33).

El corazón de un padre hacia su hijo es un corazón lleno de amor. El corazón de un padre hacia un hijo que sufre está lleno de compasión. Al contemplar a ese hijo que padece, siente lástima y tristeza; le duele el corazón. Por consiguiente, llora en su interior. Desea poder soportar el dolor en lugar de su amado hijo; desea poder sufrir el daño y las adversidades en su lugar. Llega incluso a desear haber muerto él en lugar de su hijo.

En el pasaje de hoy, 2 Samuel 18:33, vemos al rey David sumido en una profunda angustia. Su corazón sufría un dolor inmenso tras recibir la noticia de la muerte de su hijo Absalón (versículos 28, 31-32). Abrumado por un dolor desgarrador, David subió a la estancia situada sobre la puerta de la ciudad y clamó: «¡Oh, Absalón, hijo mío, hijo mío Absalón; ojalá hubiera muerto yo en tu lugar! ¡Oh, Absalón, hijo mío, hijo mío!» (Versículo 33, *Versión Coreana Contemporánea*). Es probable que los padres que han perdido a un hijo amado antes que a sí mismos hayan experimentado este mismo dolor desgarrador. Yo mismo gemí de angustia tras sostener en brazos, por primera y última vez, a mi primogénita Charis (que significa «gracia» en griego) en la unidad de cuidados intensivos. Lloré con tal violencia que sentí que dejaría de respirar; el dolor y la angustia eran insostenibles. Mi tristeza era tan

profunda que sollozaba en voz alta, una y otra vez. Me sentía especialmente destrozado por una abrumadora sensación de culpa, creyendo que mi hija había muerto en mi lugar a causa de mi propio pecado (12:14, 18), a pesar de que yo era el pecador que realmente merecía morir, no la niña. David, como padre, clamó con esa misma angustia: «¡Oh Absalón, hijo mío, hijo mío Absalón! ¡Ojalá hubiera muerto yo en tu lugar! ¡Oh Absalón, hijo mío, hijo mío!» (18:33, *Versión Coreana Contemporánea*). David clamó deseando haber podido morir en lugar de su hijo Absalón. Creo que esto refleja el verdadero corazón de un padre. Cuando un hijo amado parte de este mundo antes que nosotros, lo llevamos en el corazón por el resto de nuestras vidas; al derramar lágrimas ante Dios, conmovidos por recuerdos de ese hijo que permanecen vivos, a menudo surge el pensamiento: «Ojalá hubiera muerto yo en su lugar». Mientras meditaba en el clamor angustiado de David, de repente me surgió una pregunta: «¿Qué podría haber hecho David de manera diferente en su relación con su hijo Absalón para evitar una muerte tan trágica?». Pasé la semana reflexionando sobre los pasajes bíblicos referentes a David y Absalón que habíamos considerado durante nuestras reuniones de oración matutinas. Llegué a la conclusión de que, si David —como padre— hubiera manejado correctamente tres situaciones específicas, tal vez su hijo Absalón no habría tenido un final tan trágico.

En primer lugar, ¿qué habría pasado si David hubiera actuado con justicia en aquel momento crítico?

Cuando su hijo Amnón violó a Tamar —hermana de otro de sus hijos, Absalón (2 Samuel 13:14)—, David se enfureció (v. 21) pero no tomó ninguna medida. Aunque Amnón había cometido claramente un acto insensato y vergonzoso contra Tamar (v. 12), David, como padre, no le ofreció ni siquiera una reprensión amorosa. ¿Cómo pudo David dejar de reprender a un hijo que había cometido un pecado tan grave? Si realmente amaba a su hijo, ¿no debería haberlo disciplinado? ¿Acaso no era ese su deber como cabeza de familia? Y desde la perspectiva de Tamar, la víctima de la violación, ¿qué habrá pensado de su padre, David? Consideremos la perspectiva de Absalón —quien amaba tanto a su hermana que

incluso llamó Tamar a su propia hija (14:27)— al ver a su hermana viviendo en un estado tan desolador en su casa tras haber sido violada por su medio hermano Amnón (13:20). ¿Qué habrá pensado él de su padre, David? ¿Acaso se habrá preguntado: «¿Cómo es posible que un padre simplemente estalle de ira y, sin embargo, no discipline en absoluto a Amnón después de que mi hermana sufriera un trauma tan estremecedor?»? Al fin y al cabo, ¿no debería el cabeza de familia hacer justicia para mantener el orden y la paz en el hogar? ¿Por qué David se limitó a enfurecerse sin tomar medida alguna contra Amnón? ¿Sería tal vez porque le atormentaba el recuerdo de su propio pecado pasado al haberse acostado con Betsabé, la esposa de Urías (11:4)? ¿Guardó silencio y se abstuvo de reprenderlo —a pesar de que su hijo Amnón había usado la fuerza bruta para someter y violar a Tamar, la hermosa hermana de Absalón (13:1, 14)— porque él mismo había visto a Betsabé bañándose y, cautivado por su gran belleza (v. 2), se había acostado con ella (v. 4) aun sabiendo que era una mujer casada (v. 3)? Si tal era el caso, esa era la perspectiva de David; pero ¿qué decir de Tamar, la víctima de la violación, o de su hermano Absalón? ¿Qué habría en el corazón de Tamar mientras vivía sumida en tal desdicha en casa de su hermano? Lo que sí sabemos es que Absalón —hermano de Tamar— odiaba a Amnón. Amnón no solo había cometido la atrocidad de violar a su hermana, sino que había perpetrado un mal aún mayor al expulsarla de su lado (versículo 16); por consiguiente, Absalón se negó a dirigirle la palabra (versículo 22). ¿Qué pasaba por la mente de Absalón en medio de aquel odio? Pensaba en la venganza. Durante dos años, Absalón albergó un deseo de venganza y planeó matar a Amnón (versículo 23). ¿De quién era la culpa? Creo que la responsabilidad recaía en el padre de ambos, David. Si David hubiera actuado con justicia —en lugar de limitarse a enfurecerse (versículo 21) al enterarse de lo que su hijo Amnón le había hecho a su hija Tamar—, Absalón no habría pasado dos años alimentando el deseo vengativo de matar a Amnón. Imaginemos cómo debió sentirse Absalón: su padre no tomó ninguna medida contra Amnón —ni siquiera le dirigió una palabra de reprensión— y Absalón tuvo que ver cómo Amnón seguía viviendo tranquilamente en el palacio real como si nada hubiera ocurrido. Mientras criaba a los tres hijos que Dios me dio como regalos de gracia, una frase que escuchaba a menudo cuando eran pequeños era: «No es justo». No recuerdo los detalles exactos, pero sospecho que era

mi hija menor quien más la decía. Creo esto porque ella es quien me expresa sus pensamientos con bastante franqueza. Hace poco, por ejemplo, comparó su situación con la de su hermana mayor, dando a entender que merecía el mismo trato. En el fondo, lo que pedía era que tratara a ambas con equidad; así que le concedí el mismo permiso que le había dado a su hermana mayor. Como padre, me esfuerzo por amar a mis tres hijos por igual, aunque a menudo siento que no lo logro del todo. Lamento especialmente que, si bien solía leerles Biblias ilustradas a mi hija menor cuando era pequeña, no hice lo mismo con la mayor. Sin embargo, agradezco haberme acercado mucho más a mi hija mayor últimamente; parece que Dios me está permitiendo amar a ambas hijas de manera equilibrada. También converso mucho con mi hijo mayor —que vive en una residencia universitaria— mientras lo llevo y traigo entre casa y la universidad los viernes y domingos. A veces, incluso juego al baloncesto con él y sus amigos los sábados por la tarde. Aunque intento amar a los tres por igual, es probable que cada uno perciba mis intenciones y esfuerzos de manera diferente. Aún recuerdo una ocasión en la que discipliné a los tres a la vez cuando estaban en la escuela primaria. Lo hice porque consideraba incorrecto disciplinar a un hijo y dejar que otro se librara del castigo, pero ahora me doy cuenta de que ellos bien podrían haber visto la situación de otra manera. Al reflexionar hoy sobre la relación entre David y Absalón, me pregunto: si David hubiera disciplinado a Amnón con prontitud y amor, tal vez Absalón no habría albergado tanto odio hacia él durante dos años, ni habría planeado una venganza con la intención de matarlo. Creo que David debió haber actuado con justicia para evitar que las semillas del odio de Absalón hacia Amnón echaran raíces en su corazón.

En segundo lugar, consideremos el siguiente escenario: «¿Qué habría pasado si su padre David lo hubiera buscado un poco antes?».

Absalón, hijo de David, odiaba a Amnón —quien había violado y luego expulsado a su hermana Tamar— y decidió matarlo (2 Samuel 13:32). Albergó este deseo de venganza durante dos años (v. 23) antes de matar finalmente a Amnón (vv. 23-29). Después, Absalón huyó (v. 34) a donde estaba Talmai, hijo de Amihud y rey de Gesur, y vivió allí (v. 37). Al cabo

de tres años de estancia allí (v. 38), el general Joab —al darse cuenta de que su señor, el rey David, anhelaba a Absalón (v. 39; 14:1)— instruyó a una mujer sabia sobre qué decirle al rey (v. 2). La envió a hablar con David (vv. 4-20) y, finalmente, el rey concedió permiso a Joab para traer de vuelta a Absalón (v. 21). Sin embargo, esto resulta algo difícil de comprender. La Biblia afirma claramente que el corazón del rey David anhelaba a su hijo Absalón (13:39; 14:1). No obstante, resulta desconcertante que, mientras Absalón había huido a Gesur y vivía allí desde hacía tres años, David no lo buscara activamente, sino que simplemente lo anhelara en su corazón. Si realmente extrañaba a su hijo fugitivo, ¿no debería haberlo buscado antes, como padre? Como rey de una nación, ¿acaso no podría haber movilizado todos sus recursos, su poder y a su gente para encontrar a su hijo huido? Pero ¿por qué David no hizo nada? ¿Por qué se limitó a anhelar a su hijo fugitivo en su corazón? Al fin y al cabo, ¿no fue el general Joab —y no el propio David— quien tomó la iniciativa de buscar a Absalón en Gesur tras tres años, habiendo obtenido primero el permiso de David? ¿Qué clase de padre se limitaría a añorar a un hijo que se había marchado de casa sin intentar realmente encontrarlo? ¿Podría ser que el padre no hubiera perdonado verdaderamente al hijo en su corazón? Quizás David no buscó a Absalón porque no lograba perdonar al hijo que había matado a Amnón. ¿Cómo pudo David —el mismo hombre que una vez envió a alguien a averiguar sobre Betsabé, una mujer casada cuya belleza lo cautivó mientras se bañaba— dejar pasar tres años enteros sin enviar a nadie para saber de Absalón o traerlo de vuelta, después de que este matara a Amnón (quien había violado a su hermana) y huyera a Gesur? Un padre que anhela a su hijo en su corazón sin llegar a perdonarlo realmente puede infligirle fácilmente profundas heridas, amargura y dolor.

Por la gracia de Dios, mi amado hijo mayor ha ingresado a la universidad y actualmente vive la vida universitaria. Dado que su universidad está a unos 45 minutos en coche de nuestra casa, paso a buscarlo todos los viernes y lo llevo de regreso a su residencia estudiantil los domingos por la tarde. Ahora todo va bien, pero cuando se marchó a la residencia por primera vez, sentía un vacío cada vez que miraba su habitación desocupada. Tras haber convivido durante dieciocho años, a menudo recordaba diversos momentos compartidos al

pensar en que mi hijo dejaba el hogar para vivir de forma independiente después de tanto tiempo. Desde que mi hijo se mudó a la residencia universitaria, dejando en casa solo a tres mujeres —mi esposa y mis dos hijas—, hay momentos en los que, como padre, lo extraño (de hecho, le dije esto a mi hija menor delante de mi esposa; mi hija mayor también lo escuchó mientras estaba sentada en la sala). En una ocasión me pregunté qué haría yo como padre si mi hijo hubiera dejado el hogar no para ir a la universidad, sino porque había matado a una de sus hermanas y había huido. Imaginé este escenario porque quería comprender el corazón de David. Al igual que David anhelaba a Absalón —quien había matado a su medio hermano Amnón y huido a Gesur—, creo que yo también extrañaría profundamente a un hijo que hubiera escapado. Sin embargo, me pregunto: ¿simplemente lo extrañaría, como hizo David, sin buscarlo activamente, o saldría a buscarlo? Al reflexionar sobre las parábolas de la oveja perdida o de la moneda perdida que aparecen en Lucas 15, imagino que buscaría con ahínco a mi hijo fugitivo. Sin embargo, al reflexionar sobre la parábola del hijo perdido (el hijo pródigo), me pregunto si tal vez debería esperar a que él regrese a casa por su propia voluntad. Por supuesto, incluso esa espera implica que el padre había buscado incansablemente al hijo perdido antes de optar finalmente por esperar. En última instancia, creo que el corazón de un padre es aquel que busca a su hijo, aun cuando este haya pecado y huido. ¿Qué sentiría un hijo hacia su padre si se diera cuenta de que este lo buscaba con tal corazón? Por el contrario, ¿cómo se sentiría un hijo si descubriera que su padre ni siquiera lo estaba buscando? Tal revelación seguramente causaría profundas heridas, amargura y dolor en el corazón del hijo. Por último, el tercer punto se refiere a lo que habría sucedido si su padre David lo hubiera perdonado en aquel entonces.

Absalón, quien había albergado un deseo de venganza contra Amnón durante dos años antes de finalmente matarlo y huir a Gesur, regresó a Jerusalén al cabo de tres años (14:23). Sin embargo, tras el regreso de su hijo, David ordenó a Absalón que fuera directamente a su propia casa y le prohibió ver su rostro (v. 24). En resumen, David no quería ver a Absalón (v. 24, *Biblia Coreana Contemporánea*). Su reticencia a ver a Absalón era tan fuerte que pasaron dos años enteros sin que lo viera (v. 28). Al fin y al cabo, aunque un progenitor no

desea ver a su hijo, ¿no debería un padre —tras haber permitido finalmente el regreso de un hijo al que había extrañado durante tres años— ver el rostro de ese hijo de inmediato? ¡Cuán grande debió ser su aversión para pasar dos años sin ver a Absalón, a pesar de que el joven se encontraba allí mismo, en Jerusalén! Eso suma un total de cinco años, ¿verdad? David no había visto a Absalón durante los tres años que el hijo vivió exiliado en Gesur (o tal vez sea más preciso decir que «eligió no verlo»); ¿qué clase de padre negaría entonces a su hijo —ya de vuelta en Jerusalén— la oportunidad de ver su rostro durante otros dos años? ¿Por qué se negaba tanto a mirar a su propio hijo? Cinco años es mucho tiempo para pasar sin ver a un hijo; De hecho, si Joab no hubiera comprendido el sentir del rey David y traído a Absalón de vuelta a Jerusalén con permiso real, es muy probable que David hubiera pasado aún más tiempo sin verlo. Además, si Absalón no hubiera incendiado el campo de Joab para forzar un encuentro (v. 30), jamás habría visto el rostro de su padre David, ni siquiera tras haber transcurrido dos años. Por eso Absalón le dijo a Joab: «Habría sido mejor para mí haberme quedado allí [en Gesur]» (v. 32). Desde la perspectiva de Absalón, se trataba de una medida cruel: había regresado a Jerusalén desde Gesur tras tres años, solo para verse impedido de ver a su padre durante otros dos años, ya que David no deseaba verlo. Al fin y al cabo, si David no quería ver el rostro de su hijo, ¿por qué hizo que Absalón regresara a Jerusalén desde Gesur en primer lugar? Podría haber dejado simplemente que Absalón siguiera viviendo en Gesur. Resulta difícil comprender por qué David anhelaba a Absalón con tanta intensidad en su corazón. Dado que su anhelo era evidente incluso para su siervo Joab, parece que su deseo era verdaderamente profundo; sin embargo, ¿cómo entender a un padre que ni buscó a su hijo ni —aunque hubiera tenido la intención— tomó medida alguna para hacerlo? Si no tenía intención de ver a Absalón durante esos dos años en Jerusalén, ¿por qué le dio permiso a Joab para traerlo de vuelta? Si simplemente hubiera denegado el permiso, Absalón se habría quedado en Gesur y se habría evitado esta situación incomprensible de vivir en Jerusalén durante dos años sin llegar a ver jamás el rostro de su padre. En su libro **David: A Spirituality Rooted in Reality** (David: una espiritualidad arraigada en la realidad), Eugene Peterson sostiene que el pecado por el que David pagó el precio más alto fue no haber perdonado verdaderamente a su hijo Absalón. Aunque residían

en el mismo palacio real de Jerusalén, David mantuvo a su hijo Absalón a distancia durante unos dos años sin ofrecerle un perdón genuino. Si David hubiera perdonado de inmediato a Absalón —quien había matado a Amnón—, tal como Dios había perdonado a David por sus propios pecados de adulterio con Betsabé y el asesinato del esposo de esta, Urías (12:13), es probable que Absalón no hubiera llegado al extremo de intentar matar a su padre (16:11). Debido a que David retuvo el perdón, Absalón —tras regresar a Jerusalén y ver el rostro de su padre— pasó los siguientes cuatro años (15:7) ganándose el corazón de los israelitas (v. 6) y desviando su lealtad hacia sí mismo (v. 13), hasta que finalmente organizó un golpe de Estado para matar a su padre. En última instancia, la consecuencia de que un padre no perdonara a su hijo fue la pérdida de la vida de dicho hijo.

Cuando los padres contemplan a un hijo amado que sufre, sienten una profunda compasión; el hijo les inspira lástima y les parte el corazón. En consecuencia, a menudo desean poder cargar ellos mismos con el sufrimiento en lugar de su hijo, simplemente porque no quieren que este soporte más dolor. Además, el corazón de un padre no soporta ver sufrir y morir a su hijo amado. La agonía de la culpa —especialmente la sensación de que la muerte del hijo fue causada por el propio pecado— varía según el padre que la experimenta; es una vivencia del corazón paterno que nadie más puede comprender plenamente. El corazón del rey David estaba sumido en una angustia tan profunda que se vio abrumado por el dolor (18:33). Esto se debía a que había recibido la noticia de la muerte de su hijo. Dominado por un dolor desgarrador, David clamó: «¡Oh Absalón, hijo mío, hijo mío Absalón! ¡Ojalá hubiera muerto yo en tu lugar! ¡Oh Absalón, hijo mío, hijo mío!» (Versículo 33, *Contemporary Korean Bible*). David deseaba haber muerto en lugar de su hijo Absalón. Aunque ya era demasiado tarde para que David cambiara algo tras la muerte de Absalón, al reflexionar sobre su relación con su hijo, había al menos tres cosas que debería haber considerado: (1) «Si tan solo hubiera castigado justamente a Amnón por su pecado —en lugar de limitarme a enfurecerme— cuando supe que Tamar, la hermana de Absalón, había sido violada y expulsada por él, Absalón no habría albergado tal resentimiento hacia mí»; (2) «Si tan solo hubiera buscado a mi hijo Absalón poco después de que huyera a Gesur, él no habría tenido que vivir tres años

alimentando heridas, amargura y agravios contra mí»; y (3) «Si tan solo hubiera perdonado a Absalón inmediatamente a su regreso a Jerusalén —en lugar de impedirle ver mi rostro durante dos años (¿y tal vez incluso pedirle perdón yo mismo?)—, él no habría pasado cuatro años robando el corazón del pueblo de Israel, organizando un golpe de Estado e incluso intentando matarme». Cuando pienso en David lamentándose amargamente por Absalón —quien murió mientras luchaba contra el ejército de su padre— y clamando: «¡Oh Absalón, hijo mío, hijo mío! ¡Ojalá hubiera muerto yo en tu lugar! ¡Oh Absalón, hijo mío, hijo mío!» (v. 33), recuerdo a Jesús clamando en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mateo 27:46; Marcos 15:34). Cuando Jesucristo —el Hijo de Dios sin pecado— clamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» mientras moría en la cruz en nuestro lugar —nosotros, pecadores y enemigos de Dios, que merecíamos enfrentar Su ira y sufrir la muerte eterna—, ¿qué pensamientos pasaban por la mente de Dios Padre en el cielo al escuchar aquel clamor? Al ver a Jesús —que había clamado con tal angustia— clavado en la cruz y muriendo, ¿acaso no habría llorado y clamado Dios Padre, abrumado por un dolor desgarrador: «Hijo mío Jesús, Hijo mío Jesús... ¡ojalá hubiera podido morir yo en tu lugar! ¡Oh, Jesús, Hijo mío, Hijo mío!»?

¿Cómo puedo llevar mi vida a un cierre significativo?

«Aunque antes fui blasfemo, perseguidor y hombre violento, recibí misericordia porque actué por ignorancia e incredulidad. La gracia de nuestro Señor se derramó sobre mí abundantemente, junto con la fe y el amor que hay en Cristo Jesús» (1 Timoteo 1:13–14).

Antes de viajar a Corea para la iniciativa «Ministerio de Internet para Corea de 2017», me sentía inquieto. Escuchar diversos comentarios sobre el proceso de jubilación de un querido pastor y mentor me llevó a una profunda reflexión. Empecé a plantearme preguntas como: ¿Cómo debería concluir finalmente mi ministerio pastoral y jubilarme? ¿Qué significa terminar bien? Estas reflexiones me llevaron a pensar no solo en mi retiro del ministerio, sino también en mi propia muerte futura. Me encontré reflexionando una vez más sobre cómo debía cerrar mi vida ante el Señor y los demás. Al considerar cómo terminar mi vida de una manera que glorifique a Dios, me di cuenta de que había muchos peligros que evitar, pero sentí una necesidad particular de cuidarme de un sentido de importancia personal respecto a mis propios logros. Mientras sirvo al cuerpo del Señor —la iglesia— y trabajo por la expansión del reino de Dios hasta el día de mi muerte, no quiero obsesionarme con las cifras o con mi propia trayectoria. No deseo alardear de mis méritos ni buscar gloria personal ante los demás recalcando cuántos años serví, enumerando las obras que realicé para el Señor o exigiendo a la iglesia una compensación específica por jubilación al concluir mi ministerio. Más que nada, quiero ser como el apóstol Pablo: confesar «por la gracia de Dios soy lo que soy» y llevar a cabo la obra del Señor fortalecido por esa gracia. Quiero llegar al final de mi

vida y declarar: «He peleado la buena batalla, he terminado la carrera y he guardado la fe; ahora solo me queda recibir la corona de justicia» (2 Timoteo 4:6-7). Mientras meditaba sobre lo que debía hacer para lograr esto, visité Corea y conocí a un pastor con quien había entablado relación a través de un ministerio en línea. La mañana del viernes, antes de regresar a los Estados Unidos, mientras le escuchaba compartir las realidades de la iglesia —cosas que él había presenciado, oído y vivido—, sentí una pesadez y un entumecimiento insoportables en el corazón, algo distinto a todo lo que había experimentado antes; sentía ganas de llorar. Llegué a un punto en el que apenas podía soportar seguir escuchando. Apenas el día anterior —el jueves— había conocido a un pastor asociado y a su esposa, y escuché historias desalentadoras sobre la iglesia coreana que me llevaron a escribir: "Nosotros, los pastores, debemos arrepentirnos. Por favor, oren para que podamos hacerlo. Gracias". Escuchar más relatos negativos sobre la iglesia coreana de parte de otro pastor asociado, a la mañana siguiente, pareció intensificar esa sensación de pesadez y angustia profunda. Al escuchar estas historias sobre pastores problemáticos, me di cuenta de que la razón por la que nuestros ministros caen en la arrogancia y la codicia de riquezas materiales es que han olvidado la gracia de Dios. También comprendí que esto sucede porque hemos olvidado la misericordia de Dios.

En el pasaje de hoy —1 Timoteo 1:13-14—, el apóstol Pablo escribe a su hijo espiritual, Timoteo, y destaca dos aspectos concretos: la misericordia del Señor y la gracia del Señor. En primer lugar, Pablo describió a Timoteo la clase de persona que solía ser: "fui antes blasfemo, perseguidor e injuriador..." (v. 13). Antes de encontrarse con Jesús resucitado en el camino a Damasco (Hechos 9:4; 26:14), Pablo era alguien que blasfemaba contra Jesucristo y perseguía violentamente a su iglesia. En otras palabras, antes de creer en Jesús (1 Tim. 1:13), era un hombre que perseguía con celo a la iglesia (Fil. 3:6). Pablo actuaba así porque no se daba cuenta de que Jesús era el Mesías (Cristo) (1 Tim. 1:13). Por ello, recibió misericordia. La razón por la que recibió esta misericordia fue que Jesucristo demostró primero su perfecta paciencia hacia él (v. 16). Al meditar en este pasaje, reflexioné sobre la misericordia del Señor hacia mí. Se me recordó que, debido a mis pecados, soy un pecador

que merece el castigo de la destrucción eterna (2 Tes. 1:9). Al considerar que el Señor mostró una paciencia perfecta hacia mí —un pecador merecedor del castigo del fuego eterno (Judas 1:7)—, ¿qué otra cosa podría ser esto sino la misericordia del Señor? Dios —quien imputó todos mis pecados a su Hijo unigénito y sin pecado, Jesús, haciendo que cargara con la pena de mis faltas y soportara la cruz— retuvo el castigo que yo merecía; en su lugar, me soportó pacientemente, siendo yo un vaso de ira preparado para la destrucción (Rom. 9:22). ¿Qué otra cosa podría ser esto sino la misericordia del Señor? Sabiendo que la paciencia del Señor se convirtió en mi salvación (2 Pedro 3:15), ¿cómo podría no estar agradecido por su misericordia y permanecer humilde?

Otro punto que Pablo señala a Timoteo se refiere a la gracia del Señor: «Pero la gracia de nuestro Señor fue más que abundante con la fe y el amor que es en Cristo Jesús» (1 Timoteo 1:14). Pablo —quien había sido blasfemo, perseguidor e insolente antes de conocer a Jesús resucitado— reconoció plenamente que él era el primero de los pecadores (v. 15). En Pablo, el principal de los pecadores, Jesucristo demostró primero su máxima paciencia (v. 16). El Señor le mostró misericordia y no le infligió el castigo de la destrucción eterna y la ira. En cambio, el Señor le concedió la vida eterna (v. 16) junto con abundante fe y amor (v. 14). Además, el Señor consideró a Pablo fiel y le confió un ministerio (v. 12). Incluso cuando nosotros somos infieles, el Señor permanece fiel —pues no puede negarse a sí mismo (2 Timoteo 2:13)— y consideró a Pablo fiel, confiándole el oficio de apóstol de los gentiles (Romanos 11:13). ¿Qué es esto sino la gracia de Dios? Es una gracia profunda que aquel que persiguió celosamente a la iglesia antes de creer en Jesús recibiera la vida eterna en lugar del castigo de la destrucción eterna; Sin embargo, el Señor fue aún más allá: no solo lo salvó, sino que también le confió el ministerio de apóstol a los gentiles. ¿Qué gracia podría ser mayor que esta? Por eso Pablo expresó su gratitud a Cristo Jesús, nuestro Señor, quien lo fortaleció (1 Timoteo 1:12). Al meditar en este pasaje, reflexioné sobre la gracia que el Señor me ha otorgado. Es, verdaderamente, una gracia abundante. No puedo dejar de sentir gratitud por la gracia salvadora que concedió fe —un don de la gracia— a un pecador como yo, capacitándome para aceptar a Jesucristo como mi Salvador. Además, el Señor fiel

consideró digno de confianza a alguien tan infiel como yo y me confió el oficio de pastor; ¡qué inmensa gracia es esa!

Recuerdo haber leído una historia sobre el difunto reverendo Han Kyung-chik en un artículo de Internet. El relato contaba cómo, durante la ceremonia de celebración por la obtención del Premio Templeton en 1992, declaró públicamente en su discurso: «En primer lugar, confieso que soy un pecador. Participé en el culto a los santuarios sintoístas». Se dice que el difunto reverendo Park Yun-sun también confesó su propia participación en el culto a los santuarios sintoístas mientras dirigía una reunión, afirmando: «Yo también cometí la transgresión de participar en el culto a los santuarios sintoístas —aunque fuera solo una vez— y nunca pude reprimir la angustia que sentía por ello; por eso, confesé públicamente ese pecado ante la congregación» (Internet). A mi parecer, estos dos hombres, que confesaron públicamente su pecado de participar en el culto sintoísta, vivieron con humildad tanto ante el Señor como ante las personas hasta el final. Creo que pudieron hacerlo porque recordaban constantemente sus pecados pasados al acercarse al Señor santo, comprendiendo así con mayor profundidad la magnitud de dichos pecados. En consecuencia, creo que llegaron a percibir la grandeza de la misericordia y la gracia del Señor de una manera cada vez más vasta, abundante y profunda. Un cristiano que comprende cada vez más la profundidad y magnitud de su propia condición pecaminosa llega inevitablemente a una comprensión más profunda y mayor de la misericordia y la gracia de Dios. Por consiguiente, se siente impulsado a permanecer humilde ante Dios, pues está lleno de un profundo sentido de la gracia. Tal cristiano, lleno de esta conciencia de la gracia, confesará sinceramente —incluso después de haber concluido su ministerio pastoral—, no solo con los labios sino de corazón: «Por la gracia de Dios soy lo que soy» (1 Corintios 15:10), y hará humildemente esta misma confesión al llegar al final de su vida. Además, orará: «No a nosotros, oh Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria, por tu misericordia y tu verdad» (Salmo 115:1).

Cosas que debo hacer antes de morir

«Y muere en el monte al cual subes, y sé reunido con tu pueblo, tal como Aarón, tu hermano, murió en el monte Hor y fue reunido con su pueblo» (Deuteronomio 32:50).

Esta mañana temprano, recibí la noticia de que había fallecido un amigo de un querido colega pastor —compañero mío del seminario—. Al enterarme de que había muerto de un infarto en su casa, visité el sitio web de la iglesia a la que él había servido. Lo primero que vi fue un mensaje que el difunto pastor Kim había escrito pensando en sus hijos que residen en los Estados Unidos. También vi fotos en la galería del sitio web de la iglesia. Noté que el cumpleaños del pastor Kim era el 7 de octubre —con solo un día de diferencia respecto al mío— y vi los rostros radiantes y alegres de los miembros de la congregación celebrando su día especial. Al pensar en la profunda tristeza que debían estar sintiendo su esposa, sus hijos, su familia de la iglesia y sus colegas en el ministerio, elevé una oración a Dios Padre, por más insuficiente que esta pudiera parecer. Mientras oraba, reflexioné sobre mi propia muerte. En particular, medité en tres cosas que Moisés hizo antes de morir —centrándome en Deuteronomio 32:50, un versículo de los capítulos (31 y 32) que había leído durante el culto de oración matutino— y oré a Dios aplicando esas palabras a mi propia vida. Ahora, al poner esto por escrito, deseo recordarme a mí mismo estas cosas una vez más.

En primer lugar, una de las cosas que hizo Moisés antes de morir fue designar a su sucesor, Josué, ante la asamblea de Israel y animarlo.

Observemos Deuteronomio 31:7–8: «Entonces Moisés llamó a Josué y le dijo en presencia de todo Israel: "Esfuérzate y sé valiente, porque tú debes ir con este pueblo a la tierra que el

Señor juró a sus antepasados darles, y debes repartirla entre ellos como su herencia. El Señor mismo va delante de ti y estará contigo; nunca te dejará ni te desampará. No temas ni te acobardes"». Antes de morir, Moisés oró a Dios: «Que el Señor, el Dios que da aliento a todos los seres vivos, designe a alguien sobre esta comunidad para que salga y entre delante de ellos, alguien que los guíe al salir y al entrar, para que el pueblo del Señor no sea como ovejas sin pastor» (Números 27:16–17). En aquel momento, Dios le dijo a Moisés que tomara a Josué, hijo de Nun, pusiera su mano sobre él, lo presentara ante el sacerdote Eleazar y ante toda la asamblea, le diera instrucciones a la vista de todos, le transfiriera parte de su autoridad y le confiara el mando de toda la comunidad israelita (versículos 18–20). Así pues, Moisés obedeció la palabra de Dios (versículos 22–23). Luego, al darse cuenta a los 120 años de edad de que no podría cruzar el Jordán para entrar en la tierra de Canaán, declaró ante toda la asamblea de Israel —tal como Dios ya había dicho— que Dios cruzaría delante de ellos, destruiría a las naciones cananeas ante ellos y permitiría que el pueblo de Israel tomara posesión de la tierra (Deuteronomio 31:1–3). Después de afirmar que Dios cruzaría el Jordán delante de ellos, Moisés dijo respecto a su sucesor: «Josué cruzará delante de ustedes» (versículo 3). ¿Qué significa esto? Este pasaje habla de cómo Dios estaría con Josué, el sucesor de Moisés (v. 6), y cruzaría el Jordán delante del pueblo de Israel. Posteriormente, Moisés llamó a Josué en presencia de todo Israel y lo animó con estas palabras: «Esfuézate y sé valiente, porque tú debes guiar a este pueblo hacia la tierra que el Señor juró dar a sus antepasados, y debes ayudarlos a tomar posesión de ella. El Señor mismo va delante de ti y estará contigo; nunca te dejará ni te abandonará. No temas ni te desanimas» (vv. 7–8).

Antes de partir de este mundo, deseo seguir participando en la obra del Señor de levantar obreros que alberguen sueños centrados en Él. En estos tiempos —cuando la cosecha es abundante pero los obreros son pocos— quiero pedirle al Señor que «envíe obreros a su mies» (Lucas 10:2), al tiempo que me dedico aún más plenamente a la expansión del reino de Dios identificando, equipando y enviando a obreros prometedores para la cosecha.

En segundo lugar, antes de morir, Moisés puso por escrito la ley e hizo que se leyera en voz alta para que todo Israel pudiera escucharla. Observemos Deuteronomio 31:9–13: «Moisés escribió esta ley y se la entregó a los sacerdotes, los hijos de Leví, que llevaban el arca del pacto del Señor, y a todos los ancianos de Israel. Moisés les ordenó diciendo: "Al final de cada siete años, en el año de la remisión de las deudas, durante la Fiesta de los Tabernáculos —cuando todo Israel venga a presentarse ante el Señor tu Dios en el lugar que él elija—, leerás esta ley delante de ellos para que la escuchen. Reúne al pueblo —hombres, mujeres y niños, así como a los extranjeros que residen en tus ciudades— para que escuchen y aprendan a temer al Señor tu Dios y a cumplir cuidadosamente todas las palabras de esta ley. Sus hijos, que no conocen esta ley, deben escucharla y aprender a temer al Señor tu Dios mientras vivan en la tierra que van a poseer al cruzar el Jordán"». Antes de morir, Moisés escribió la ley e hizo que todo el pueblo de Israel la escuchara. Reunió a hombres, mujeres, niños y extranjeros que vivían en sus ciudades para que pudieran escuchar y aprender la ley. El propósito era permitir que todo el pueblo de Israel aprendiera a temer al Señor su Dios (versículo 13). ¿Por qué hizo esto Moisés? Porque sabía que, una vez que los israelitas entraran en la tierra de Canaán, se prostituirían siguiendo a los dioses extranjeros de aquella tierra, abandonarían a Dios y quebrantarían el pacto que Él había hecho con ellos (versículo 16). ¿Cómo lo sabía Moisés? Porque Dios se lo había revelado (versículo 16). Moisés era plenamente consciente de esta realidad: si el pueblo se había rebelado contra Dios mientras él vivía y estaba con ellos, ciertamente se apartarían para servir a otros dioses, despreciar a Dios y quebrantar su pacto una vez que entraran en la tierra de Canaán —saciándose y prosperando— tras su muerte (v. 27; v. 20). Por eso, antes de morir, escribió la Ley para que todo el pueblo de Israel pudiera escucharla y aprenderla y, temiendo a Dios, guardara y obedeciera todas las palabras de dicha Ley (v. 12).

Antes de morir, deseo predicar una serie de sermones expositivos sobre todas las cartas del apóstol Pablo y recopilar dichos sermones en un libro. Actualmente, escribo con frecuencia «historias familiares» para mis tres hijos. También comparto reflexiones escritas sobre la Palabra (tiempo devocional) con la congregación de la Iglesia Presbiteriana Victory —donde

sirvo—, así como con amados hermanos y compañeros creyentes en línea. Hago esto simplemente para compartir con los demás la gracia que Dios ha otorgado a través de su Palabra. Sigo compartiendo estas reflexiones con la esperanza de que el Espíritu Santo conceda gracia a quienes las lean. Sin embargo, por encima de todo, mi deseo más profundo antes de morir es vivir una vida que se asemeje cada vez más a Jesús, sembrando así un pequeño recuerdo de Jesús en los corazones de mi amada familia, de mis hermanos, de los amigos a quienes espero evangelizar y de todos aquellos a quienes conozco.

En tercer lugar, antes de morir, Moisés compuso un cántico, se lo enseñó a los israelitas e hizo que lo cantaran. Observemos Deuteronomio 31:19: «Ahora pues, escribid para vosotros este cántico, y enseñadlo a los hijos de Israel; ponedlo en boca de ellos, para que este cántico me sirva de testimonio contra los hijos de Israel». Moisés escribió este cántico antes de morir. Luego, recitó las palabras del cántico en su totalidad ante la asamblea de Israel (versículos 30 y 32:44). El contenido de este cántico se encuentra registrado en Deuteronomio 32:1–43. ¿Por qué escribió Moisés este cántico y recitó sus palabras completas ante toda la congregación de Israel? Lo hizo porque quería que el cántico sirviera de testimonio contra los hijos de Israel (31:19). Él visualizó un escenario futuro: tras entrar en la tierra de Canaán, el pueblo comería, se saciaría y prosperaría; entonces se volverían a servir a otros dioses, despreciarían a Dios y quebrantarían Su pacto, sufriendo así numerosas calamidades y tribulaciones. En aquel tiempo de angustia, Moisés quería que este cántico —que sus descendientes no olvidarían cantar— permaneciera ante ellos como testimonio (versículos 20–21). Por eso Moisés escribió el cántico y lo enseñó a los hijos de Israel (versículo 22).

Antes de partir de este mundo, quisiera recopilar los himnos y cantos de adoración que he amado cantar y escribir un libro —por modesto que sea— sobre la gracia que Dios otorgó a través de ellos, compartiéndolo con mi familia, mi familia de la iglesia y mis hermanos y hermanas en la fe. Si es posible, también me gustaría grabarme cantando estas canciones mientras toco la guitarra y dejar esa grabación para mis hijos. Espero que, en mi funeral, mi

familia, los miembros de la iglesia y los asistentes canten algunas de estas canciones para alabar a Dios. Tres cosas que deseo lograr antes de morir son: formar obreros del Reino que tengan sueños centrados en Cristo, publicar libros sobre la meditación en las Escrituras y lanzar colecciones de alabanzas y testimonios. Oro para que, a través de todos estos esfuerzos, Dios reciba gloria y muchas personas queridas sean bendecidas.

¿Cómo debemos prepararnos para despedirnos de nuestra amada familia?

«Dicho esto, se puso de rodillas y oró con todos ellos. Todos lloraron mientras lo abrazaban y lo besaban. Lo que más les afligía era que él había dicho que nunca más volverían a ver su rostro. Luego lo acompañaron hasta el barco» (Hechos 20:36–38).

Recuerdo las palabras de la difunta *Kwon-sa* (diaconisa mayor) Kim Ja-ok: «El cáncer no es simplemente una adversidad; es una enfermedad que otorga tiempo para prepararse para la despedida». Quizás esto resuene en nosotros porque comprendemos que no todos tienen la oportunidad de prepararse para separarse de sus seres queridos. Esto me llevó a reflexionar: «Debo prepararme para despedirme de mi amada esposa y de mis hijos». Llegué a esta conclusión porque no existe un orden establecido para partir de este mundo, y desconocemos cuándo Dios podría llamarnos a su presencia. Considero que es sabio prepararse gradualmente para esa despedida, especialmente al pensar en la familia que tanto amo. Entonces, ¿cómo podemos prepararnos para despedirnos de nuestra amada familia?

En Hechos 20:36–38 leemos que, tras pronunciar su discurso de despedida (versículos 18–35) ante los ancianos de la iglesia de Éfeso (versículo 17) en Mileto, el apóstol Pablo se arrodilló y oró con ellos. Ellos lloraron a voz en cuello, lo abrazaron y besaron, y lo acompañaron hasta el barco. Al reflexionar sobre este pasaje y el discurso de despedida de

Pablo, he identificado siete maneras en las que podemos prepararnos para despedirnos de nuestros amados familiares.

En primer lugar, deseo demostrar siempre fidelidad hacia mi amada familia. Observemos Hechos 20:18: «Cuando llegaron, les dijo: “Ustedes saben cómo viví todo el tiempo que estuve con ustedes, desde el primer día que llegué a la provincia de Asia”». El apóstol Pablo recordó a los ancianos de la iglesia de Éfeso cómo había vivido entre ellos —de manera constante— desde el «primer día» que llegó a Asia hasta «ahora», un periodo que abarcó tres años (versículo 31). ¿Cómo vivió, entonces, Pablo mientras permaneció con los creyentes de la iglesia de Éfeso durante esos tres años? Creo que, como mínimo, Pablo vivió fielmente entre ellos; es decir, a lo largo de su ministerio de tres años en la iglesia de Éfeso, demostró fidelidad a la congregación. Sostengo esta opinión porque Pablo dijo a los ancianos que ellos sabían «cómo [él] siempre se había comportado entre [ellos]» desde el momento en que llegó por primera vez a Asia (versículo 18). Al reflexionar sobre la palabra «siempre» en esta declaración, considero que implica que, durante esos tres años, Pablo actuó «siempre» —de manera inquebrantable, constante y fiel— de una forma que resultaba claramente evidente para los ancianos.

No sé cuándo tendré que separarme de mi amada familia, pero deseo permanecer fiel —al igual que el apóstol Pablo— hasta ese mismo día y momento. Así como el Señor, que es veraz, actúa con fidelidad hacia un pecador infiel como yo, también yo deseo vivir una vida fiel mediante el poder de Su gracia. Me esfuerzo por vivir fielmente; ¡qué gracia tan preciosa sería si, incluso después de mi partida, mi amada familia recordara mi vida diciendo: «Mi esposo —o nuestro papá— vivió con constancia, sin desviarse nunca ni a la izquierda ni a la derecha»! Por supuesto, es inevitable que mi familia sea testigo de mis defectos más que nadie; sin embargo, ¡qué gracia y bendición tan profundas serían si, aun en medio de esas imperfecciones, pudieran vislumbrar cómo —por la gracia de Dios— logré vivir con cierto grado de constancia! Por eso quiero mostrar a mi familia una vida constante y fiel, hoy, mañana y hasta el día de mi muerte. Oro para que, incluso después de dejar este mundo,

recuerden la fidelidad del Señor que se reflejó, aunque fuera mínimamente, a través de mi vida.

En segundo lugar, quiero mostrar a mi amada familia en qué consiste servir al Señor.

Consideremos Hechos 20:19: «Serví al Señor con toda humildad y con lágrimas, aunque fui duramente probado por las conspiraciones de los judíos» [(Versión coreana moderna) «Siempre he servido al Señor con humildad y lágrimas, incluso al enfrentar diversas pruebas causadas por las conspiraciones de los judíos»]. Durante los tres años que el apóstol Pablo pasó con los creyentes en Éfeso, su conducta constante y fiel se definió por su servicio al Señor (versículo 19). Sirvió al Señor fielmente, un hecho bien conocido por los ancianos de la iglesia de Éfeso (versículo 18). Así, en su discurso de despedida, Pablo les recordó cuán fielmente había servido al Señor a lo largo de esos tres años entre ellos. También les dijo que había servido al Señor «con toda humildad y lágrimas» y «soportando pruebas» (versículo 19). Sin duda, debió enfrentar muchas adversidades mientras servía con humildad; sin embargo, animó a los santos de la iglesia de Éfeso y amonestó a cada uno de ellos con lágrimas, día y noche, sin cesar durante tres años (v. 31). Ciertamente, los santos de la iglesia de Éfeso fueron testigos de sus lágrimas. Como mínimo, los ancianos de la iglesia debieron haber visto y recordado las lágrimas que Pablo derramó a lo largo de esos tres años. ¿Cómo podrían olvidar aquellas preciosas lágrimas de Pablo, quien los amó tan fielmente y los sirvió con tanto llanto durante tres años? Aunque tal vez no recordaran a la perfección sus enseñanzas y amonestaciones específicas, los santos de la iglesia de Éfeso seguramente guardaron en sus corazones, para siempre, el recuerdo de sus lágrimas. Me encuentro reflexionando sobre las emociones de los ancianos de Éfeso al despedirse de él; pienso en Pablo, quien sirvió al Señor sirviéndoles a ellos con toda humildad y lágrimas, incluso mientras soportaba pruebas causadas por las conspiraciones de los judíos que buscaban matarlo (v. 19). El pasaje de hoy, Hechos 20:37, nos dice que todos lloraron amargamente, abrazaron a Pablo y lo besaron. Los ancianos de la iglesia de Éfeso lloraron a voz en cuello al separarse de Pablo, quien había amonestado a cada uno de ellos con

lágrimas, día y noche, durante tres años. Fue verdaderamente una hermosa manifestación de lágrimas nacidas del amor.

Yo también deseo derramar tales lágrimas. En particular, anhelo derramar aún más de los tres tipos de lágrimas que derramé una vez durante el retiro del ministerio universitario de la Iglesia Presbiteriana Seungri en mayo de 1987: lágrimas de arrepentimiento, lágrimas de gratitud y lágrimas de consagración. A menudo pienso en lo maravilloso que sería si no solo mi amado Padre Celestial, sino también mi querida familia, pudieran ver esas lágrimas y —movidos, conducidos y guiados por el Espíritu Santo— se propusieran aún más servir al Señor con sus propias lágrimas. También reflexiono sobre lo hermoso que sería compartir tales lágrimas en el Señor cuando llegue el momento de separarme de mi familia. Deseo experimentar una despedida tan hermosa con ellos. Quiero afrontar la muerte de una manera que sea hermosa no solo ante los ojos de Dios, sino también ante los ojos de mi familia. ¡Qué inmensa gracia y qué muerte tan provechosa sería si mi amada esposa y mis tres hijos, al reflexionar sobre mi partida, pudieran decidir: "Mi esposo —nuestro padre— sirvió únicamente al Señor a lo largo de su vida. Debió afrontar muchas dificultades mientras le servía con humildad, y aun así perseveró con paciencia y constancia; al recordar todas las lágrimas que derramó, yo también quiero servir solo al Señor toda mi vida, tal como él lo hizo"!

En tercer lugar, deseo procurar el bienestar de mi amada familia.

Consideremos Hechos 20:20–21: "Sabéis que no he vacilado en predicaros todo lo que os fuera provechoso, sino que os he enseñado públicamente y de casa en casa. He declarado tanto a judíos como a griegos que deben volverse a Dios en arrepentimiento y tener fe en nuestro Señor Jesucristo". Durante los tres años que pasó con la iglesia de Éfeso, el apóstol Pablo sirvió al Señor con toda humildad y lágrimas, soportando las pruebas causadas por las conspiraciones de los judíos (versículo 19). En particular, proclamó y enseñó a los creyentes de la iglesia de Éfeso todo aquello que les resultaba provechoso —tanto

públicamente como de casa en casa— sin reservarse nada (v. 20). Lo que proclamó y enseñó sin reservas fue el arrepentimiento para con Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo (v. 21). Dio testimonio del evangelio de la gracia de Dios (v. 24). En resumen, el apóstol Pablo no vaciló en declarar todo el propósito de Dios a los creyentes de Éfeso (v. 27). ¿Por qué actuó Pablo de esta manera con los creyentes de Éfeso? ¿Por qué proclamó y les enseñó libremente aquello que les era provechoso? La razón es que Pablo amaba a los creyentes de la iglesia de Éfeso. Esto trae a la mente las palabras de 1 Corintios 13:5: el amor «...no busca lo suyo...». Debido a que Pablo amaba a los creyentes efesios, no buscaba su propio beneficio, sino más bien el de ellos. Así, dio testimonio del evangelio de la gracia de Dios — que era para el beneficio de ellos— y proclamó y enseñó el arrepentimiento para con Dios y la fe en el Señor Jesucristo.

¿Qué esposo o padre buscaría su propio beneficio por encima del de su familia? ¿Acaso no trabaja arduamente para proveer a su amada familia? Sin embargo, creo que existe una forma de provisión aún más importante que el sustento material: el papel del esposo y padre como cabeza del hogar, responsable de nutrir a su familia. Por ello, tengo presentes las palabras de Efesios 5:29 y 6:4, que me recuerdan la gran responsabilidad que tengo de nutrir a mi amada esposa y a mis tres hijos. ¿Cómo debo, entonces, nutrir a mi familia? Debo hacer discípulos a mi esposa y a mis tres hijos. Como maestro espiritual del hogar, debo enseñar a mi amada esposa a guardar todo lo que el Señor ha mandado (Mateo 28:19). El propósito de hacerlo es purificarla mediante la Palabra (aunque, por supuesto, yo mismo debo ser purificado diariamente por la Palabra del Señor). Al hacerlo, mi esposa y yo podremos amarnos fervientemente con un corazón sincero (1 Pedro 1:22). Además, como maestro espiritual de mis tres hijos, no debo provocarles a ira, sino nutrirlos en la instrucción y amonestación del Señor. En este proceso de crianza, debo enseñarles a obedecer a Dios Padre y a poner esa obediencia en práctica. Debo criarlos para que sean hijos que obedezcan a sus padres como resultado de su obediencia a Dios Padre (Efesios 6:1). Creo que los hijos que honran a sus padres (versículo 2) también serán capaces de honrar a otros adultos. ¿Por qué debo hacer esto? Porque es el secreto para que las almas de mi amada

esposa y de mis hijos prosperen en todas las cosas (3 Juan 1:2). Mi propósito es claro: buscar el bienestar de mi amada familia. La razón es que amo a mi esposa y a mis tres hijos con el amor de Dios. En cuarto lugar, quiero mostrar a mi amada familia una vida impulsada por una misión divina.

Observemos Hechos 20:24 en la Biblia: «Sin embargo, no estimo mi vida como algo valioso para mí mismo, con tal de que pueda terminar la carrera y completar la tarea que el Señor Jesús me ha encomendado: la tarea de dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios». El apóstol Pablo se sintió impulsado por el Espíritu Santo a ir a Jerusalén, aun sin saber qué le sucedería allí (versículo 22). Solo sabía que el Espíritu Santo testificaba en cada ciudad que le esperaban encarcelamiento y sufrimientos (versículo 23). Es probable que Pablo también fuera consciente del peligro constante de perder la vida a manos de los judíos que buscaban matarlo. Sin embargo, Pablo no consideraba que su vida tuviera valor alguno en comparación con su misión (versículo 24). Valoraba más la misión recibida del Señor Jesús que su propia vida. Por eso no estimaba su vida como algo precioso cuando se trataba de cumplir —o completar— la tarea de dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios. ¡Qué hombre de Dios tan magnífico fue! ¿No deberíamos nosotros también sostener tales valores?

He recibido dos promesas del Señor. La primera promesa llegó en 1987, durante un retiro del ministerio universitario en la Iglesia Presbiteriana Victory; el Señor me habló a través del orador invitado, utilizando el pasaje de Juan 6:1–15. Al recibir esa palabra, el Espíritu Santo conmovió e inspiró mi corazón, llevándome a rendir y ofrecer mi vida —la cual, al igual que los dos peces y los cinco panes, era totalmente insuficiente— al Señor. En consecuencia, por la gracia absoluta de Dios, me he convertido en pastor y ahora sirvo a la iglesia, que es el cuerpo de Cristo. La segunda promesa que recibí del Señor llegó en 2003, durante un retiro organizado por el Consejo de Pastores Coreanos para la Renovación de la Iglesia (Gyogaenghyeop); a través de un orador invitado, el Señor me dio las palabras de Mateo 16:18. Tras escuchar la declaración del Señor: «Edificaré mi iglesia», canté el himno 208, «Amo tu reino, Señor», y lloré desconsoladamente al pensar en la Iglesia Presbiteriana

Seungri. Extrañaba profundamente a la Iglesia Presbiteriana Seungri, la amada congregación que el Señor había comprado con su propia sangre. Así pues, renuncié a la Iglesia Seohyun en Corea a finales de noviembre de aquel año, regresé a los Estados Unidos el 3 de diciembre y fui investido como pastor principal de la Iglesia Presbiteriana Seungri el 21 de diciembre. Desde entonces, he estado sirviendo a la iglesia del Señor junto a mi amada esposa y mis tres hijos. Al reflexionar sobre las promesas que el Señor me dio, comprendo que mi misión es edificar la iglesia del Señor —su cuerpo— compartiendo la Palabra de Dios (Juan 6:1–15; Mateo 16:18) y expandir el Reino de Dios mediante la edificación de dicha iglesia. Mi visión consiste en formar y enviar obreros que alberguen sueños centrados en Cristo, expandiendo así el Reino de Dios. Para cumplir esta misión, debo nutrir y capacitar a mi amada esposa e hijos como líder en el hogar y, del mismo modo, nutrir y capacitar a mi amada familia de la iglesia como líder dentro de ella. Es mi oración que, por la gracia de Dios, pueda llevar a cabo esta misión fielmente hasta el final. Así, cuando parta de este mundo, espero que mi amada esposa y mis tres hijos piensen en mí de esta manera: «Mi esposo —nuestro padre— estaba impulsado por la misión que recibió del Señor; la cumplió con humildad y fidelidad, y luego fue acogido en el seno del Señor a quien tanto anhelaba».

En quinto lugar, encomendaré a mi amada familia a Dios y a la palabra de su gracia.

Observemos Hechos 20:32 en la Biblia: «Ahora los encomiendo al Señor y a la palabra de su gracia, la cual tiene poder para edificarlos y darles herencia entre todos los santificados» [(Versión coreana moderna) «Ahora los encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia. Esa palabra puede fortalecer su fe y concederles las bendiciones del Reino de los Cielos que reciben todos los santos»]. El apóstol Pablo dijo a los ancianos de la iglesia de Éfeso: «Tengan cuidado de sí mismos y de todo el rebaño sobre el cual el Espíritu Santo los ha puesto como supervisores. Pastoreen la iglesia de Dios, que él compró con su propia sangre» (versículo 28). Hablaba de esta manera porque sabía que, tras su partida, lobos feroces entrarían en la iglesia de Éfeso desde fuera y no perdonarían al rebaño (versículo 29).

Además, Pablo sabía que de dentro de la iglesia surgirían hombres que enseñarían cosas distorsionadas con el fin de arrastrar a los discípulos tras de sí (versículo 30). Por eso, en su discurso de despedida a los ancianos de Éfeso, Pablo los exhortó: «¡Así que manténganse alerta! Recuerden que durante tres años no dejé de amonestar a cada uno de ustedes, día y noche, con lágrimas» (versículo 31). Después, encomendó a los ancianos de la iglesia de Éfeso al Señor y al mensaje de su gracia (v. 32). Lo hizo porque estaba convencido de que este mensaje tenía el poder de edificarlos firmemente y concederles una herencia entre todos los santificados (v. 32). ¿Puede imaginarlo? Si los ancianos de la iglesia —tanto los ancianos maestros (pastores) como los ancianos gobernantes— no se mantienen firmes en el mensaje de la gracia, ¿qué será del rebaño (la congregación)? ¿Qué le sucedería a toda la iglesia en medio de intensas tentaciones —tanto externas como internas— diseñadas para apartarlos de la fe y hacer que se desvíen hacia la izquierda o hacia la derecha? ¿No resulta aterrador tan solo pensarlo?

A menudo reflexiono sobre el día en que dejaré este mundo, dejando atrás a mi amada esposa y a mis tres hijos. Este hábito de reflexión surgió cuando pasé del ministerio juvenil en la Iglesia Seohyun, en Corea, al ministerio pastoral principal en la Iglesia Presbiteriana Victory, en los Estados Unidos; presenciar el fallecimiento de los ancianos de la congregación allí me dio una perspectiva más profunda sobre la muerte. Al mirar atrás y contemplar mi vida bajo la óptica de la mortalidad, y al pensar en el tipo de muerte que deseo afrontar, a menudo considero cuán maravilloso sería partir de esta vida habiendo sido guiado por la misión del Señor y utilizado como su instrumento. Sin embargo, al mismo tiempo, no puedo evitar pensar en mi amada familia. ¿Cómo serán sus vidas cuando yo ya no esté? ¿Qué pasará con su caminar de fe, con su llamado a vivir para la gloria de Dios? En medio de estos y otros innumerables pensamientos, lo único que puedo hacer es encomendar a mi familia a Dios mediante la oración. Todo se lo encomiendo a Él en oración. Tal como dice la Biblia: «Depositen en él toda ansiedad, porque él cuida de ustedes» (1 Pedro 5:7), encomiendo todas mis preocupaciones a Dios mediante la oración. La razón es que Dios ama a mi familia más que nadie. Se me instruye a encomendar a mi familia a Dios,

específicamente a la palabra de su gracia (v. 32). Mi responsabilidad al respecto es compartir y enseñar la palabra de la gracia de Dios —el evangelio de la gracia de Dios (v. 24)— a mi familia, permitiéndoles así permanecer en la gracia de la salvación divina. Al hacerlo, incluso después de que yo parta de este mundo, mi familia estará firmemente establecida en la palabra de la gracia de Dios y podrá recibir y disfrutar de las bendiciones del Reino de los Cielos que pertenecen a todos los santos (v. 32, *Versión Coreana Contemporánea*).

En sexto lugar, quiero mostrar a mi amada familia una vida de trabajo diligente, en lugar de una marcada por la codicia.

Consideremos Hechos 20:33–34: «No he codiciado la plata, el oro ni la ropa de nadie. Ustedes saben que estas manos mías han provisto para mis propias necesidades y para las de mis compañeros». ¿Por qué el apóstol Pablo, en su discurso de despedida a los ancianos de la iglesia de Éfeso, dijo: «No he codiciado la plata, el oro ni la ropa de nadie» y «Ustedes saben que gané con mis propias manos lo que mis compañeros y yo necesitábamos» (versículos 33–34)? ¿Habló así porque los ancianos enfrentaban tentaciones materiales tan intensas —tentaciones que despertaban la codicia— que resultaba necesario hacer tal declaración? ¿Acaso le preocupaba a Pablo que Demetrio, el platero (19:24) —quien hizo fortuna fabricando réplicas de la diosa Artemisa—, intentara atraer a los ancianos con dinero? ¿Podría haber sido esta una de las «muchas pruebas» (20:19) que Pablo soportó durante sus tres años en Éfeso? Si los ancianos realmente enfrentaban tales pruebas, Pablo bien podría haberlos instado a mantenerse firmes en la palabra de la gracia de Dios y —al igual que él— a evitar sucumbir a la tentación de la codicia, la cual conduce al pecado de la idolatría (Colosenses 3:5). Después de todo, ¿no habría podido toda la congregación de la iglesia de Éfeso rechazar por sí misma la tentación de la codicia al ver que sus ancianos estaban libres de tal afán de lucro? ¿Y no habría sido una buena manera de resistir esa tentación trabajar arduamente y ganarse el propio sustento, tal como lo hizo Pablo? (Hechos 20:34) Sobre todo, si los ancianos de la iglesia de Éfeso hubieran amado verdaderamente a

su prójimo —es decir, a los hermanos y hermanas de esa misma iglesia—, habrían obedecido el mandamiento del Decálogo: «No codicies la casa de tu prójimo... no codicies las posesiones de tu prójimo» (Éxodo 20:17). Ellos también habrían trabajado diligentemente para ganar su propio dinero. ¡Qué ejemplo tan valioso de una vida fiel es que un líder de la iglesia se mantenga libre de la codicia por el dinero!

Recuerdo vívidamente el consejo que me dio mi padre cuando acudí a él ante un dilema que enfrentaba hace unos diecinueve años. Me dijo que «me elevara por encima de las preocupaciones materiales». En aquel entonces, estaba comprando muebles para la boda junto con mi esposa y mi suegra. Mi suegra, que había esperado y preparado la boda de su querida hija mayor durante una década, quería regalarnos muebles de alta gama; sin embargo, mi esposa consideraba que el costo era excesivo y prefería algo más económico, lo que provocó un desacuerdo entre ambas. Atrapado en medio de la situación y sin saber qué hacer, recurrí a mi padre en busca de orientación. Aún recuerdo el desenlace: mi suegra terminó «ganando» la discusión (?) y nos compró muebles mucho más caros de lo que necesitábamos. Otro recuerdo que destaca es de poco después de casarnos, cuando mi esposa preguntó —con cierto tono de incredulidad— cómo era posible que un *jeondosa* (un pastor asistente o evangelista) estuviera comiendo *galbi* (costillas de res marinadas). Jaja. Quizás mi esposa sentía que un evangelista no debía comer costillas marinadas tan costosas. Jaja. Pero al final, sí comí el *galbi*. Deseo aprender el secreto del contentamiento —como el apóstol Pablo (Filipenses 4:11-12)—: vivir con sencillez, trascender las posesiones materiales, disfrutar de la libertad frente a la tentación de la riqueza y hallar suficiencia únicamente en el Señor, en lugar de en la codicia. Por ello, quiero mostrarle a mi amada familia lo que significa vivir plenamente satisfecho solo con el Señor. También deseo mostrar una vida de trabajo diligente para el Señor, libre de codicia. Mi esperanza es que, cuando parta de este mundo, mi esposa y mis hijos piensen: «Mi esposo —o nuestro papá— vivió sin codicia, halló satisfacción únicamente en el Señor y trabajó arduamente para Él hasta el final».

En séptimo y último lugar, quiero dar ejemplo a mi amada familia.

Observemos Hechos 20:35: «En todo les he enseñado que, trabajando así, debemos ayudar a los necesitados, recordando las palabras que el mismo Señor Jesús dijo: "Más bienaventurado es dar que recibir"». El apóstol Pablo dio ejemplo a los ancianos de la iglesia en Éfeso. Pudo evitar la codicia porque recordaba y vivía conforme a las palabras del Señor Jesús: «Más bienaventurado es dar que recibir» (versículo 35). Por ello, Pablo no sucumbió a la tentación de la codicia; al contrario, trabajó arduamente con sus propias manos para proveer para sí mismo y para sus compañeros (versículo 34). Además, Pablo vivió una vida de trabajo arduo para ayudar a los necesitados (versículo 35). Tras dar este ejemplo, Pablo exhortó a los ancianos de la iglesia en Éfeso a seguir sus pasos: trabajar con diligencia y ayudar a los necesitados. Habló de esta manera porque tal vida es verdaderamente bienaventurada (versículo 35).

Quiero mostrarle a mi amada familia cómo es una vida bienaventurada. Deseo demostrar a mis tres hijos —mediante mis acciones más que con mis palabras, y a través del ejemplo que doy en mi vida cotidiana— qué clase de existencia es bienaventurada ante los ojos de Dios. Más allá de simplemente mostrarles el camino, quiero que vean a su padre recibir y disfrutar de las bendiciones que Dios otorga generosamente. Si realmente puedo encarnar el «modelo de la verdad» (Romanos 2:20) —que es más bienaventurado dar que recibir—, entonces, aun cuando cierre los ojos en la muerte, creo que mis amados hijos abrirán sus ojos espirituales y seguirán mis pasos (1 Pedro 2:21). En particular, espero dejar un hermoso legado a mi familia trabajando con diligencia y ayudando a los necesitados mientras tenga fuerzas para hacerlo. Así, aun después de partir de este mundo, ruego que el recuerdo de mis pasos —grabados en sus corazones— los inspire a recorrer el mismo camino.

Esta semana, encontré una historia conmovedora en las noticias de televisión. Trataba sobre una mujer estadounidense llamada Josephine Smith, quien perdió a su padre bombero en los atentados del 11 de septiembre; trece años más tarde, ella siguió los pasos

de su padre, superando las rigurosas pruebas y el entrenamiento para convertirse también en bombera de la ciudad de Nueva York. Dos escenas de aquel reportaje permanecen inolvidables para mí. La primera mostraba a Smith —la bombera— radiante, con una gran sonrisa, vistiendo su uniforme y situada sobre una escalera apoyada en un edificio. Otra escena presentaba una fotografía de su difunto padre; él tenía un semblante verdaderamente amable y agradable. Dado que él falleció en los atentados del 11 de septiembre a los 47 años, su hija Smith debía de estar en la edad de la escuela secundaria; me puse a reflexionar sobre el profundo dolor que ella debió sentir al perder a un padre amado durante esos años formativos de la adolescencia. También me maravilló la profundidad del amor que ella sentía por él, pues decidió seguir sus pasos y convertirse ella misma en bombera. Pensar en Josephine Smith —una mujer que emuló a su amado padre para servir a la ciudad de Nueva York como bombera— me inspira a ser un mejor ejemplo para mis propios tres hijos amados. Quiero poner en práctica esta determinación, convirtiéndola en un hábito y buscando una transformación de mi carácter. Deseo mostrar a mi familia una vida dedicada a la obra del Señor, mientras dejo de lado continuamente toda codicia. Además, espero ser una bendición para ellos demostrando —mediante una vida de humildad, fidelidad y paciencia inquebrantable— lo que significa servir al Señor en respuesta a la misión que Él me ha encomendado. Al encomendar a mi amada familia a la gracia de la Palabra de Dios, deseo vivir una vida que emule a Jesús hasta el mismo momento en que Él me llame a su presencia, dejando tras de mí hermosas huellas en sus corazones que ellos también puedan seguir.



Preparemos nuestro funeral con todas nuestras fuerzas.

«Ella ha hecho lo que ha podido; se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura... Pero Pedro declaró con énfasis: "Aunque tenga que morir contigo, jamás te negaré". Y todos los demás dijeron lo mismo» (Marcos 14:8, 31).

¿Alguna vez ha pensado en su funeral? Si es así, ¿se está preparando para él? Y si lo está haciendo, ¿de qué manera? ¿Qué le parece el título de la meditación de hoy: «Preparemos nuestro funeral con todas nuestras fuerzas»? Puede parecer algo absurdo para los hermanos y hermanas que aún no se han casado. Quizás piensen que este es el momento de dedicar toda su energía a preparar una boda, no un funeral. Sin embargo, como todos sabemos, nadie puede garantizar el futuro. No sabemos cuándo ni cómo partiremos de este mundo. No obstante, los jóvenes suelen asumir que vivirán más tiempo que los ancianos, por lo que tienden a centrar sus energías en preparar bodas en lugar de funerales. También me pregunto acerca de los ancianos. Aunque a menudo dicen que no les queda mucho tiempo de vida, no estoy seguro de si realmente se están preparando para sus funerales, o si lo están haciendo con todas sus fuerzas. Al fin y al cabo, decir «quiero morir pronto» se considera una de las «tres grandes mentiras» que cuentan los ancianos. Actualmente estoy leyendo un libro titulado **El arte de morir** (The Art of Dying), de Rob Moll, y hay partes que realmente han resonado en mí. Una característica de la época en que vivimos es que, a medida que avanza la tecnología médica y las personas viven más que nunca, el enfoque se centra en vivir en lugar de prepararse para la muerte. En consecuencia, parece que no

sabemos cómo morir bien en el Señor. Como resultado, también parece que carecemos de entendimiento sobre cómo vivir bien, a pesar de que Dios considera preciosa la muerte de sus santos (Salmo 116:15). Al leer el relato de Marcos 14 sobre la mujer que rompió el frasco de alabastro, el versículo 8 captó mi atención. Me llamó la atención el contraste entre dos figuras: el apóstol Pedro, quien había seguido a Jesús durante tres años y declaró «con vehemencia»: «¡Aunque tenga que morir contigo, no te negaré!» (v. 31) —pero que ponía su mente en las cosas de los hombres más que en las de Dios (Mateo 16:23)—; y la mujer que rompió el frasco de nardo puro y muy costoso (Marcos 14:3), quien «hizo lo que pudo» (o «con todas sus fuerzas») para derramar el perfume sobre el cuerpo de Jesús, preparándolo así de antemano para la sepultura (v. 8). Aunque a menudo había pasado por alto la historia de la mujer que rompió el frasco sin reflexionar mucho en ella, llegué a contrastar el hecho de que ella preparó a Jesús para la sepultura «con todas sus fuerzas» (v. 8) frente a la declaración «vehemente» de Pedro (v. 31) de que nunca negaría al Señor, ni siquiera ante la muerte. Pedro, el discípulo principal de Jesús, ya había escuchado la enseñanza de Jesús de que «el Hijo del Hombre debía padecer mucho y ser rechazado por los ancianos, los principales sacerdotes y los maestros de la ley, y que debía ser asesinado y resucitar después de tres días» (Marcos 8:31); sin embargo, llevó a Jesús aparte y protestó diciendo: «¡Nunca, Señor! ¡Esto jamás te sucederá!» (Mateo 16:22). En cambio, la mujer que rompió el frasco de alabastro preparó a Jesús para la sepultura de antemano «con todas sus fuerzas» (Marcos 14:8). Mientras Pedro se centraba en preocupaciones humanas, ella se centraba en la obra de Dios. Ella dedicó todas sus fuerzas a prepararse para la muerte de Jesús en la cruz, mientras que Pedro usó sus fuerzas para intentar evitar esa muerte (cf. Mateo 16:22), llegando incluso a desenvainar su espada cuando Jesús estaba siendo arrestado y a golpear al siervo del sumo sacerdote, cortándole la oreja (Mateo 26:51). Más tarde, Pedro negó a Jesús tres veces con gran vehemencia, «maldiciéndose y jurando» (v. 74). ¿Quién hizo algo digno de la alabanza del Señor? Al pensar en la mujer que lo había preparado para la sepultura con todas sus fuerzas, Jesús dijo a sus discípulos: «De cierto os digo que dondequiera que se predique el evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ella ha hecho, para memoria de ella» (Marcos 14:9).

¿Para qué te estás preparando *tú* con todas tus fuerzas en este momento? ¿Acaso tienes el deseo de prepararte para tu propio funeral con todo tu empeño? Al hacerlo, ¿no querrías vivir cada día que Dios te ha dado —viendo la vida a través del prisma de la muerte— no según tu propia voluntad, sino únicamente según la voluntad de Dios? Debemos vivir bien para morir bien, pero también debemos prepararnos bien para la muerte a fin de vivir bien. Para prepararnos eficazmente para la muerte, debemos tener fe y esperanza en la resurrección. Además, debemos prepararnos diligentemente para la Segunda Venida de Jesús. Como Esposa, la Iglesia debe dedicar todas sus fuerzas a prepararse para el regreso de Jesús, el Esposo. Al igual que las cinco vírgenes prudentes que se prepararon para la llegada de Jesús con aceite y lámparas, la Iglesia —como Esposa— debe prepararse para llegar a ser una iglesia gloriosa (Efesios 5:27) y recibir con gozo a Jesús, el Esposo.

«Pon mis lágrimas en tu redoma»

«Tú conoces mi pesar. Pon mis lágrimas en tu redoma...» (Salmo 56:8a).

Hay lágrimas guardadas en la vasija de mi corazón; lágrimas que jamás olvidaré mientras viva. Recuerdo vívidamente el momento en que cayeron; tienen un significado profundamente valioso para mí. Las lágrimas que más profundamente han quedado grabadas en mi corazón son aquella única gota de mi primogénita, Ju-young. Cuando Ju-young —que se había sentado por sí sola por primera y última vez— cayó en un sueño tranquilo en mis brazos, una sola lágrima se acumulaba en el rabillo de su ojo derecho. Cada vez que administro la Santa Cena, pienso deliberadamente en aquella bebé que pasó cincuenta y cinco días en la unidad de cuidados intensivos, marcada por innumerables pinchazos de aguja. En cada ocasión, esa única lágrima suya conmueve profundamente mi corazón. El segundo grupo de lágrimas profundamente grabadas en mi corazón pertenece a mi amada esposa. Recuerdo verla llorar —con las lágrimas corriéndole por el rostro— mientras permanecía a poca distancia, observando a Ju-young en la UCI; nuestra bebé estaba en estado crítico, con todo el cuerpo tornándose azul debido a un fallo cardíaco y circulatorio. Nunca antes mi esposa me había parecido tan hermosa como en aquel momento. Otro momento inolvidable relacionado con las lágrimas de mi esposa ocurrió tras la cremación de Ju-young. Íbamos en una pequeña embarcación, llevando la cajita que contenía sus cenizas, cuando mi esposa —que estaba sentada detrás de mí mientras yo conducía— de repente me miró y dijo: «Titanic», mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas. Jamás olvidaré a mi esposa, capaz de hacer esa broma (?) incluso en medio de un dolor tan profundo. Otra lágrima guardada en la «redoma de mi corazón» es la que brotó del rabillo del ojo derecho de mi abuelo. Sucedió una mañana de domingo —el día antes de que

falleciera en el hospital—, justo después de que yo terminara de orar y él abriera los ojos. Aunque no podía hablar por estar conectado a un respirador, nunca he olvidado aquella lágrima. Tampoco puedo olvidar las lágrimas de mi abuela. Cuando mi esposa y yo fuimos a visitarla al hospital, de repente rompió a llorar. Le pregunté: «Abuela, ¿lloras porque tienes miedo a la muerte?». Ella respondió que lloraba por una inmensa gratitud hacia Dios. Cuando le pregunté por qué estaba tan agradecida, dijo que daba gracias a Dios por haber suscitado a varios siervos del Señor de entre los miembros de nuestra familia. Esas lágrimas de gratitud también permanecen guardadas en el odre de mi corazón.

A lo largo de mi vida de fe, me había centrado únicamente en las lágrimas acumuladas en ese odre dentro de mi corazón. Sin embargo, anoche, mientras leía el pasaje de las Escrituras para la reunión de oración de esta mañana temprano, mi atención se dirigió al Salmo 56:8. Me impactó la súplica del salmista David a Dios: "Señor, tú conoces mi dolor; pon mis lágrimas en tu odre". Debo haber leído este versículo muchas veces antes, pero parece que simplemente lo había pasado por alto hasta anoche. Luego, mientras compartía un mensaje centrado en el Salmo 56:4 en la reunión de oración de esta mañana, volví a interesarme profundamente por el versículo 8; con este enfoque renovado es que ahora reflexiono sobre el pasaje y escribo estas palabras. Ahora deseo desviar mi atención de las lágrimas que se acumulan en el odre del dolor de mi propio corazón hacia las lágrimas de mis seres queridos: lágrimas que se guardan en el propio odre del Señor. De hecho, confiando en que las lágrimas de mis seres queridos —que están presentes en mi propio corazón— ya están recogidas en el odre del Señor, deseo encomendárselas totalmente a Él; pues Él los ama mucho más de lo que yo jamás podría y comprende sus lágrimas mejor que nadie. ¿Cómo podría yo comprender el significado pleno de las lágrimas derramadas por mi primogénito, Ju-young, por mi esposa o por mis abuelos? Sin embargo, dado que el Dios omnisciente conoce y comprende plenamente el significado de esas lágrimas, oro para que Él recoja cada una de ellas en su odre. Al hacerlo, oro también para que recoja los tres tipos de lágrimas que derramé durante un retiro universitario con el grupo de universitarios de la Iglesia Presbiteriana Seungri en mayo de 1987: lágrimas de arrepentimiento, lágrimas de

consagración y lágrimas de gratitud. Oro para poder seguir derramando estos tres tipos de lágrimas, tanto ahora como en el futuro, y así llenar con ellas el odre del Señor.

Cuando contraemos una enfermedad terminal y cuando nos recuperamos de ella

«Escrito de Ezequías, rey de Judá, después de haber estado enfermo y de haberse recuperado de su enfermedad» (Isaías 38:9).

Si su médico le hiciera una biopsia y le dijera: «Tiene cáncer», ¿cómo reaccionaría? ¿Y si le dijeran que no es un cáncer en etapa inicial, sino en etapa 4? Cuando oímos «cáncer en etapa 4», solemos pensar en ello como la fase terminal: una sentencia de muerte. Pero ¿es realmente el cáncer en etapa 4 el final? E incluso si lo fuera, ¿deberíamos simplemente renunciar a la vida y esperar la muerte? Hoy quisiera extraer lecciones de Isaías 38:9-20 — un pasaje escrito por el rey Ezequías tras recuperarse de una enfermedad mortal— sobre cómo debemos responder cuando nos enfrentamos a una enfermedad terminal y cuando sanamos de ella. Mi oración es que guardemos estas lecciones en el corazón, las pongamos en práctica y demos gloria a Dios mediante nuestra alabanza.

La primera lección es que, cuando contraemos una enfermedad terminal, debemos afrontar la muerte directamente.

Observemos Isaías 38:10: «Yo dije: "En lo mejor de mis días debo cruzar las puertas del Seol; se me priva del resto de mis años"». Dios había hablado a Ezequías a través del profeta Isaías, diciéndole: «Ordena tu casa, porque morirás; no sanarás» (v. 1). En resumen, el rey Ezequías había recibido una sentencia de muerte de parte de Dios. Ante tal sentencia, el instinto humano es negarla. Esto se debe a que tememos a la muerte. Sin embargo, no debemos temer a la muerte; más bien, debemos prepararnos para ella. Un cristiano que se prepara

para la muerte la afronta directamente en lugar de negarla al recibir una sentencia de muerte. Puesto que nos preparamos para la muerte, debemos estar listos para mirarla a la cara.

La segunda lección es que, cuando nos vemos afectados por una enfermedad terminal, debemos reflexionar sobre nuestra vida.

Observemos Isaías 38:11: «Dije: "No veré al Señor, al Señor en la tierra de los vivientes; no veré más al hombre entre los habitantes del mundo"». Cuando el rey Ezequías recibió una sentencia de muerte de parte de Dios, reflexionó sobre su vida. Ante la muerte, pensó en Dios —a quien ya no vería en este mundo— y en las personas con las que ya no se encontraría. Debemos saber cómo mirar atrás y examinar nuestra vida cuando nos enfrentamos a la muerte. Y al reflexionar, debemos considerar si —mientras vivíamos en esta tierra— amamos a Dios (a quien ya no veríamos aquí) con todo nuestro corazón, fuerzas y devoción, y si amamos a nuestro prójimo como a nosotros mismos.

La tercera lección es que, cuando nos vemos afectados por una enfermedad terminal, debemos creer que el Señor gobierna la vida y la muerte.

Observemos Isaías 38:12-13: «Mi morada ha sido arrancada y apartada de mí como la tienda de un pastor; como un tejedor he enrollado mi vida; Él me corta del telar; desde el amanecer hasta el anochecer me llevas al fin. Esperé pacientemente hasta la mañana, pero como un león Él rompe todos mis huesos; desde el amanecer hasta el anochecer me llevas al fin». Aquí, el rey Ezequías repite dos veces que «Él me cortará del telar» y que «Él pondrá fin a mi vida entre el día y la noche». En resumen, esto significa que el Señor tiene soberanía sobre la vida y la muerte. No importa si el médico tratante pronuncia una sentencia de muerte; no morimos a menos que Dios lo decreta. Sin embargo, si el Señor dicta una sentencia de muerte sobre nosotros, Él es quien acortará nuestra vida. Por lo tanto, no debemos quitarnos la vida. La vida y la muerte pertenecen a Dios. Debemos creer firmemente que el Señor gobierna nuestra vida y nuestra muerte.

La cuarta lección es que, cuando sufrimos una enfermedad mortal, debemos mantener la mirada puesta en el Señor hasta que nuestros ojos se cansen. Observemos Isaías 38:14 en la Biblia: «Como la golondrina o la grulla, así gemía; arrullaba como la paloma. Mis ojos desfallecían mirando a lo alto. ¡Oh Señor, estoy oprimido; sé mi defensor!». Incluso tras recibir una sentencia de muerte de parte de Dios, el rey Ezequías lloró amargamente y suplicó al Señor, quien tiene soberanía sobre la vida y la muerte. Al escuchar el decreto divino de muerte a través del profeta Isaías, volvió su rostro hacia la pared y oró con intenso llanto y súplica (versículos 2-3). Oró diciendo: «Sáname y haz que viva» (versículo 16), pidiendo a Dios que recordara cómo había caminado delante del Señor en verdad y con corazón íntegro, y cómo había hecho lo bueno ante sus ojos (versículo 3). En resumen, el rey Ezequías lloró amargamente y buscó al Señor hasta que sus ojos desfallecieron (versículo 14). Nosotros también debemos elevar oraciones con amargo llanto y fuertes lamentos al Señor —quien gobierna la vida y la muerte— incluso después de recibir una sentencia de muerte. Aun cuando padezcamos una enfermedad terminal, debemos clamar a Dios, pues Él podría cambiar de parecer y prolongar nuestra vida.

La quinta lección es que, cuando nos recuperamos de una enfermedad terminal, debemos dar gloria al Señor.

Observemos Isaías 38:15: «¿Qué diré? Él me ha hablado y Él mismo lo ha hecho. Andaré con cuidado todos mis años debido a la amargura de mi alma». Cuando Ezequías lloró y oró, buscando a Dios hasta que sus ojos desfallecieron, Dios escuchó su oración, vio sus lágrimas y añadió quince años a su vida (versículo 5). Tras recibir esta prolongación de vida, Ezequías dio gloria a Dios. Concretamente, reconoció que Dios había cumplido personalmente la promesa que le había hecho (versículo 15). Jamás se apropió de la gloria de Dios para reclamarla como suya; esto se debió a que reconoció que fue Dios quien prolongó su vida. Nosotros también debemos comprender esto. Cuando sobrevivimos a una situación de vida o muerte, no debemos olvidar que ello ocurre únicamente por la gracia de Dios. Solo Dios puede prolongar nuestra vida. Solo Dios puede sanar nuestras

enfermedades. Por lo tanto, habiendo sido sanados de una enfermedad terminal por la gracia de Dios, debemos —al igual que Ezequías— caminar humildemente ante el Señor durante el resto de nuestras vidas (versículo 15).

La sexta lección es que, cuando nos recuperamos de una enfermedad terminal, debemos comprender que la vida humana depende únicamente de la Palabra de Dios.

Observemos Isaías 38:16: «¡Oh Señor! Por estas cosas viven los hombres, y en todas ellas está la vida de mi espíritu; así que Tú me restaurarás y me harás vivir». Tras recuperarse de una enfermedad terminal —tal como Dios había prometido—, el rey Ezequías comprendió que la vida humana depende de la palabra de Dios. En otras palabras, llegó a entender que la vida de su alma descansaba enteramente en la palabra de Dios. Ciertamente, la vida de nuestras almas depende totalmente de la palabra de Dios; nuestra propia existencia se sustenta únicamente en ella. Debemos saber que «no solo de pan vivirá el hombre, mas de toda palabra que sale de la boca del Señor vivirá el hombre» (Deuteronomio 8:2). Y debemos vivir conforme a la palabra de Dios.

La séptima lección es que, cuando nos recuperamos de una enfermedad que pone en peligro la vida, debemos discernir el propósito del Señor al permitir un sufrimiento tan grande.

Observemos Isaías 38:17: «Ciertamente, para mi propia paz tuve gran amargura; pero Tú has librado amorosamente mi alma de la fosa de corrupción, pues has echado todos mis pecados tras tus espaldas». ¿Cuál es, entonces, el propósito de Dios al permitirnos sufrir la gran agonía de una enfermedad terminal? El rey Ezequías comprendió que la intención de Dios era concederle paz mediante el perdón de sus pecados. ¡Qué tremenda bendición y gracia de Dios es esta! Si, incluso a través de una enfermedad que amenaza la vida, el asunto de nuestro pecado queda resuelto —perdonado— y, en consecuencia, podemos disfrutar de la paz perfecta que Dios da, ¡qué profunda bendición y gracia representa eso!

Deberíamos anhelar el perdón de los pecados aún más que la sanidad física. Y, mediante el perdón de los pecados, debemos disfrutar de la paz de Dios que el mundo no puede dar.

La octava y última lección es que, cuando nos recuperamos de una enfermedad que pone en peligro la vida, debemos ofrecer alabanza y acción de gracias al Señor.

Por favor, observemos Isaías 38:18–20: «Porque el Seol no te dará gracias, ni la muerte te alabará; ni los que descienden al sepulcro esperarán tu verdad. Los que viven, los que viven, ellos te darán gracias, como yo hoy; los padres harán conocer tu verdad a sus hijos. El Señor me salvará, y cantaremos mis cánticos con instrumentos de cuerda todos los días de nuestra vida en la casa del Señor». Aquí, Ezequías expresa gratitud por la oportunidad de alabar a Dios tras haber sido librado de su enfermedad (Park Yun-sun). Ezequías ofrece alabanza movido por la gratitud ante la gracia fiel y el amor de Dios, habiendo sido salvado del pecado. Un creyente que ha experimentado tal gracia salvadora y fiel de Dios no puede evitar ofrecerle alabanza y acción de gracias. Es mi oración que usted y yo, al igual que Ezequías, experimentemos la gracia salvadora de Dios y le ofrezcamos alabanza con corazones agradecidos.

Cuando se acerca el momento de mi muerte

«El Señor dijo a Moisés: “El tiempo de tu muerte se acerca; llama a Josué y preséntense en la Tienda de Reunión, para que yo le dé una orden”. Así que Moisés y Josué fueron y se presentaron en la Tienda de Reunión» (Deuteronomio 31:14).

Dentro de poco asistiré al funeral de una *kwonsa* (una mujer laica de edad avanzada y gran trayectoria en la iglesia). Supe que falleció en paz tras padecer una enfermedad crónica durante varios años. Lo que resulta especialmente desgarrador es que su esposo —un anciano de la iglesia— la había cuidado con una devoción profunda. Su yerno describió esos cuidados como una verdadera «obra de amor» (1 Tesalonicenses 1:3). Sin embargo, poco después de regresar a casa tras asistir a una boda, el anciano encontró a su esposa fallecida mientras dormía. No alcanzo ni a imaginar el estado de su corazón. Al enterarme de la noticia de su muerte, y mientras observaba a mi propia esposa dormir anoche, diversos pensamientos cruzaron mi mente. Mi esposa ha estado delicada de salud últimamente; estaba tan agotada que permaneció profundamente dormida incluso cuando entré, encendí las luces y me puse a leer un libro. Al verla dormir, me pregunté cómo me sentiría si ella partiera de mi lado primero. La muerte de un ser querido es verdaderamente difícil de aceptar; es una ocasión de profundo e inconsolable dolor. En el pasaje de hoy, Deuteronomio 31:14, vemos a Dios diciéndole a Moisés: «El tiempo de tu muerte se acerca». En consecuencia, Dios ordenó a Moisés que llevara a Josué al Tabernáculo, pues tenía instrucciones que darle (versículo 14). Al meditar en este pasaje, reflexioné sobre la perspectiva de Moisés al acercarse el final de su vida. Él sabía que moriría sin llegar a entrar en Canaán —la Tierra Prometida que tanto anhelaba ver— y también preveía que, tras su

muerte, el pueblo de Israel se corrompería. Sabía que se apartarían del camino que Dios había ordenado, cometerían las maldades que Dios había prohibido y provocarían la ira divina (versículo 29). Él lo sabía porque Dios se lo había dicho: «... Vas a descansar con tus antepasados, y este pueblo pronto se prostituirá siguiendo a los dioses extranjeros de la tierra en la que van a entrar; me abandonarán y quebrantarán el pacto que hice con ellos. En mi ira los abandonaré y les ocultaré mi rostro, y serán devorados. Muchos desastres y aflicciones caerán sobre ellos, y en ese momento preguntarán: "¿No nos han sobrevenido estos desastres porque nuestro Dios no está entre nosotros?". Y ciertamente les ocultaré mi rostro en aquel tiempo debido a todo el mal que han hecho al volverse hacia otros dioses» (versículos 16-18). Moisés previó que, una vez que los israelitas entraran en la tierra de Canaán —«cuando hayan comido, se hayan saciado y hayan engordado»—, se apartarían de Dios, lo abandonarían, seguirían a los dioses extranjeros de la tierra, harían pactos con ellos y cometerían toda clase de maldades (Deuteronomio 31:20, 15). Sabía que, como resultado, la ira de Dios ardería contra ellos; Dios los abandonaría, les ocultaría su rostro y traería sobre ellos innumerables desastres y aflicciones. Por eso, Moisés dijo al pueblo de Israel: «Porque conozco vuestra rebeldía y vuestra dura cerviz. Si hoy, mientras aún vivo y estoy con vosotros, habéis sido rebeldes contra el SEÑOR, ¡cuánto más lo seréis después de mi muerte!» (31:27). Moisés sabía que, tras su muerte, los israelitas se corromperían, se desviarían del camino que él les había ordenado seguir y harían lo malo ante los ojos del SEÑOR, provocando así su ira y atrayendo desastres sobre sí mismos en los días venideros (31:29). Sabiendo todo esto, Moisés afrontó la proximidad de su propia muerte. ¿Qué habría, entonces, en su corazón?

¿Qué sienten los padres creyentes cuando se acerca el momento de su muerte? ¿Cómo se sienten, especialmente cuando saben que sus hijos han mostrado tibieza en su fe —asistiendo a la iglesia y fingiendo vivir una vida de fe solo por la presión de sus padres— y se dan cuenta de que, una vez que ellos fallezcan, es probable que sus hijos abandonen la iglesia por completo para vivir como gente mundana? ¿Pueden realmente cerrar los ojos en paz? En tal situación, ¿qué podemos hacer nosotros, como padres? Debemos mirar con fe

al Dios verdadero y fiel que cumple su pacto, y elevar nuestras súplicas. Dios tendrá compasión de nuestros hijos (32:36). Cuando nuestros hijos se queden sin nada (v. 36) y estén a punto de tropezar (v. 35) debido a las adversidades que conlleva la amorosa disciplina de Dios, Él tendrá compasión de ellos (v. 36). Además, Dios hará expiación por nuestros hijos (v. 43). En consecuencia, nuestros hijos —el pueblo del Señor— se regocijarán (v. 43). Ruego que Dios nos conceda la sabiduría para comprender esta verdad y discernir el destino final de nuestros hijos (v. 29).

¿Tres razones para dar gracias a Dios, incluso en la encrucijada de la vida y la muerte?

[Salmo 23]

Es domingo por la tarde. Afuera escucho el sonido de la lluvia, un sonido que me encanta. Me encuentro en mi despacho pastoral, reuniendo fuerzas para escribir esto tras haber proclamado el mensaje del Salmo 23 —que compartí con el difunto evangelista Ahn Deok-il el viernes pasado— durante el culto conjunto de Acción de Gracias de hoy. Anteriormente, solo había anotado el título de mi meditación —«¿Tres razones para dar gracias a Dios, incluso en la encrucijada de la vida y la muerte?»— sin llegar a redactar la reflexión en sí. Ahora, sin embargo, con fuerzas renovadas, me siento solo frente a mi computadora y, mientras escucho la lluvia, plasmo por escrito estas reflexiones sobre la Palabra de Dios. Lo hago por tres motivos: primero, para asegurarme de no olvidar las tres lecciones que Dios me enseñó a través de la vida y la muerte del difunto evangelista Ahn Deok-il; segundo, para honrar su memoria; y tercero, para compartir estas reflexiones con todos ustedes.

El viernes pasado recibí un mensaje de KakaoTalk de la hija del evangelista Ahn que decía: «Pastor, ¿puede venir al hospital? Parece que a papá no le queda mucho tiempo». Me dirigí apresuradamente al hospital donde estaba internado. Lo habían trasladado de la Unidad de Cuidados Intensivos, en el segundo piso, a una habitación de cuidados paliativos en la planta baja, y allí yacía en su cama. Su esposa (diaconisa mayor), su hija y su hermana menor —quien había viajado urgentemente desde Corea— lo acompañaban en la habitación. Me acerqué a su lecho y alabé a Dios. En ese momento, él aún estaba

plenamente consciente; comprendía todo lo que yo decía y asentía en respuesta. Así pues, tras alabar a Dios y leerle el Salmo 23 al evangelista, compartí con él tres palabras de ánimo.

En primer lugar, le animé a confesar ante Dios: «Mi copa está rebosando».

Observemos el texto de hoy, el Salmo 23:5: «Preparas mesa delante de mí en presencia de mis enemigos; unges mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando». Mientras el evangelista Ahn yacía en su cama de cuidados paliativos —con una máscara de oxígeno que le cubría todo el rostro y recibiendo diversa medicación, probablemente con mucho dolor—, le animé a mirar atrás y contemplar su vida, que abarcaba setenta u ochenta años. Le insté a reflexionar sobre la abundante gracia que Dios le había otorgado a lo largo de su camino. Oré para que, en medio de sus circunstancias, su corazón rebosara de la inmensa y múltiple gracia que Dios le había mostrado. Así, esperaba que él, al igual que el salmista David, pudiera confesar: «Mi copa está rebosando».

En segundo lugar, le animé a confesar ante Dios: «Nada me faltará».

Observemos el texto de hoy, el Salmo 23:1: «El Señor es mi pastor; nada me faltará». Le expliqué al evangelista Ahn que, en el hebreo original, el Salmo 23:1 dice: «No carezco de nada; la razón es que Dios es mi pastor». Luego compartí con el evangelista cómo, durante mi año sabático en Corea el pasado mes de junio, visité el columbario donde descansaban los restos de la difunta hermana Park Jin-young —a quien había conocido en la iglesia Seohyun—. Allí, junto a su hermana mayor, su hermano menor y la hermana Jong-mi, adoré a Dios y compartí este mismo mensaje. ¿Cómo es posible, tras perder a un ser querido, adorar a Dios y confesar: «Nada me faltará»? La razón es, sencillamente, que Dios es nuestro Pastor. A través del difunto evangelista Ahn Deok-il, aprendí una lección que resuena en la letra del himno 384, «Mi Salvador me guía siempre» (*All the Way My Savior Leads Me*); concretamente en el verso que dice: «Él me da gracia suficiente aun cuando enfrento dificultades». Dios realmente concedió al evangelista Ahn gracia suficiente durante sus

momentos de adversidad; al haber vislumbrado yo mismo esa gracia, esperaba unirme a él para confesar —tal como hizo el salmista David—: «Nada me falta, pues el Señor es mi Pastor». Sobre todo, dado que solo el Señor es nuestra fuente de satisfacción, oré para que nosotros, al igual que el apóstol Pablo, aprendiéramos el secreto de la contentamiento (Filipenses 4:11–12) y confesáramos «nada me falta» en cualquier circunstancia. En tercer y último lugar, animé al evangelista a hacer esta confesión ante Dios: «Habitaré en la casa del Señor para siempre».

Observemos el texto de hoy, el Salmo 23:6: «Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida, y en la casa del Señor habitaré para siempre». Mientras el evangelista Ahn yacía en la habitación de cuidados paliativos, le insté repetidamente a fijar la mirada únicamente en el Señor —nuestra verdadera esperanza— y a dirigirla solo hacia el eterno Reino de los Cielos, donde ya no existe el dolor. Le leí el Salmo 27:4, el versículo que inspiró una de mis canciones góspel favoritas en inglés, «One Thing I Ask» (Una cosa pido): «Una cosa he pedido al Señor, y esa buscaré: que habite yo en la casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura del Señor y buscarle en su templo». Tras leer este pasaje, le animé a pedir al Señor esa única cosa: habitar en la casa de Dios, contemplando y anhelando Su hermosura. Así, aun encontrándose en el umbral entre la vida y la muerte, oré para que él —sostenido por la bondad y la misericordia del Dios que ciertamente estaba con él— confesara en su corazón, tal como lo hizo el salmista David: «Habitaré en la casa del Señor para siempre».

Al escribir esto, noto que el sonido de la lluvia en el exterior se ha desvanecido. Al recordar aquel día —el domingo de Acción de Gracias de 2016—, evoco el momento de adoración y gratitud junto a los queridos miembros de los tres ministerios de la Iglesia Presbiteriana Victory (coreano, inglés e hispano). En presencia de la familia afligida, compartí con la congregación las tres lecciones que había transmitido al evangelista Ahn Duk-il apenas el viernes anterior. Poco antes, la congregación hispana había celebrado su propio culto y compartido una comida antes de marcharse de la iglesia. Sentado a solas en el despacho

pastoral de la iglesia y recordando al amado evangelista Ahn, he vuelto a meditar y a poner por escrito las palabras del Salmo 23. Al igual que el difunto evangelista Ahn Deok-il, oro para que, incluso ante la encrucijada de la vida y la muerte, pueda hacer una confesión de fe —sostenido por la gracia abundante que Dios ha derramado sobre mi vida— declarando que «mi copa está rebosando», que «nada me faltará» porque el Señor es mi Buen Pastor, y que «en la casa del Señor habitaré para siempre» porque el bien y la misericordia de Dios ciertamente me seguirán todos los días de mi vida.



Descansarán de sus trabajos.

«Entonces oí una voz del cielo que decía: “Escribe esto: Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor”. “Sí”, dice el Espíritu, “descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen”» (Apocalipsis 14:13).

Ayer, jueves por la mañana, visité un centro de cuidados paliativos donde se encontraba un colega pastor de nuestro presbiterio. Al llegar, encontré allí a un exmoderador del presbiterio y a dos mujeres; mientras esperaba a solas en el pasillo, escribí lo siguiente: «Es fin de año y he venido al hospital —un centro de cuidados paliativos— donde está ingresado un pastor de nuestro presbiterio. Al cerrar el año, me encuentro reflexionando sobre el final de mi propia vida. Cuando contemplo mi propia muerte, no puedo evitar pensar en la separación temporal de mi amada familia, de los miembros de la iglesia, de amigos, colegas y de tantos hermanos y hermanas en Cristo. Sin embargo, no temo a la muerte en sí. Lo que más temo es la perspectiva de comparecer ante el Señor para rendir cuentas y no recibir su aprobación». Después, saludé al exmoderador cuando salía de la habitación y entré a ver al pastor, quien sufría a causa de su enfermedad. Supe que una de las dos mujeres presentes era la madre del pastor; tras saludarla, hablamos sobre él. Durante nuestra conversación, ella compartió muchas historias sobre el tiempo que él había pasado en el campo misionero. Fue un gozo escucharla relatar los sucesos que había presenciado de primera mano al visitar a su hijo en su puesto de misión. Sentí alegría y gratitud al conocer más sobre cómo el Señor lo había usado de manera tan preciosa para proclamar la Palabra de Dios y transmitir gracia a tantas personas. Tras nuestra conversación, me acerqué al pastor, le tomé la mano mientras oraba y luego me dirigí directamente al estacionamiento para

regresar a mi iglesia. Sin embargo, algún tiempo después recibí la noticia, a través de mi padre, de que la señora Kim —esposa del pastor, a quien yo consideraba como una abuela— había fallecido a causa de un cáncer de estómago. Jamás podré olvidar a su esposo, el pastor; Fue a través de él que el Señor me llevó a escuchar el mensaje de Juan 6:1–15 durante un retiro universitario en nuestra iglesia. Esa experiencia me trajo la salvación y un llamado a la consagración, lo que finalmente me llevó a decidir convertirme yo mismo en pastor. Cuando aquel pastor falleció en 2002, viajé desde Corea a los Estados Unidos con mi esposa y mis tres hijos para asistir a su funeral. Ahora, me encontraba asistiendo al funeral de su esposa. Había querido visitarla una última vez al enterarme de que estaba gravemente enferma, pero un anciano de la familia me disuadió, explicándome que ella se encontraba en un estado muy frágil; por ello, no pude verla antes de recibir la noticia de su fallecimiento.

Viene a mi mente el Salmo 90:10: «Los días de nuestra edad son setenta años; y si en los más robustos son ochenta años, con todo, su fortaleza es molestia y trabajo, porque pronto pasan, y volamos». Ciertamente, este mundo está lleno de afán y dolor; un mundo donde se cierne la amenaza de la muerte y nos vemos obligados a trabajar día y noche. Sin embargo, al observar el pasaje de hoy en Apocalipsis 14:13, la Biblia nos dice que ellos cesarán de sus trabajos y hallarán descanso. ¿Quiénes son «ellos»? Son «los que mueren en el Señor» (versículo 13). La Biblia declara que bienaventurados son los que mueren en el Señor (versículo 13). Se dice que, al morir, cesarán de sus trabajos y hallarán descanso. ¿Cómo vivieron entonces en esta tierra aquellos que murieron en el Señor —y que ahora descansan de su fatiga—? En otras palabras, ¿quiénes son ellos? Quisiera reflexionar brevemente sobre cinco puntos:

En primer lugar, son puros.

Observemos la primera parte de Apocalipsis 14:4: «Estos son los que no se contaminaron con mujeres, pues son puros» [(Versión Coreana Contemporánea) «Estas son las personas

que se mantuvieron puras sin contaminarse con mujeres...»]. Aquí, «estos» se refiere a los 144.000 santos redimidos de la tierra (versículo 3): aquellos que permanecieron puros y no se contaminaron en medio de las poderosas tentaciones de los caminos del mundo (simbolizados por «mujeres», según Park Yun-sun) (versículo 4). Al igual que una novia virgen preserva su pureza para recibir a su esposo, estos seres puros —que representan a la Iglesia como la novia— se mantienen castos e inmaculados, negándose a servir al mundo o al pecado, para así recibir a Jesús, su Esposo (Park Yun-sun). Por lo tanto, la Iglesia debe ser pura. La Iglesia debe establecerse como una iglesia gloriosa: santa y sin mancha, libre de cualquier arruga o defecto (Efesios 5:27).

En segundo lugar, son aquellos que siguen al Señor adondequiera que Él los guíe.

Observemos la parte central de Apocalipsis 14:4: «...ellos son los que siguen al Cordero adondequiera que va...» [(Versión Coreana Contemporánea) «Ellos son los que siguen al Cordero adondequiera que va»]. La frase «adondequiera que Él guíe» implica que la dirección del camino no se revela al seguidor de antemano. Incluso cuando el camino por delante parece incierto, los santos puros —redimidos de la tierra— obedecen al Señor, quien es el «Cordero» (Park Yun-sun). Abraham fue precisamente quien demostró esta clase de acción fiel. Hebreos 11:8 en la Biblia afirma: «Por la fe, Abraham obedeció cuando Dios le ordenó ir a la tierra que había prometido darle. Partió sin saber siquiera adónde iba» (Versión Coreana Contemporánea). Por consiguiente, la iglesia pura debe obedecer la guía del Señor (el «Cordero»), quien es la Cabeza de la iglesia. Cuando el Señor llama a la iglesia, esta debe seguirle adondequiera que Él guíe e ir con Él (Nuevo Himnario n.º 324, «Jesús me llama», estribillo).

En tercer lugar, pertenecen a Dios y al Señor.

Observe la última parte de Apocalipsis 14:4: «...han sido redimidos de entre la humanidad y ofrecidos como primicias a Dios y al Cordero» [(Versión Coreana Contemporánea) «Estas son las personas que fueron compradas de entre la humanidad y ofrecidas a Dios y al

Cordero como primicias»]. Los «144.000 que fueron redimidos» (versículo 3) son aquellos que no siguen al Anticristo (la «Bestia»), sino que siguen al Cordero —el Señor— adondequiera que Él los guíe. Además, a diferencia de las multitudes que siguen al Anticristo, estos santos llevan el nombre de Jesús y el nombre de Dios escritos en sus frentes (versículo 1). Esto simboliza que son propiedad de Dios y están bajo Su protección (Park Yun-sun). En otras palabras, pertenecen a Dios y al Señor (versículo 4). La iglesia no pertenece al mundo; más bien, el Señor ha elegido a la iglesia de entre el mundo (Juan 15:19). Por lo tanto, la iglesia pertenece a Dios y al Señor. Es la iglesia de Dios (1 Cor. 10:32; 2 Cor. 1:1; 1 Tim. 3:5) y la iglesia del Señor (Mat. 16:18).

En cuarto lugar, son aquellos que no mienten y están sin mancha.

Observe Apocalipsis 14:5: «Son aquellos que no mienten y están sin mancha» (Versión Coreana Contemporánea) [(Versión Coreana Revisada) «No se halló mentira en sus bocas; están sin mancha»]. Aquellos que mienten son los que niegan que Jesús es el Cristo: anticristos que niegan a Dios Padre y al Hijo, Jesús (1 Juan 2:22). Son mentirosos que pertenecen al diablo, el padre de la mentira (Juan 8:44). Sin embargo, los santos que han sido redimidos (salvados) mediante el derramamiento de la sangre de Jesús en la cruz pertenecen a Dios y al Señor. Por lo tanto, no mienten (Ap. 14:5). El apóstol Pablo, un testigo fiel, tampoco mintió (Prov. 14:5; 2 Cor. 11:31). La iglesia, una comunidad de testigos fieles, tampoco debe mentir. Los santos que creen en el evangelio de Cristo deben ser veraces. Además, los santos que creen en Jesús deben ser irreprochables. Esto no se refiere a individuos impecables que no cometen pecado alguno, sino más bien a aquellos que han recibido el perdón de los pecados mediante la muerte de Jesús en la cruz y han sido declarados justos a través de su resurrección (Rom. 4:25). En otras palabras, la expresión «sin mancha» se refiere a aquellos que son considerados irreprochables ante Dios (Park Yun-sun). La iglesia ha recibido el perdón de los pecados y ha sido declarada justa mediante la gracia de Dios y la muerte y resurrección de Jesucristo. A los ojos de Dios, la iglesia está

compuesta por aquellos que son irrepreensibles. Una iglesia irrepreensible debe ser veraz y estar libre de falsedad tanto ante Dios como ante las personas.

Por último, el quinto punto es que ellos son quienes guardan los mandamientos de Dios y mantienen su fe en Jesús.

Observemos Apocalipsis 14:12: «Aquí está la paciencia de los santos; aquí están los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús» [(Versión Coreana Contemporánea) «Por tanto, los santos que guardan los mandamientos de Dios y creen fielmente en Jesús necesitan paciencia en un momento así»]. Aquí radica la paciencia y la fe de los santos (13:10). Aunque la «serpiente antigua, llamada el Diablo» o «Satanás» (9:9) —quien engaña al mundo entero (12:9) y es el «acusador de nuestros hermanos» (10:10)— desciende hacia nosotros con gran ira, sabiendo que le queda poco tiempo (12:12), y ronda «como león rugiente, buscando a quien devorar» (1 Pedro 5:8), los santos —aun en medio de esto— guardan los mandamientos de Dios (Ap. 12:17, 14:12), se aferran al testimonio de Jesús (12:17) y mantienen su fe en Jesús (14:12). Vencen a Satanás por la sangre del Cordero y la palabra de su testimonio, y no aman sus vidas ni siquiera ante la muerte (12:11). Por tanto, al igual que el apóstol Pablo, pelean la buena batalla, terminan la carrera y guardan la fe, creyendo que «me está reservada la corona de justicia, que el Señor, Juez justo, me dará en aquel día» (2 Timoteo 4:7-8).

Bienaventurados los que mueren en el Señor; dichosos aquellos que parten creyendo en Él. Son puros y siguen al Señor adondequiera que Él los guíe; pertenecen a Dios y al Señor; no pronuncian mentiras y son irrepreensibles; además, guardan los mandamientos de Dios y su fe en Jesús hasta la muerte. Al morir, cesan de sus labores y descansan para siempre en su hogar eterno.

«Habiendo fijado mi mirada en el hogar celestial y acercándome a Él, anheló descansar en la gloriosa morada del Padre; aunque soy indigno, Él me recibirá, pues el Rey en ese reino glorioso es nuestro Salvador, Jesús».

(Nuevo Himnario n.º 493, «El brillante camino al cielo», versículo 3).

Quiero cerrar los ojos en paz.

«Por tanto, yo te reuniré con tus antepasados y serás sepultado en paz. Tus ojos no verán todo el desastre que voy a traer sobre este lugar». Así que llevaron su respuesta al rey (2 Reyes 22:20).

¿Qué es lo que deseas ver antes de morir? ¿Y qué es aquello que absolutamente no quieres ver? Antes de morir, quiero presenciar la gloria de Dios salvando a las almas moribundas por las que oro. Sin embargo, lo que absolutamente no quiero ver antes de morir es la ira de Dios cayendo sobre mis hijos. Por supuesto, ya he presenciado algo que nunca quise ver: a mi bebé muriendo en mis brazos. No obstante, Dios también me permitió presenciar el nacimiento de Dylan, Yeri y Yeeun: regalos de amor y gracia. Recuerdo una conversación que tuve una vez con mi esposa sobre la muerte de alguien; comenté: «Es una bendición que haya fallecido sin ver esto». Esto se debía a que fue solo después de su muerte cuando su yerno cometió un delito, fue a prisión y, finalmente, se divorció de su hija. ¿Qué padre querría ver que tales cosas les sucedan a sus hijos? El pasaje de hoy, 2 Reyes 22:20, registra la palabra de Dios transmitida por la profetisa Hulda (2 Reyes 22:14) a la delegación enviada por el rey Josías —compuesta por el sacerdote Hilcías, Ahicam hijo de Safán, Acbor hijo de Micaías, Safán el secretario y Asaías, servidor del rey (versículo 12)—. Es una promesa de Dios de que libraría al rey Josías de presenciar los desastres que Él planeaba traer sobre Judá, permitiéndole en cambio ser reunido con sus antepasados y entrar en su sepultura en paz. Sin duda, este es un mensaje de bendición. ¿Por qué recibió el rey Josías esta bendición de Dios? Porque fue un rey que obedeció plenamente toda la Ley de Moisés, volviéndose al

SEÑOR con todo su corazón, su alma y sus fuerzas (23:25). Al enterarse —a través del Libro de la Ley descubierto por el sumo sacerdote Hilcías en la casa del Señor (22:8)— del desastre (versículo 16) destinado a ocurrir porque los antepasados del pueblo de Judá no habían escuchado las palabras de aquel libro ni obedecido lo que en él estaba escrito, provocando así la gran ira de Dios (versículo 13), el rey Josías rasgó sus vestidos (versículo 11). Al oír las palabras de la ira y las maldiciones de Dios registradas en el Libro de la Ley, su corazón se conmovió; se humilló ante Dios, rasgó sus vestidos y lloró amargamente (versículo 19). Luego reunió a todos los ancianos de Judá y de Jerusalén (23:1) y leyó en voz alta —para que todo el pueblo de Judá, los habitantes de Jerusalén, los sacerdotes, los profetas y toda la gente congregada en la casa del Señor pudieran oír— cada palabra del Libro del Pacto hallado en la casa del Señor (v. 2). Acto seguido, estableció un pacto ante Dios para obedecerle con todo su corazón y toda su alma, y para guardar y cumplir sus mandamientos, estatutos y decretos (v. 3). Tras esto, el rey Josías llevó a cabo una reforma religiosa. Eliminó todos los ídolos de la tierra de Judá (v. 4 y ss.). Sin embargo, Dios no desistió de la ardiente ira que se había encendido contra Judá (v. 26). La razón residía en todas las provocaciones causadas por Manasés, el abuelo del rey Josías, las cuales habían enfurecido a Dios (v. 26). No obstante, Dios prometió no desatar toda esa ira durante la vida del rey Josías, asegurándole que cerraría sus ojos en paz (22:20). ¡Qué preciosa bendición es esta!

Nadie desea ver caer la ira de Dios sobre sus familiares antes de morir. Nadie quiere presenciar la destrucción de las almas de sus seres queridos antes de partir de este mundo. ¿Cómo podríamos soportar cerrar los ojos en la muerte sabiendo que la ira de Dios había caído sobre nuestra familia y que sus almas habían perecido? Sin embargo, Dios Padre contempló a su Hijo unigénito, Jesús, mientras este soportaba todo el peso de aquella ira y moría clavado en la cruz: aquel madero de maldición. ¿Por qué hizo esto Dios Padre? Fue porque Él deseaba salvar tu alma y la mía. La razón es que Dios nos ama —a ti y a mí— tan profundamente que permitió que su Hijo unigénito muriera en la cruz. ¿Cómo debemos vivir, entonces, tras haber conocido este amor de Dios y experimentarlo con una profundidad,

altura y anchura cada vez mayores? Al igual que el rey Josías, debemos obedecer todas las palabras de Dios de todo corazón y con todas nuestras fuerzas. En particular, debemos rasgar nuestros corazones y volver a Dios, lamentándonos no solo por los pecados revelados a través de su Palabra, sino también por los pecados de nuestros antepasados, de nuestras familias extensas, de nuestros hermanos en la fe y de nosotros mismos (Joel 2:13). Debemos volver a Dios Padre con amargo llanto y arrepentimiento. Además, debemos apartar todos los pecados de nuestras familias, parientes y hermanos en la fe. Al hacerlo, no seremos testigos de la ira de Dios ni de las maldiciones y calamidades que, de otro modo, podrían sobrevenirnos. Cuando actuamos así, Dios nos concede un final pacífico para nuestras vidas. Oro para que tal bendición repose sobre sus hogares y sus vidas.

Ya no habrá más muerte.

«Él enjugará toda lágrima de sus ojos. Ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor, porque el antiguo orden de las cosas ha pasado» (Apocalipsis 21:4).

Eclesiastés 7:2 dice en la Biblia: «Mejor es ir a la casa del luto que a la casa del banquete, porque aquel es el fin de todo ser humano, y los vivos deben tener esto muy presente» [(Versión coreana contemporánea) «Es mejor ir a una casa de duelo que a una casa de fiesta. Puesto que todos estamos destinados a morir, es sabio tener esto en cuenta mientras vivimos»]. Como dicen estas palabras, todos estamos destinados a morir. Por tanto, mientras vivimos, debemos tener presente este hecho y reflexionar seriamente sobre cómo vivir el resto de nuestros días.

A lo largo de su vida, la difunta señora Choi Bun-nam vivió la muerte de cuatro seres queridos. Tuvo que despedirse no solo de su amado esposo, sino también de tres de sus seis hijos, quienes fallecieron antes que ella. Aún lo recuerdo vívidamente. Recuerdo ver a la señora Choi lamentándose desconsoladamente al descubrir que el hijo que vivía con ella había fallecido en la sala de estar. Después de aquello, a menudo lloraba cuando asistía a la iglesia los domingos. Uno solo puede imaginar la profundidad de su angustia y dolor. Por eso, siempre que pienso en la difunta señora Choi Bun-nam, me vienen a la mente las palabras de Apocalipsis 21:4: «Él enjugará toda lágrima de sus ojos; ya no habrá muerte, ni tristeza, ni llanto, ni dolor. Porque el antiguo orden de las cosas ha pasado» (Versión coreana contemporánea). En una ocasión visité a la difunta diaconisa Choi Bun-nam en su

apartamento y nos sentamos juntos a la mesa del comedor para conversar. Por aquel entonces, ella luchaba contra una enfermedad y había perdido el apetito, lo que le dificultaba alimentarse adecuadamente. Le hablé sobre el Reino de los Cielos tal como se describe en Apocalipsis 21:4: "Abuela, en el Cielo no habrá lágrimas, ni dolor, ni tristeza, ni muerte. Abuela, ¿te gustaría ir al Cielo?". Al oír esto, ella dijo: "Me gustaría ir al Cielo". Tras escuchar su respuesta, le hice la pregunta más importante: "Abuela, tú crees en Jesús, ¿verdad?". Ella respondió: "Sí, creo".

El lunes pasado, a las 9:00 a. m., sus hijos, familiares y algunos miembros de la iglesia se reunieron en la unidad de cuidados intensivos del Hospital St. Vincent —donde ella se encontraba— para celebrar un servicio con motivo de sus últimos momentos. Aunque el día anterior no había podido abrir los ojos, durante el servicio de ese día los abrió y nos reconoció. Me sentí profundamente agradecido. Después del servicio, le dije: "Te quiero". A pesar de que seguramente sentía un gran dolor, asintió con la cabeza en señal de respuesta. Más tarde supe que, cuando mi esposa le habló y le preguntó: "Abuela, ¿te gustaría ir al Cielo?", ella había asentido para indicar que sí. Aunque la difunta Choi Bun-nam soportó gran dolor, sufrimiento, tristeza y lágrimas a lo largo de sus más de ochenta años en esta tierra —enfrentando la muerte de su amado esposo y de tres de sus hijos—, ahora está libre de todo ello. Ya no tendrá que experimentar dolor, sufrimiento, tristeza ni lágrimas en el Reino de los Cielos, el lugar que tanto anhelaba alcanzar. El Señor ha enjugado toda lágrima de sus ojos. Ahora vivirá para siempre con el Señor en el Cielo. Nunca más tendrá que soportar la muerte de seres queridos, ni tendrá que enfrentarse ella misma a la muerte. Aunque su cuerpo será incinerado tras este servicio, creemos que su alma ya ha ascendido al Cielo al momento de su partida. El día en que Jesús regrese a esta tierra —cuando suene la trompeta final en todo el mundo (1 Corintios 15:51)—, su alma y su cuerpo se reunirán y serán transformados al instante. Será revestida de un cuerpo espiritual y glorioso: un cuerpo incorruptible e inmortal (versículo 53). Por tanto, no nos afligimos como los demás que no tienen esperanza (2 Tesalonicenses 4:13). Puesto que creemos que Jesús murió y resucitó (versículo 14), sabemos que cuando Él regrese del cielo a la tierra, los que han muerto en

Cristo resucitarán primero (versículo 16). Después, nosotros, los que aún vivimos, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire (versículo 17). Y así, estaremos con el Señor para siempre en el Reino de los Cielos (versículo 17). Ruego que la familia afligida, así como todos nosotros aquí reunidos, avancemos hacia ese excelso reino celestial, aferrándonos a esta esperanza y creyendo en Jesús.

1. Avanzando día a día hacia aquel excelso lugar,
Reuniendo toda mi voluntad y devoción, oro cada día.
2. Aunque habito aquí en un lugar de sufrimiento y pecado,
Contemplo a diario aquel reino radiante y sublime.
3. Donde las brumas de la duda se disipan y las nubes de preocupación se alejan,
Allí únicamente habitan el gozo verdadero y la paz genuina.
4. Luchando por avanzar en este sendero escabroso y empinado,
Oro una vez más: "Oh Señor, guíame".
5. Siguiendo a mi Señor hacia lo alto para estar firme en aquel lugar excelso,
Disfrutaré de dicha eterna y cantaré un canto de júbilo.

[Coro]

Oh Señor, sostén mi corazón y guárdame en aquel lugar,
Donde la luz y el amor abundan para siempre.

<Nuevo Himnario N.º 491, Avanzando hacia aquel lugar excelso>



¿Qué pasaría si los muertos no resucitaran?

[1 Corintios 15:12–20]

Desde principios de 2015, hemos celebrado los servicios funerarios de dos miembros del ministerio de habla coreana de nuestra iglesia. Celebramos el funeral de la difunta diaconisa Choi Bun-nam en enero (días 15 y 16) y el de la difunta diaconisa Im Bong-hee el mes pasado, en marzo (días 26 y 27). Aunque apenas han pasado tres meses desde el inicio del año, ya hemos dado sepultura a dos de nuestras hermanas. Ambas amaban profundamente a nuestra Iglesia Presbiteriana Victory. Se dedicaron a asistir a la iglesia y a adorar a Dios hasta que su salud se deterioró. Una de ellas insistía en asistir únicamente a nuestra iglesia, incluso cuando las circunstancias le habrían permitido acudir a otro lugar, mientras que la otra sirvió a nuestra iglesia con gran dedicación. En cuanto a la hermana que participó en su último servicio de adoración en la unidad de cuidados intensivos del hospital, recuerdo haberle dicho personalmente: «Te quiero, abuelita», y ver cómo me miraba y asentía en respuesta. A la otra hermana solía besarla en la frente cuando la visitaba en el hogar de ancianos donde residía. Durante el servicio de sepultura, mientras predicaba a la familia afligida y a los presentes, compartí las palabras del texto de hoy, 1 Corintios 15:19: «Si solamente para esta vida tenemos esperanza en Cristo, somos los más dignos de lástima de todos los hombres». Centrándome en este versículo, transmití el mensaje de que, si no hubiera resurrección de los muertos, no habría personas en este mundo más dignas de lástima que nosotros, los cristianos. Amigos, si los muertos no resucitan, somos las personas más dignas de lástima de este mundo. ¿Por qué? La Biblia señala cuatro razones:

La primera razón es que, si los muertos no resucitan, entonces Cristo tampoco ha resucitado.

Observen el pasaje de hoy, 1 Corintios 15:13 y 16: «Si no hay resurrección de los muertos, entonces Cristo no ha resucitado... Si los muertos no resucitan, entonces Cristo no ha resucitado». ¿Crees en la verdad —en el hecho— de que Jesús murió en la cruz y resucitó de la tumba al cabo de tres días? 1 Corintios 15:3-4 afirma claramente: «Porque ante todo les transmití lo que yo mismo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras, que fue sepultado y que resucitó al tercer día conforme a las Escrituras». La Biblia declara claramente que Jesucristo «murió por nuestros pecados, fue sepultado y resucitó al tercer día, tal como decían las Escrituras». Como quienes creemos en esta verdad, debemos creer también que, puesto que Jesús resucitó, nosotros —que creemos en su resurrección— también resucitaremos de entre los muertos. La razón es que la resurrección de Jesús es, de hecho, nuestra propia resurrección. En otras palabras, debido a que Jesucristo resucitó de entre los muertos, nosotros —los cristianos que creemos en Él— también resucitaremos de entre los muertos. Observemos Romanos 8:11: «Si el Espíritu de aquel que levantó a Jesús de entre los muertos habita en ustedes, aquel que levantó a Cristo de entre los muertos también dará vida a sus cuerpos mortales mediante el Espíritu Santo que vive en ustedes». La Biblia afirma claramente que si el Espíritu Santo —el Espíritu de Dios que levantó a Jesús de entre los muertos— habita en nosotros, Dios ciertamente dará vida a nuestros cuerpos mortales, tal como levantó a Cristo mediante el Espíritu Santo. Nosotros creemos en esta verdad.

Hoy, Jesús nos hace esta pregunta a ti y a mí: «Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá; y todo el que vive y cree en mí no morirá jamás. ¿Crees esto?» (Juan 11:25-26).

La segunda razón es que, si no existe la resurrección de los muertos —si Cristo no ha resucitado—, entonces nuestra predicación y nuestra fe son vanas.

Observemos el pasaje de hoy, 1 Corintios 15:14 y la primera parte del versículo 17: «Si Cristo no ha resucitado, nuestra predicación y la fe de ustedes son vanas... Y si Cristo no ha resucitado, la fe de ustedes también es vana...». El Evangelio de Jesucristo que creemos y proclamamos es verdadero. Ese Evangelio verdadero es que Cristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras, fue sepultado y resucitó al tercer día (versículos 3-4). Sin embargo, si no hay resurrección de los muertos, significa que Cristo no resucitó de la tumba; en consecuencia, el Evangelio de Jesucristo que creemos y proclamamos sería inevitablemente en vano. ¿Cómo podríamos creer y predicar acerca de un Jesús que no resucitó de entre los muertos? ¿Qué podría ser más inútil que tal fe y predicación? Sería una fe falsa y una proclamación falsa. En resumen, nos convertiríamos en falsos testigos de Dios (v. 15).

Sin embargo, el Jesús en quien creemos es Aquel que es la Resurrección y la Vida (Juan 11:25). Nuestro Jesús fue crucificado, sepultado en un sepulcro y resucitó al tercer día. Nosotros somos quienes creemos en la muerte y resurrección de Jesucristo, y somos testigos de Dios que proclaman Su evangelio verdadero. Miren Hechos 1:8: «Pero recibirán poder cuando el Espíritu Santo venga sobre ustedes; y serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta lo último de la tierra». Somos testigos de Jesucristo. Usted y yo, que creemos en la muerte y resurrección de Jesucristo, somos quienes proclamamos el evangelio: las buenas nuevas de Jesucristo. El evangelio que predicamos es verdadero, y nuestra fe también lo es. Esto se debe a que Dios resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos mediante el Espíritu Santo. Puesto que el mismo Espíritu Santo que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en nosotros, debemos creer y proclamar la muerte y resurrección de Jesús mediante el poder de ese Espíritu.

La tercera razón es que, si no hay resurrección de los muertos —es decir, si Cristo no fue resucitado—, entonces todavía estaríamos en nuestros pecados.

Miren la última parte de 1 Corintios 15:17 en el pasaje de hoy: «...todavía están en sus pecados». Jesús murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras (versículo 3). En otras palabras, Él tomó todos nuestros pecados sobre sí mismo y fue crucificado para perdonarlos. Romanos 4:25 dice: «Él fue entregado a la muerte por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación». Recibimos el perdón de los pecados mediante la muerte de Jesús y la justificación mediante su resurrección; si no hubiera resurrección, no seríamos justificados e inevitablemente permaneceríamos en nuestros pecados. En consecuencia, —como dijo Jesús— «moriríamos en [nuestro] pecado» (Juan 8:21). Sin la resurrección, seguiríamos en nuestros pecados y nos enfrentaríamos a una muerte espiritual eterna e inevitable. Si Jesús no hubiera resucitado de entre los muertos, no habría perdón de pecados, salvación, reconciliación ni vida espiritual, ni ahora ni por la eternidad.

Sin embargo, ya no estamos en nuestros pecados. Esto se debe a que, mediante la muerte de Jesús en la cruz y su resurrección, ya hemos recibido el perdón y hemos sido justificados. Consideremos Romanos 5:9: «Puesto que ya hemos sido justificados por su sangre, ¡con cuánta más razón seremos salvados de la ira de Dios por medio de él!».

La cuarta y última razón es que, si no hay resurrección de los muertos —es decir, si Cristo no resucitó—, entonces aquellos que han dormido (muerto) también habrían perecido.

Observemos el texto de hoy, 1 Corintios 15:18: «Entonces también los que durmieron en Cristo perecieron». ¿Qué significa esto? Significa que, si no hubiera resurrección de los muertos, todos los santos del Antiguo Testamento y todos los cristianos habrían perecido. La razón es que su fe habría sido en vano y, al permanecer aún en sus pecados, su destino habría sido el castigo eterno. Estarían condenados a una miseria eterna. Sin embargo, Jesucristo resucitó de entre los muertos. Por tanto, aquellos que murieron en Cristo no han enfrentado el castigo ni la miseria eternos. En cambio, al haber recibido la vida eterna prometida por Jesús (Juan 10:28), no perecen, sino que viven para siempre con el Señor en el reino de los cielos.

No obstante, la Biblia declara claramente la verdad. Observemos el texto de hoy, 1 Corintios 15:20: «Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho». Tal como dice la Biblia, Jesucristo resucitó de entre los muertos. Dios resucitó a Jesús de entre los muertos mediante el Espíritu Santo. Ese mismo Espíritu Santo habita en nosotros, los que creemos en Jesús. En el día final, Dios también dará vida a nuestros cuerpos mortales por medio del Espíritu Santo que habita en nosotros (Romanos 8:11). Ciertamente resucitaremos. Al sonido de la última trompeta, seremos transformados en un abrir y cerrar de ojos. Ya no tendremos cuerpos débiles, corruptibles o propensos al pecado. Seremos transformados en un instante, revistiéndonos de cuerpos fuertes, incorruptibles y gloriosos. En el día final, aquellos que duermen en el Señor también resucitarán, revestidos de cuerpos espirituales gloriosos; todos juntos ascenderemos al eterno Reino de los Cielos y viviremos con el Señor para siempre (1 Tesalonicenses 4:17). Oro en el nombre de Jesús para que todos nosotros, en la familia Victory, vivamos por fe, aferrándonos firmemente a esta esperanza de resurrección y vida eterna.

"Él también dará vida a sus cuerpos mortales"

Algún día, todos moriremos (Eclesiastés 7:2). Estamos compuestos de cuerpo y espíritu (Romanos 8:10). En otras palabras, nuestros cuerpos son "cuerpos mortales" (versículo 11). La razón por la que tanto nuestros cuerpos como nuestros espíritus están destinados a la muerte se debe al pecado de un solo hombre, Adán: el pecado original (5:12).

Sin embargo, si Cristo mora en nosotros por medio del Espíritu Santo, aunque el cuerpo esté muerto a causa del pecado, el espíritu está vivo (8:10). Cuando morimos, nuestros cuerpos vuelven al polvo, pero nuestros espíritus entran en el cielo.

Cristo Jesús resucitó de entre los muertos y se convirtió en las primicias de los que durmieron (murieron) (1 Corintios 15:20). Jesús resucitó. Puesto que Jesús resucitó, nosotros, los que creemos en Él —aquellos que "pertenecen a Cristo" (versículo 23)—, también resucitaremos, aun si hemos muerto físicamente. La resurrección de Jesús es nuestra resurrección.

Dios, quien resucitó a Jesús de entre los muertos, también dará vida a nuestros cuerpos mortales por medio del Espíritu Santo (Romanos 8:11). Dado que la resurrección es obra del Dios Trino (versículo 11), ciertamente resucitaremos. Cuando Cristo regrese (1 Corintios 15:23) y resuene la última trompeta (versículo 52), resucitaremos con cuerpos gloriosos, tal como el cuerpo resucitado de Cristo (Filipenses 3:21; 1 Juan 3:2). ¿Cómo debemos vivir,

entonces, los creyentes que confiamos en la resurrección de Jesús y en nuestra propia resurrección futura? Debemos consagrarnos siempre por completo a la obra del Señor (1 Corintios 15:58).

La esperanza de la resurrección

[1 Corintios 15:51-58]

¿Crees que Jesús resucitó de entre los muertos?

En el pasaje de hoy, 1 Corintios 15:35, se plantean dos preguntas dentro de la iglesia de Corinto: «Pero alguien preguntará: "¿Cómo resucitan los muertos? ¿Con qué clase de cuerpo vienen?"». Estas dos preguntas son: (1) «¿Cómo resucitan los muertos?» y (2) «¿Con qué clase de cuerpo vienen los muertos?». Al meditar hoy en las respuestas del apóstol Pablo a estas dos preguntas, oro para que todos seamos llenos de la gracia y la esperanza de la resurrección.

1 Corintios 15 nos ofrece dos aspectos de la esperanza de la resurrección:

En primer lugar, la esperanza de la resurrección es la certeza de que «¡volveremos a vivir!» (1 Cor. 15:35-41).

Observemos 1 Corintios 15:36: «¡Necio! Lo que tú siembras no cobra vida a menos que muera». Este versículo es la respuesta de Pablo a la primera pregunta planteada en la iglesia de Corinto: «¿Cómo resucitan los muertos?». La respuesta de Pablo es que, así como una semilla que se siembra no puede cobrar vida a menos que muera, nosotros no podemos experimentar la resurrección sin morir primero. ¿Qué piensas de las palabras de Pablo? ¿Crees que una persona puede volver a vivir sin morir? Pablo dice que no podemos experimentar la resurrección a menos que pasemos por la puerta de la muerte. Miremos 1

Corintios 15:3-4: «...que Cristo murió por nuestros pecados conforme a las Escrituras, que fue sepultado, que resucitó al tercer día conforme a las Escrituras». Jesús murió en la cruz por nuestros pecados «conforme a las Escrituras», y fue sepultado y resucitó al tercer día «conforme a las Escrituras». ¿Qué significa esto? Significa que Jesús murió y resucitó exactamente como las Escrituras habían predicho. El hecho de que Jesús muriera y resucitara conforme a las Escrituras nos da una esperanza eterna. Esa esperanza eterna consiste en que, así como Jesús resucitó de entre los muertos, tú y yo también resucitaremos de entre los muertos. La segunda esperanza de la resurrección es que «llevaremos la imagen del que es del cielo» (1 Corintios 15:41–56).

Surgió una segunda pregunta en la iglesia de Corinto: «¿Con qué clase de cuerpo resucitan los muertos?». La respuesta de Pablo a esta pregunta se encuentra en el pasaje de hoy, 1 Corintios 15:42–44: «Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción; se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder; se siembra cuerpo natural, resucitará cuerpo espiritual...». La Biblia nos dice que la resurrección de los muertos implica una transformación: primero, un cuerpo corruptible resucita como uno incorruptible; segundo, un cuerpo sembrado en deshonra resucita en gloria; tercero, un cuerpo sembrado en debilidad resucita en poder; y cuarto, un cuerpo natural resucita como un cuerpo espiritual. En resumen, al cuerpo con el que resucitarán los muertos se le llama el «cuerpo futuro» (versículo 37). Este «cuerpo futuro» no es algo que los seres humanos siembren (versículo 37); más bien, es algo que Dios da: un cuerpo conforme a su propia voluntad (versículo 38). ¿Cuál es este «cuerpo» futuro que Dios, en su voluntad, tiene el propósito de darnos? Observemos el versículo 49: «Tal como hemos llevado la imagen del hombre terrenal, llevaremos también la imagen del hombre celestial». ¿A qué se refiere esta «imagen del hombre celestial» —que estamos destinados a llevar—? Veamos Filipenses 3:21: «Él transformará nuestro cuerpo humilde para que sea semejante a su cuerpo glorioso, mediante el poder con el que puede incluso sujetar todas las cosas a sí mismo».

Por lo tanto, hay algo que aguardamos con anhelo. ¿Qué es? Es la «trompeta final». Observemos 1 Corintios 15:51: «¡He aquí! Les digo un misterio. No todos dormiremos, pero todos seremos transformados; en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, a la trompeta final». Aguardamos el sonido de la última trompeta porque, en el instante en que suene, todos seremos transformados en un abrir y cerrar de ojos. Al sonar la última trompeta, los muertos se revestirán de cuerpos gloriosos y espirituales, incorruptibles e inmortales (versículos 52-53). Que todos nos aferremos a esta esperanza de la resurrección, demos gracias a Dios, permanezcamos firmes en la fe y nos dediquemos cada vez más plenamente a la obra del Señor.

Sobre los que han dormido

[1 Tesalonicenses 4:13–21]

Alana Francis, columnista del periódico cristiano británico *Christian Today*, destacó la importancia de que los cristianos tengan una comprensión adecuada de la muerte y del más allá en su columna titulada "11 versículos bíblicos sobre la vida después de la muerte". Francis señaló que, si bien muchas personas hablan de sus últimas voluntades y planes funerarios, y aunque la muerte es algo que todos debemos afrontar tarde o temprano, la mayoría de nosotros no estamos verdaderamente preparados, ni en el plano práctico ni en el espiritual. Asimismo, observó que muchas personas perciben la muerte como una perspectiva sombría y que las conversaciones sobre lo que sucede después tienden a centrarse en desenlaces negativos. Sin embargo, afirmó: "Para los cristianos, existe una perspectiva diferente, luminosa y esperanzadora sobre la muerte. Aunque la muerte pueda marcar el final de muchas cosas, también nos traerá mucho más de lo que obtenemos en nuestra vida terrenal". Francis añadió: "Como cristianos, tenemos la certeza no solo de la vida prometida tras la muerte, sino también de la vida eterna con Dios. Al contemplar la muerte —y afrontar la realidad de que finalmente debemos dejar atrás a familiares y amigos—, sentimos miedo de forma natural. No obstante, a través de la Palabra de Dios, podemos hallar un gran consuelo". Enfatizó que "la muerte conduce, en realidad, a la vida eterna, y comprenderla mejor es una parte crucial de nuestro camino de fe".

En el pasaje de hoy, 1 Tesalonicenses 4:13, el apóstol Pablo escribe a los creyentes de la iglesia de Tesalónica: "Hermanos y hermanas, no queremos que ignoréis lo que sucede con los que duermen en la muerte, para que no os entristezcáis como el resto de la humanidad,

que no tiene esperanza". La *Hyundai-inui Seonggyeong* (Biblia coreana moderna) lo traduce así: "Hermanos, no queremos que desconozcáis lo referente a aquellos que ya han muerto. De lo contrario, vosotros también os entristeceríais como las personas que no tienen esperanza". Al comparar estas dos traducciones, la *Revised New Korean Version* (GAE-YEOK-GAE-JEONG) utiliza la expresión "respecto a los que duermen", mientras que la *Hyundai-in-ui Seong-gyeong* (versión coreana contemporánea) emplea "respecto a los que ya han muerto". De las dos opciones, la traducción que refleja con mayor exactitud el sentido del griego original es «acerca de los que duermen». Sin embargo, la razón por la que la *Hyundai-in-ui Seong-gyeong* tradujo la expresión como «acerca de los que ya han muerto» es que la frase «los que duermen», empleada por el apóstol Pablo, se refiere en realidad a personas que ya han fallecido. En Juan 11:11, Jesús sabía que su amado Lázaro —quien había estado enfermo (versículo 3)— había muerto, y dijo a sus discípulos: «Nuestro amigo Lázaro se ha dormido». Al oír esto, los discípulos respondieron a Jesús: «Señor, si se ha dormido, sanará» (o, según la *Hyundai-in-ui Seong-gyeong*: «Señor, si está dormido, se recuperará»). Dijeron esto porque, aunque Jesús se refería a la muerte de Lázaro, los discípulos pensaban que hablaba de que Lázaro estaba durmiendo y descansando (versículo 13). En consecuencia, Jesús dijo a sus discípulos «claramente» que «Lázaro ha muerto» (versículo 13). Así pues, la Biblia registra que Jesús se refería a los muertos como personas que duermen; además de Jesús, otros autores bíblicos también describieron a los muertos de esta manera. Vemos esta expresión utilizada por Lucas, el autor del libro de los Hechos, en Hechos 7:60: «Se arrodilló y gritó con fuerte voz: "Señor, no les tomes en cuenta este pecado". Tras decir esto, se durmió» (o, según la *Hyundai-in-ui Seong-gyeong*: «Entonces se arrodilló y dijo en voz alta: "Señor, no les tomes en cuenta este pecado"»)... y dicho esto, expiró (Hechos 7:60). El apóstol Pedro también se refirió a los muertos como personas que duermen en 2 Pedro 3:4: «Dirán: "¿Dónde está la promesa de que el Señor vendrá?"». «Desde que nuestros antepasados durmieron, todo ha permanecido tal como estaba al principio de la creación» (2 Pedro 3:4). El apóstol Pablo es quien con mayor frecuencia describió a los muertos como personas que duermen. Pablo se expresó así no solo en el pasaje de hoy —1 Tesalonicenses 4:13—, sino también en el famoso «capítulo de

la resurrección», 1 Corintios 15 (versículos 6, 18 y 51): «Después de eso, se apareció a más de quinientos hermanos a la vez; «...la mayoría de ellos todavía viven, aunque algunos han dormido... los que durmieron en Cristo también perecerían... He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta» (1 Corintios 15:6, 18, 51). De esta manera, Pablo describió repetidamente a los muertos como aquellos que duermen. De hecho, en el pasaje de hoy — 1 Tesalonicenses 4:13—, Pablo se refirió a ellos como «los que duermen», pero ya en el versículo 16 los llamó «los muertos en Cristo». En última instancia, al escribir a los creyentes de Tesalónica, el apóstol Pablo abordó el tema del «amor fraternal» en los versículos 9 al 12 y luego, en el pasaje que nos ocupa (versículos 13 al 21), habló de «los que duermen» (es decir, aquellos que ya habían muerto). Posteriormente, en el capítulo 5, versículos 1 al 11, les habló sobre «tiempos y ocasiones»; específicamente, sobre el momento de la Segunda Venida de Jesús. ¿Por qué, entonces, escribió Pablo a los tesalonicenses sobre «los que duermen», es decir, aquellos que ya habían fallecido? La razón era asegurarse de que no se entristecieran «como los otros que no tienen esperanza» (4:13b). La expresión «los otros que no tienen esperanza» se refiere a todas las personas del mundo, excepto a los cristianos que creen en Jesús. En otras palabras, las personas que lloran sin esperanza la muerte de alguien son todos aquellos no creyentes de este mundo que no confían en Jesús. Pablo quería evitar que sus amados creyentes tesalonicenses lloraran la muerte de sus hermanos en la fe —quienes habían muerto creyendo— de la misma manera en que lo hacen los no creyentes, que carecen de esperanza.

Los no creyentes que no confían en Jesús dicen: «Comamos y bebamos, porque mañana moriremos» (1 Corintios 15:32). Así, al igual que los gentiles incrédulos de la época del Diluvio, comen, beben, se casan y se dan en casamiento (Lucas 17:27). Descansan en paz y disfrutan de la vida. (12:19). La razón es que ellos creen que la muerte es el final. En otras palabras, dado que los no creyentes consideran que la muerte es el desenlace definitivo y no creen en una vida después de la muerte, comen, beben y disfrutan de la vida, solo para enfrentarse a una tristeza sin esperanza al morir (1 Tesalonicenses 4:13). Sin embargo, esto

no sucede con los cristianos que creen en Jesús. Es decir, los cristianos no deben afligirse como los no creyentes, que carecen de esperanza. A partir del versículo 14 del pasaje de hoy, el autor explica las razones por las cuales no debemos afligirnos de esa manera. Por tanto, centrándome en 1 Tesalonicenses 4:13–21 y en el tema «Acerca de los que han dormido», quisiera reflexionar sobre dos razones por las que los cristianos no deben afligirse como los no creyentes ante la muerte de seres queridos en la fe, y así recibir las enseñanzas que Dios nos ofrece.

En primer lugar, la razón por la que los cristianos no deben afligirse como los no creyentes ante la muerte de seres queridos en la fe es que creemos que Jesús murió y resucitó.

Observemos la primera parte del texto de hoy, 1 Tesalonicenses 4:14: «Porque creemos que Jesús murió y resucitó...». ¿Cree usted en la verdad de que Jesús murió en la cruz y resucitó de la tumba al cabo de tres días? ¿O cree en la muerte de Jesús, pero se ve incapaz de creer que Él resucitó de entre los muertos? Entre los creyentes de la iglesia de Corinto, había algunos que afirmaban que no existía la resurrección de los muertos (1 Corintios 15:12). Si no hay resurrección de los muertos, entonces Cristo tampoco podría haber resucitado (versículos 13, 15, 16). Y si Cristo no resucitó, el evangelio que Pablo y nosotros predicamos es en vano, y su fe también es en vano (versículos 14, 17). Además, nosotros —quienes proclamamos el evangelio de Jesucristo, es decir, su muerte en la cruz y su resurrección— resultaríamos ser falsos testigos de Dios (versículo 15). Y aquellos que han dormido (muerto) en Cristo también habrían perecido (versículo 18). Si nuestra esperanza en Cristo se limita solo a esta vida, somos los más dignos de lástima de entre todas las personas (versículo 19). Sin embargo, 1 Corintios 15:20 declara: «Pero ahora Cristo ha resucitado de entre los muertos y ha llegado a ser las primicias de los que durmieron». El evangelio de Jesucristo que Pablo predicó a la iglesia de Corinto es que Cristo murió por nuestros pecados y fue sepultado conforme a las Escrituras, y que resucitó al tercer día conforme a las Escrituras (versículos 3-4). Pablo dio testimonio de este evangelio de Jesucristo ante la gente de Tesalónica en la sinagoga judía, a lo largo de tres días de reposo. Observemos Hechos 17:1-

3: «Pablo y Silas viajaron a través de Anfípolis y Apolonia hasta Tesalónica, donde había una sinagoga judía. Siguiendo su costumbre habitual, Pablo fue a la sinagoga y, durante tres semanas, razonó con la gente usando las Escrituras en los días de reposo. Explicó que era necesario que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos, y testificó: "Este Jesús a quien les anuncio es el Cristo"» (Versión Coreana Contemporánea). Como resultado, «algunos de ellos creyeron y se unieron a Pablo y a Silas, al igual que un gran número de griegos devotos y bastantes mujeres prominentes» (versículo 4). Por eso Pablo afirma en la primera parte de 1 Tesalonicenses 4:14 —el pasaje de hoy—: «Creemos que Jesús murió y resucitó». En otras palabras, tanto Pablo, el autor de esta carta, como los miembros de la iglesia de Tesalónica, los destinatarios, creían que Jesús había muerto y resucitado. Por consiguiente, Pablo exhortó a los creyentes de Tesalónica a no afligirse por aquellos que ya habían muerto (los santos) de la misma manera que lo hacen los no cristianos —quienes carecen de esperanza porque no creen en la muerte y resurrección de Jesús— (versículo 13).

Antes de creer en Jesús, éramos personas sin esperanza en este mundo. Observemos Efesios 2:12: «En aquel tiempo estaban separados de Cristo, excluidos de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo». Sin embargo, nosotros, que antes estábamos lejos, ahora hemos sido acercados mediante la sangre de Cristo, en Cristo Jesús (versículo 13). Hemos recibido la salvación al creer en Jesucristo por la gracia de Dios (versículo 8). Únicamente por la gracia de Dios, hemos recibido la vida eterna como un regalo divino (Romanos 6:23) al creer en Jesús, quien, según las Escrituras, murió por nuestros pecados, fue sepultado y resucitó al tercer día (1 Corintios 15:3-4). Por lo tanto, ahora tenemos esperanza. Esa esperanza es precisamente la «redención de nuestros cuerpos» (Romanos 8:23). Cuando suene la última trompeta, todos seremos transformados en un instante, en un abrir y cerrar de ojos (1 Corintios 15:51). Observemos 1 Corintios 15:52-53: «Cuando suene la última trompeta, en un abrir y cerrar de ojos, los muertos resucitarán como seres incorruptibles y todos seremos transformados. Este cuerpo corruptible debe revestirse de un cuerpo incorruptible, y este cuerpo mortal debe revestirse de un cuerpo inmortal» (Versión Coreana Contemporánea). Por tanto,

atendemos a las palabras de Romanos 8:24-25: «Porque en esta esperanza fuimos salvados. Pero la esperanza que se ve no es esperanza. ¿Quién espera lo que ya tiene? Pero si esperamos lo que aún no tenemos, lo aguardamos con paciencia».

En segundo lugar, la razón por la que los cristianos no debemos afligirnos como los no creyentes ante la muerte de nuestros amados hermanos en la fe es que Dios traerá consigo a aquellos que han muerto en Jesús.

Observemos la última parte de 1 Tesalonicenses 4:14 en el texto de hoy: «...Dios traerá consigo a los que durmieron en Jesús» [(Versión Coreana Contemporánea) «Así que creemos que Dios traerá consigo a aquellos que murieron creyendo en Jesús»]. La Biblia afirma que la esperanza que se ve no es esperanza (Ro. 8:24). Si esperamos lo que no vemos, debemos aguardar con paciencia (v. 25). De hecho, los creyentes de la iglesia de Tesalónica ejercieron la «perseverancia de la esperanza»; es decir, perseveraron con esperanza en el Señor Jesucristo (1 Tes. 1:3). En otras palabras, los creyentes tesalonicenses aguardaban el descenso desde el cielo de Jesús, el Hijo de Dios, quien resucitó de entre los muertos (v. 10). Antes de que el Evangelio llegara a ellos a través de Pablo con poder, con el Espíritu Santo y con profunda convicción (v. 5) —es decir, antes de creer en Jesús—, los miembros de la iglesia de Tesalónica eran idólatras (v. 9). Dios amó a tales idólatras, los eligió (1:4) y los llamó a su reino y a su gloria (2:12). En consecuencia, los creyentes de la iglesia de Tesalónica se convirtieron en la esperanza, el gozo y la corona de gloria de Pablo ante el Señor Jesús en su venida (versículos 19-20). Nuestra esperanza es la Segunda Venida de Jesús. Y la perseverancia de nuestra esperanza radica en orar por Su regreso, anhelarlo y aguardarlo. ¿Poseemos tú y yo verdaderamente esta actitud de espera? Los creyentes que aguardan la Segunda Venida de Jesús no se afligen por la muerte de un hermano en la fe como lo hacen los incrédulos, aquellos que no tienen esperanza (5:13). La razón es que los creyentes que esperan y se preparan para la Segunda Venida creen que Jesús murió y resucitó (versículo 14). Además, el motivo por el cual no se afligen es su convicción de que Dios traerá consigo a quienes han dormido (muerto) en Jesús (versículo 14). En resumen, los

creyentes que aguardan la Segunda Venida se regocijan en la esperanza y perseveran en medio de la tribulación (Romanos 12:12). Asimismo, para los creyentes de Tesalónica, la perseverancia de la esperanza implicaba vivir una vida santa. Respecto a estos creyentes — quienes se habían convertido en su esperanza, gozo y corona de gloria—, el apóstol Pablo oró para que fueran hechos irrepreensibles en santidad delante de Dios nuestro Padre cuando nuestro Señor Jesús viniera con todos sus santos (3:13). Pablo elevó esta oración porque «vuestra santidad» (4:2) es la voluntad de Dios (versículo 3). Dado que Dios no los llamó a la impureza sino a la santidad (v. 7), Pablo exhortó a los creyentes de la iglesia de Tesalónica a abstenerse de la inmoralidad sexual, a saber tratar a sus propias esposas con santidad y honor, y a no ceder a la lujuria como los gentiles que no conocen a Dios (4:3-5).

La vida de un creyente que aguarda la Segunda Venida del Señor es una vida santa. Si oramos por el regreso de Jesús, lo anticipamos y lo esperamos, debemos vivir vidas santas conforme a la voluntad de Dios. Pablo —quien anteriormente había ofrecido oraciones de acción de gracias al recordar la firme esperanza de los creyentes de Tesalónica (1:2-3)— abordó en el pasaje de hoy (4:13-14) la cuestión de los creyentes que ya habían fallecido. Su propósito era asegurarse de que no se afligieran como los incrédulos que carecen de esperanza; en cambio, les aseguró que Dios traería junto con Jesús a quienes habían muerto en Él, tal como resucitó a Jesús de entre los muertos. Esta afirmación presupone que, cuando el Señor mismo descienda del cielo con una orden imperativa, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, los que murieron en Cristo resucitarán primero (versículo 16). En otras palabras, aquellos que ya han muerto en Cristo resucitarán primero en el momento del regreso del Señor, y entonces Dios traerá de vuelta a esos santos resucitados junto con Jesús. ¿Por qué, entonces, regresa Jesús a este mundo? Observemos Juan 14:1-3: «No se angustien. Confíen en Dios y confíen también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones; si no fuera así, ¿les habría dicho que voy a prepararles un lugar? Y si me voy y les preparo un lugar, volveré para llevarlos conmigo, para que donde yo esté, ustedes también estén». La razón por la que Jesús regresa a este mundo es para llevar al cielo a los hijos redimidos de Dios. En última instancia, el apóstol Pablo explica a los creyentes de la

iglesia de Tesalónica que aquellos que ya han muerto en Cristo resucitarán primero al regreso de Jesús —traídos de vuelta por Dios junto con Él (versículo 14)— y que los creyentes que aún vivan en ese momento serán arrebatados juntamente con ellos en las nubes para encontrarse con el Señor en el aire (versículo 17). Además, tanto los que han resucitado de entre los muertos como los que permanezcan vivos hasta Su regreso vivirán para siempre con el Señor en el cielo (versículo 17). Por eso, Pablo exhortó a los tesalonicenses a «animarse unos a otros con estas palabras» (versículo 18). Cuando estemos sumidos en el dolor por la muerte de un ser querido, confiemos en la promesa de Dios de que Él traerá consigo, junto a Jesús, a quienes han muerto en Él. Creamos que, cuando el Señor mismo descienda del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, los que murieron en Cristo resucitarán primero, y nosotros, los que aún vivamos, seremos transformados repentinamente y arrebatados junto con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire. Y creamos que todos viviremos eternamente con el Señor en el cielo. Ruego que todos vivamos animándonos mutuamente con esta esperanza eterna, segura y clara.

Se nos ha garantizado no solo una vida prometida después de la muerte, sino también la vida eterna con Dios. Al contemplar la muerte —y afrontar la realidad de que tarde o temprano debemos separarnos de familiares y amigos—, sentimos miedo de forma natural. Sin embargo, podemos hallar gran consuelo en la Palabra de Dios. A través del pasaje bíblico de hoy, Dios nos dice que, como cristianos, no debemos afligirnos por la muerte de otros creyentes de la misma manera que lo hacen quienes no creen. La razón es que creemos que Jesús murió y resucitó. La resurrección de Jesús es nuestra resurrección. Cuando el Señor Jesús regrese, los santos que ya han muerto resucitarán y los santos que vivan serán transformados al instante; juntos, serán arrebatados en las nubes para encontrarse con el Señor en el aire. Y estaremos con el Señor para siempre en el cielo. Ruego que Dios, el Espíritu Santo, les consuele con este mensaje.

Mi muerte...

Nuestra muerte debe revelar la gloria de Dios (Juan 11:4).

Debemos afrontar la muerte de una manera que beneficie a nuestra familia, parientes, hermanos de la iglesia, amigos y vecinos (versículos 50–52).

Me sorprendí a mí mismo pensando en mi propia muerte.

Asistí a un funeral.

Una vez concluida la ceremonia y tras haber visto al difunto en el ataúd, me acerqué para expresar mis condolencias a la familia: la esposa del pastor y sus tres hijos. Al ver a la esposa y a las dos hijas llorando desconsoladamente, les transmití mi pesar, estreché con firmeza la mano del hijo que había pronunciado el elogio fúnebre y regresé a casa.

Reflexioné sobre el corazón de la esposa, que sufría la pérdida de su amado marido —un pastor—, y sobre los corazones de los hijos, que lloraban la muerte de su querido padre. Al hacerlo, imaginé una escena en la que yo era quien yacía en aquel ataúd, mientras mi esposa, Dylan, Yeri y Yeeun permanecían a su lado, saludando a los asistentes. Fue un momento para contemplar mi propia muerte.

Debemos reflexionar sobre nuestra propia muerte.

Como seres vivos, debemos tener presente que la muerte es el destino final de todos en esta tierra (Eclesiastés 7:2). Conviene más asistir a funerales que a bodas y meditar sobre nuestra propia mortalidad. Al reflexionar profundamente sobre el final de la vida, debemos considerar detenidamente cómo vivir los días que nos quedan de una manera que agrade al Señor. Llegará el momento en que todos debamos desembarcar en la última parada del viaje de la vida.

A partir del día de Año Nuevo, el 1 de enero...

Había previsto recibir noticias sobre el fallecimiento de seres queridos en 2016, pero no esperaba escuchar tales noticias precisamente el primer día del año. Al vivir en este mundo donde la muerte parece acechar a cada paso, reconozco y confieso que solo Jesús es nuestra verdadera esperanza.

¿El final de la vida?

Al finalizar el año, visité un centro de cuidados paliativos donde estaba internado un pastor de nuestro presbiterio. Mientras cierro este año, me encuentro reflexionando sobre el final de mi propia vida. Al contemplar mi propia muerte, no puedo evitar pensar en la separación temporal de mi amada familia, de los miembros de la iglesia, de mis amigos, colegas y de tantos hermanos y hermanas en la fe. Sin embargo, no temo a la muerte en sí. Lo que más temo es la perspectiva de comparecer ante el Señor para rendir cuentas de mi vida y no recibir su aprobación.

Si alguna vez llega el momento en que deba depender únicamente de un respirador...

Un día, mientras llevaba a mi esposa al aeropuerto, le dije: "Si alguna vez llego a depender de un respirador, quisiera que pidieras que me lo retiren". Sin dudarlo ni un instante, ella respondió de inmediato: "Yo también". Al oír esto, sonreí y le dije que, puesto que poseemos la vida eterna, no hay razón para temer a la muerte. Mi amada esposa estuvo de acuerdo conmigo. Entonces la animé diciéndole que, gracias a la promesa de la vida eterna, no debemos aferrarnos a este mundo al enfrentarnos a la muerte, sino más bien anhelar con ilusión el mundo venidero: el cielo.

Debería convertirme en un solo grano de trigo...

Al contemplar mi propia muerte, reflexiono sobre si estoy cumpliendo fielmente la misión que el Señor me ha encomendado. También me pregunto qué dirá la gente de mí después de mi partida. Debería convertirme en un solo grano de trigo y caer al suelo para morir...

Incluso en la muerte...

Deseo ser usado por el Señor incluso en la muerte.

Para la gloria de Dios solamente...

La muerte

Debemos pensar en la muerte.

Debemos afrontar la muerte de frente.

Debemos adoptar la perspectiva de la muerte.

Debemos ser capaces de morir con gratitud
y sin remordimientos, incluso si sucediera en este mismo instante.

«Sobre la meditación en la muerte»

«Hoy en día es más fácil evitar el pecado que la muerte. Y, lamentablemente, cuanto más vivimos, más probable es que aumenten nuestros pecados. Si temes morir, debes comprender que vivir muchos años es aún más aterrador. Por lo tanto, prepárate siempre para la muerte (Lucas 21:36). Quien se esfuerza por vivir una vida sin remordimientos el día de su muerte es sabio y bienaventurado. No pospongas la salvación de tu alma ni dependas de amigos o vecinos. Es una gran lástima no vivir al máximo cuando se puede obtener la vida eterna. Para tener seguridad respecto a la muerte, somete tu carne mediante el arrepentimiento. ¿Quién se acordará de ti cuando mueras y quién orará por ti? Por lo tanto, amigo mío, haz todo lo que puedas ahora. Mientras tengas tiempo, acumula riquezas eternas para ti (Lucas 12:33). Piensa solo en la salvación y centra tu atención únicamente en las cosas de Dios. Avanza para que tu alma pueda unirse gozosamente con Dios después de la muerte.»

[Tomás de Kempis, "La imitación de Cristo" (Capítulo 23, "Sobre la meditación de la muerte")]

¿Es necesario experimentar la muerte profundamente?

«Hay buenas razones para sumergirse por completo en el dolor de alguien. Cuando uno experimenta la muerte con verdadera seriedad, puede experimentar la maravilla de estar vivo». (Robert Veninga)

«Si tuvieras la oportunidad de vivir tu vida de nuevo, ¿cómo elegirías vivirla?»

El académico Tony Campolo publicó en una ocasión los resultados de un estudio sobre las personas mayores. Encuestó a cincuenta personas de 95 años o más, preguntándoles: «Si tuvieras la oportunidad de vivir tu vida de nuevo, ¿cómo elegirías vivirla?» Les pidió que dieran tres respuestas cada uno. Las tres respuestas fueron las siguientes:

Primero, viviría una vida de reflexión diaria. Había vivido tan frenéticamente que nunca me detuve a considerar el propósito de mi existencia; viviría con mayor consciencia.

Segundo, viví con demasiada timidez. Transigí con la injusticia y viví constantemente preocupado por lo que los demás pensaban de mí. De ahora en adelante, querría vivir con más valentía.

Tercero, querría vivir consciente de que un día como este —el final de la vida— llegará tarde o temprano. Querría vivir consciente de la muerte. ¿Qué me sucede después de morir? ¿Qué legado dejaré? Todos confesaron lamentar haber vivido sin tal reflexión (Internet).

Vivamos con la perspectiva de la muerte.

Al adoptar nuevamente la perspectiva de la muerte (Eclesiastés 7:2), diversos problemas ya no me preocupan tanto.

Debemos adoptar la perspectiva de la muerte.

Necesitamos tratar a nuestros amados padres cada día con la conciencia de que no sabemos cuándo podrían fallecer.

Cuando los vemos a través del prisma de la muerte, no queremos perdernos ni una sola oportunidad ni un solo momento con ellos. La perspectiva de la muerte... y la perspectiva de la eternidad.

«Mejor es ir a la casa del luto que a la casa del banquete; porque aquello es el fin de todos los hombres, y el que vive lo pondrá en su corazón» (Eclesiastés 7:2).

Debemos vivir con la perspectiva de la muerte.

Además, debemos vivir con la perspectiva de la eternidad.

Deberíamos vivir con esta perspectiva...

Deberíamos vivir cada día no solo con la perspectiva de la muerte, sino también con la perspectiva de encontrarnos con el Señor...

La muerte de Jesucristo en la cruz es...

La muerte de Jesucristo en la cruz no es en absoluto un acontecimiento triste; es motivo de gozo. Esto se debe a que su muerte en la cruz fue una muerte gloriosa. Reveló la naturaleza misma de Dios; concretamente, nos reveló que Dios es amor. Por tanto, al contemplar a Jesús crucificado, no podemos sino ofrecer acción de gracias y alabanza, y desbordar de alegría, conmovidos por el amor perfecto de Dios. Además, ese amor perfecto de Dios nos impulsa a amar a nuestro prójimo. Así como el Señor nos amó lo suficiente como para dar su propia vida, nos sentimos movidos a consagrarnos a amar tanto al Señor como a nuestro prójimo, incluso hasta el punto de dar nuestra propia vida. Nos regocijamos gracias al amor de la cruz: un amor que nos capacita para vivir amando a Dios y al prójimo hasta el mismo final.

La muerte de un ser querido...

La muerte de un ser querido hace que me sumerja en los recuerdos.

La muerte de un ser querido me lleva a buscar a Dios Padre. La muerte de un ser querido hace que anhele aún más el cielo. La muerte de un ser querido hace que desee con mayor intensidad la vida eterna.

A través de la muerte de un ser querido...

A través de la muerte de un ser querido, llego a meditar en la muerte de Jesús y a dar gracias por la vida eterna que se nos ha dado como regalo en Él.

Diario de la esposa de un mártir

Este es un fragmento del diario de Barbara Youderian —viuda de uno de los cinco jóvenes misioneros norteamericanos que sufrieron el martirio—, tal como aparece en el libro **Through Gates of Splendor** (A través de puertas de esplendor), de Elisabeth Elliot:

"Esta noche, el capitán nos informó que se habían hallado cuatro cuerpos junto al río. Uno de ellos vestía camiseta y pantalones vaqueros; solo Roger solía vestir así. Hace dos días, Dios me dio el versículo del Salmo 48:14: 'Porque este Dios es Dios nuestro eternamente y para siempre; él nos guiará aun más allá de la muerte'. Al recibir la noticia de la muerte de Roger, mi corazón se llenó de alabanza. Él era digno de ir a su hogar celestial. Señor, ayúdame a desempeñar bien tanto el papel de madre como el de padre. Permíteme conocer 'la disciplina y la instrucción del Señor' (Efesios 6:4)... Esta noche, mientras Beth oraba por su padre, que había partido al cielo, me hizo una pregunta. Quería escribirle una carta a su papá y preguntó si él no podría bajar del cielo para recogerla. Cuando le dije: 'Él no puede hacer eso; está con Jesús', Beth respondió: 'Pero Jesús podría ayudarlo a bajar. Dios le sostendría la mano para que no resbalara'. Escribí a los colaboradores de la misión explicando la paz que estoy experimentando. Quiero liberarme de la autocompasión; es una herramienta de Satanás que devora la vida. Estoy convencida de que esta es la voluntad perfecta de Dios..."

Me sentí desafiado —o más bien, me siento desafiado— al leer esta entrada del diario escrita por la esposa de un misionero mártir. Sigo elevando pensamientos y oraciones, encomendando al Señor a mi amada esposa y a los tres hijos que Dios me ha dado. Esta semana recibí la noticia de que la segunda hija, de diez años, de un pastor —un colega mayor de mis tiempos del seminario— había fallecido repentinamente a causa de una

enfermedad. Algún día, es posible que yo también tenga que separarme de mi esposa o de mis hijos antes de partir yo mismo. No deseo amar a mi esposa y a mis hijos más de lo que amo al Señor; quiero encomendarlos a Él también. Por eso el diario de la esposa de este pastor me desafía tan profundamente. Deseo que tanto yo como mi esposa y mis hijos seamos dignos de entrar en nuestro verdadero hogar celestial. No quiero sucumbir a la «autocompasión» de la que ella hablaba al enfrentarme a mi amada familia; más bien, quiero contemplar una gloria mayor. Mi esposa y mis hijos son dones preciosos que la gracia del Señor me ha concedido, y es justo devolver al Señor lo que le pertenece. En lugar de detenerme en la autocompasión, quiero estar inmerso en la gloria del hogar eterno que nos aguarda. Oro para que, algún día, mi esposa también pueda escribir un diario como el de ella. Por supuesto, yo también debo estar preparado para afrontar incluso la muerte por causa del nombre del Señor.

«Sin embargo, no considero que mi vida tenga valor alguno para mí mismo, con tal de que termine la carrera y complete la tarea que el Señor Jesús me ha encomendado: la tarea de dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios» (Hechos 20:24).

¿Acaso el amor no es más fuerte que la muerte?

Hoy recibí la noticia de que dos amigos míos se han separado de sus esposas. Ambos se casaron a una edad avanzada, por lo que sus hijos aún son pequeños. Uno de ellos había estado paralizado por completo durante más de un año tras un accidente; falleció la semana pasada, apenas un mes después de haber acordado separarse de mutuo acuerdo. Debí de sufrir un dolor emocional inmenso antes de dejarnos... El otro amigo, según supe, se divorció hace unos dos meses. Oficié su boda tras mucha reflexión, a petición suya, así que la noticia de su divorcio me entristece profundamente.

Me vienen a la mente todo tipo de pensamientos. Al pensar en el amigo que falleció, me pregunto cuánto más doloroso debió ser el desgaste emocional comparado con el sufrimiento físico. Imagino el estado mental en el que debía encontrarse cuando aceptó la separación. ¿No debería una pareja apoyarse aún más durante una crisis? Estos son solo mis pensamientos personales. Quizás la verdadera naturaleza del amor de una pareja se revela con mayor claridad en tiempos de crisis. (En cuanto a su esposa, solo puedo imaginar lo difícil que debió haber sido para ella tomar una decisión así, y me preocupa cómo se las arreglará aquí en Estados Unidos con su hijo pequeño, sin familiares cerca...).

¿Qué estará sintiendo un paciente con cáncer?

Hoy se celebra el funeral de un pastor de nuestro presbiterio. Falleció apenas dos meses después de habersele diagnosticado cáncer de hígado en fase terminal. Otro pastor del presbiterio envió un correo electrónico a todos los miembros anunciando su fallecimiento; curiosamente, a este último pastor le habían diagnosticado cáncer de estómago en estadio 3 la semana anterior. Me preguntaba qué pasaría por su mente mientras nos enviaba los detalles del funeral de un colega que había muerto de cáncer de hígado terminal, todo ello mientras afrontaba su propio diagnóstico reciente de cáncer de estómago en estadio 3.

«El amor es tan fuerte como la muerte»

Me vienen a la mente las palabras: «El amor es tan fuerte como la muerte» (Cantar de los Cantares 8:6). Al recordar el año 2016, el amor que dejó una profunda huella en mi corazón fue, verdaderamente, un amor tan fuerte como la muerte. Aunque esa persona amada haya partido de nuestro lado, el amor que Dios me reveló a través de ella permanece profundamente grabado en mi corazón. A pesar de la tristeza y el dolor de la separación, pude experimentar el amor de Dios con mayor profundidad. En particular, al guiarme a meditar en el amor de Dios Padre —quien envió a esta tierra a su Hijo unigénito, Jesús—, Dios me permitió experimentar este tipo de amor sacrificial y de entrega a lo largo del año. Guardo ese amor precioso muy dentro de mi corazón.

Perdona antes de morir

«Perdónate a ti mismo antes de morir. Y perdona también a los demás». — De *Martes con mi viejo profesor* (Tuesdays with Morrie), de Mitch Albom

«El perdón concedido solo después de la muerte no es un perdón verdadero.

El verdadero perdón es aquel que se ofrece mientras uno aún está vivo.

El perdón es el único camino que salva tanto a uno mismo como a los demás».

Debes perdonar antes de morir.

No perdonarse a uno mismo ni a los demás, incluso ante la muerte,
impide tener una muerte hermosa.

¿Qué hay que no se pueda perdonar al enfrentarse a la muerte? Debemos perdonarlo todo.

Para ello, debemos recordar la muerte de Jesús en la cruz.

Y debemos afrontar nuestra propia muerte con una actitud que honre su sacrificio.

Así como Jesús murió en la cruz para perdonar todos nuestros pecados,

nosotros también debemos perdonarnos a nosotros mismos y a los demás al acercarnos a la muerte.

Debemos practicar este verdadero perdón, incluso al final de nuestras vidas.

Debemos reconciliarnos antes de morir.

He sido testigo de la falta de armonía entre familiares en duelo durante los funerales. A menudo, he visto a hijos discutir entre sí durante el funeral de uno de sus padres. Es difícil expresarlo con palabras, pero no fue una escena edificante; fue algo verdaderamente lamentable.

En cambio, hubo una persona que, antes de fallecer, se acercó a cada una de las personas con las que mantenía una relación tensa para pedir perdón y reconciliarse. Fue una escena hermosa. Sin embargo, un detalle triste fue que, durante el funeral de esta persona, uno de sus hermanos exigió que se retiraran del lugar los arreglos florales enviados por los asistentes. Aunque el difunto se había reconciliado con todos, parecía que uno de sus hermanos no lo había hecho. Para asegurar una buena partida —y para celebrar un funeral que glorifique a Dios, imparta gracia a todos los dolientes y deje una impresión duradera y significativa— recuerdo una vez más la lección de Romanos 12:18: «Si es posible, y en cuanto dependa de ustedes, vivan en paz con todos».

Si no lo haces, te arrepentirás el resto de tu vida.

Hoy asistí al funeral de la madre de una estudiante universitaria. Tras la ceremonia, la familia permaneció junto al féretro mientras los asistentes hacían fila para ofrecer sus condolencias al acercarse a él. Me coloqué en la fila junto a una joven que había sido compañera de habitación de la estudiante; esta última, que acababa de perder a su madre, lloraba desconsoladamente. Mientras me daba las gracias entre lágrimas —llamándome «pastor»—, simplemente le estreché la mano, esperando transmitirle mi ánimo y apoyo. Más tarde, durante una comida con ella y sus compañeras de habitación, supe que había logrado desahogarse y abrir su corazón a su madre mientras esta se encontraba en la unidad de cuidados intensivos, antes de fallecer. Al escucharlo, me sentí agradecido y la felicité por haberlo hecho.

Hoy recordé una vez más que debemos decir todo lo que realmente deseamos expresar a nuestros seres queridos antes de que nos dejen. Si no lo hacemos, nos arrepentiremos el resto de nuestra vida.

La muerte no es el final.

La muerte no es el final. Morir no significa el fin del sufrimiento. Si mueres sin creer en Jesús, sufrirás eternamente en el infierno.

La muerte también es hermosa.

La muerte también es hermosa.

Incluso en medio del dolor, la muerte es hermosa.

La muerte también es hermosa.

Porque hay lágrimas de amor, la muerte es hermosa.

La muerte también es hermosa.

Porque existe una esperanza viva de un reencuentro eterno en medio de una separación momentánea, la muerte es hermosa.

La muerte también es hermosa.

Porque se vivió una vida hermosa, la muerte es hermosa.

La muerte también es hermosa.

Porque contemplamos la belleza de Jesús, la muerte es hermosa.

La muerte también es hermosa.

Porque alabamos juntos la majestad y la grandeza del Señor, la muerte es hermosa.

La muerte también es hermosa.

Porque se revela la gran gloria de Dios, la muerte es hermosa.

En verdad, solo tenemos tiempo para amar.

Es una noticia desgarradora. Leer los informes sobre el fallecimiento del actor Kim Joo-hyuk (a los 45 años) y la conmoción sufrida por su pareja, Lee Yoo-young, ha despertado en mí diversas reflexiones.

En primer lugar, al recordar los dramas en los que participó, sentí una gran impresión; era un rostro familiar y, sin embargo, falleció de manera tan repentina.

En segundo lugar, el hecho de que nos haya dejado a la temprana edad de 45 años me entristece profundamente y me recuerda que los seres humanos realmente no podemos prever lo que nos depara el futuro. Me hace comprender que simplemente debo estar agradecido por el día que se me ha concedido, encomendarlo a Dios y vivir confiando en Él.

En tercer lugar, al leer que una posible causa de su muerte fue un infarto de miocardio (ataque al corazón), busqué información sobre esta afección en internet. Lo hice porque conozco a un pastor —más joven que yo— que también lucha contra problemas cardíacos. Había oído que la dolencia de aquel pastor fue causada por un estrés excesivo, y leer sobre Kim Joo-hyuk me hizo preguntarme si él también podría haber sufrido un infarto debido a un estrés abrumador. Esto me lleva a preocuparme por los muchos jóvenes en Corea que soportan un estrés inmenso proveniente de diversas fuentes.

En cuarto lugar, pensé en Lee Yoo-young, quien ha perdido a su pareja; me pregunté qué estará sintiendo tras recibir una noticia tan impactante a sus 27 años. A menudo reflexiono sobre mi propia muerte e imagino cómo se sentiría mi esposa o, a la inversa, cómo me sentiría yo si ella falleciera antes que yo. Por eso oro para que el Señor nos llame al cielo a mi esposa y a mí juntos. Amados hermanos y hermanas, demos gracias a Dios por el día que

se nos ha dado. Demos gracias también por la presencia misma de aquellos que nos han sido confiados como regalo: nuestras parejas, esposos, hijos, padres y demás seres queridos. No olvidemos que, incluso para las parejas que más se aman, llegará inevitablemente el momento de la despedida en esta tierra. En verdad, no tenemos más que tiempo para amar.

Una conmovedora historia tras el hundimiento del Titanic, revelada por un oficial superviviente

Tras guardar silencio durante muchos años, un oficial superviviente compartió finalmente su relato del desastre. El 14 de abril de 1912 fue un día de terror; el accidente se cobró 1.514 vidas, mientras que 710 personas fueron rescatadas. Charles Lightoller, el segundo oficial del Titanic —que entonces tenía 38 años—, fue el único miembro de la tripulación que sobrevivió y se hizo cargo posteriormente de los pasajeros rescatados. A continuación, se presentan unas memorias de 17 páginas que detallan los sucesos de la tragedia del Titanic tal como los relató Lightoller.

Cuando el capitán ordenó que se rescatara primero a mujeres y niños, muchas pasajeras decidieron quedarse en lugar de separarse de sus familias. «Grité: "¡Mujeres y niños, vengan por aquí!", pero muy pocas estaban dispuestas a dejar a sus familias y subir solas a los botes salvavidas», recordó Lightoller. «¡Jamás olvidaré aquella noche mientras viva!». Mientras se bajaba al mar el primer bote salvavidas, hablé con una mujer que estaba en la cubierta: «Señora, ¡por favor, suba al bote!». Inesperadamente, ella negó con la cabeza. «No, me quedaré en el barco». Cuando su marido le insistió: «Por favor, ¡sube de una vez, querida!», ella respondió con calma: «No iré sola. Me quedaré en este barco contigo». Fue la última vez que vi a la pareja. El señor Astor IV —el hombre más rico del mundo en aquel entonces— despidió a su esposa, embarazada de cinco meses, mientras esta partía en un bote salvavidas; a medida que ella se alejaba, él se sentó en la cubierta, sosteniendo un perro pequeño en un brazo y un puro en la otra mano, y gritó: «¡Te quiero, querida!». Cuando un tripulante que ayudaba en la evacuación le instó a subir a un bote, Astor se negó rotundamente y dijo: «Al fin y al cabo, un hombre debe tener conciencia». Acto seguido, cedió el último asiento disponible a una mujer irlandesa que se encontraba cerca. Días más

tarde, un miembro de la tripulación que buscaba supervivientes halló el cuerpo de Astor, golpeado por los restos del naufragio. Aunque poseía una fortuna lo suficientemente vasta como para construir diez barcos como el Titanic, rechazó todas las oportunidades de salvarse; Fue la decisión singular de un gran hombre que se mantuvo fiel a su conciencia aun a costa de su vida. El Sr. Guggenheim, un banquero de éxito, se vistió de etiqueta incluso ante una muerte inminente, declarando: "Si he de morir, mantendré mi dignidad y moriré como un caballero". En una nota dirigida a su esposa, escribió: "Ninguna mujer perecerá en este barco por culpa de mi egoísmo. Prefiero morir como un caballero antes que vivir una vida peor que la de una bestia". El Sr. Straus, fundador de los grandes almacenes Macy's en Estados Unidos, era el segundo hombre más rico del mundo. Ningún argumento logró convencer a su esposa, Rosalie, de subir a un bote salvavidas. Ella se negó rotundamente a separarse de su marido, diciéndole: "Siempre he ido adonde tú has ido. Iré contigo a cualquier parte del mundo". Un miembro de la tripulación a cargo del bote salvavidas número 8 instó al Sr. Straus, de 67 años, a embarcar, asegurándole: "Nadie pondría objeciones a que ocupara un asiento". El Sr. Straus rechazó la oferta con firmeza, afirmando: "No subiré al bote antes que otros hombres", y mostrando una serenidad extraordinaria incluso ante la muerte. Acto seguido, tomó del brazo a su esposa Rosalie, de 63 años, se sentó lentamente en una tumbona de cubierta y aguardó sus últimos instantes. Un monumento en honor al matrimonio Straus, situado en el Bronx (Nueva York), lleva la inscripción: "Un amor que las aguas no pudieron apagar". Un comerciante francés llamado Watteeuw confió a sus dos hijos a unas mujeres que subían a un bote salvavidas y permaneció en el barco para despedirse de ellos. Sus hijos fueron rescatados y, gracias a que los periódicos de todo el mundo publicaron sus fotografías, lograron reunirse con su madre; sin embargo, nunca volvieron a ver a su padre. La Sra. Leader-Foss, que viajaba a Estados Unidos con su marido para disfrutar de su luna de miel, se negó a sobrevivir sola y se aferró fuertemente a él; finalmente, su esposo se vio obligado a dejarla inconsciente de un puñetazo. Al recuperar el conocimiento, se encontró en un bote salvavidas a la deriva en alta mar. Nunca volvió a casarse y pasó el resto de su vida añorando a su marido. En una reunión de supervivientes celebrada en Lausana (Suiza), la señora Smith recordó a la mujer

que le había cedido su asiento, relatando lo siguiente: «Cuando mis dos hijos subieron al bote salvavidas, este estaba lleno y no quedaba sitio para mí. En ese preciso instante, una mujer se levantó, me ayudó a subir al bote y dijo: "¡Ven a bordo! ¡Los niños necesitan a su madre!". Aquella mujer extraordinaria no dejó tras de sí su nombre; la gente erigió un monumento en su honor titulado «La madre sin nombre». Entre las víctimas se contaban muchas figuras destacadas —como el multimillonario Astor, el renombrado periodista Stead, el comandante Butt y el distinguido ingeniero Roebing—; sin embargo, todos ellos cedieron sus puestos a mujeres humildes del medio rural que se encontraban cerca. De los miembros clave de la tripulación del Titanic —alrededor de cincuenta personas—, todos salvo el segundo oficial Lightoller (quien estaba a cargo de las operaciones de rescate) renunciaron a sus plazas y perecieron junto con el barco. A las 2:00 de la madrugada, a pesar de las órdenes de evacuar, el operador jefe de radio John Phillips permaneció en su puesto en la sala de radiotelegrafía, transmitiendo señales de «SOS» hasta el último instante. Mientras la popa comenzaba a hundirse —en esos momentos finales entre la vida y la muerte—, la gente se gritaba unos a otros: «¡Te quiero! ¡Te quiero!». Aquel día, todos demostraron el verdadero significado del gran amor. Espero que sepas cuánto te quiero. No obstante, hubo una excepción: un funcionario ferroviario japonés llamado Hosono se disfrazó de mujer y subió al bote salvavidas número 10, ocupado por mujeres y niños. Fue despedido de su empleo inmediatamente al regresar a casa; la prensa y la opinión pública japonesas lo condenaron públicamente, y pasó el resto de sus días consumido por el remordimiento y la vergüenza.

En un acto conmemorativo del Titanic celebrado en 1912, la compañía constructora del barco, White Star Line, se refirió a las víctimas diciendo: «No existe ninguna norma marítima que obligue a los hombres a realizar tales sacrificios. Sus acciones fueron simplemente un gesto de consideración hacia los más vulnerables: una cuestión de elección personal».

Última voluntad y testamento de una hermana mongola

Hola. Saludo a todos los que leen esta carta con el amor de Jesucristo. Ya que ahora estoy con Dios, espero que nadie llore mi partida. Simplemente regreso a casa un poco antes que el resto de ustedes. Por favor, celebren un funeral cristiano para mí. Me gustaría que el pastor Tuksu oficiara el servicio y que Otnoo dirigiera la alabanza. "Otnoo, por favor canta estos himnos: 1. N.º 227, 2. N.º 36, 3. N.º 236 y 4. N.º 360".

*Madre, por favor perdona a tu hija. Te quiero mucho, aunque no cumplí con mi papel de hija. Pero Madre, por favor cree en Jesús con aún más fervor. Si lo haces, Dios te colmará de un amor más abundante que el que nadie más en este mundo haya recibido jamás. Siempre oraré por ti y por la familia.

*Soto y Alga, lo siento. Los quiero mucho a ambos. Por favor, perdónenme por no haber sido una buena hermana. Quiero que sepan que mi muerte no es culpa de nadie; yo misma elegí este camino. Soto, tengo una última petición: espero que llegues a creer en Jesucristo —en quien yo creo y quien me ama profundamente— para que podamos volver a encontrarnos en el cielo. A mis hermanos menores: mi última petición es que conozcan a Dios, pues Él está vivo.

*Tía Nagi, te estoy verdaderamente agradecida. Gracias por ser el puente que me llevó a conocer a Jesús. Tío Soira, siempre oraré por ti. Por favor, ten una fe firme en Jesucristo y conviértete en una persona como el apóstol Pablo. *Tía Aya y tío Damjin, les agradezco a ambos. Por favor, tengan una fe firme en Jesús y, si alguna vez herí a alguno de ustedes, por favor perdónenme. Nunca falten al servicio dominical. Creo que Dios obrará a través de su

familia. *A mis hermanas: las amo verdadera y profundamente. Espero que vivan sus vidas plenamente bajo el gobierno de Dios. A mis tres hermanos —Soto, Sorto y Alga—: espero que todos lleguen a ser pastores. Por favor, conviértanse en pastores; asegúrate de asistir al seminario.

*A todos mis hermanos y hermanas en la fe de la Iglesia Eternal Love: los amo sinceramente a todos. Quiero reconocer que su amor me ha animado y me ha dado valentía y fortaleza. Mi "Iglesia Eternal Love" se convertirá verdaderamente en una iglesia de amor, que salva a quienes sufren y les ofrece esperanza. Creo que Dios nos ayudará y estará con nosotros en esta obra.

*Estoy profundamente agradecida con mis maestros. El pastor Tuksu fue mi padre espiritual, y la maestra Oh Yun-seon (misionera Yun Hyang-suk) se convirtió en mi madre espiritual. Ahora, voy a encontrarme con mi verdadero Padre espiritual. Gracias por todo lo que han hecho por mí.

*Madre, por favor entrega mi ropa a los niños de la iglesia o a niños necesitados. Y, por favor, dona a la iglesia todos los libros que yo usaba. Madre, te amo mucho. Siento una profunda gratitud al pensar en el amor que me has dado.

*Tío Ganba, te perdono. Por favor, tío, cree en Jesús. Hay un Dios que nos ama y perdona nuestros pecados. Mamá, por favor asegúrate de decirle esto al tío Ganba. Y a mis tías —Hola, Sopta y Dawa— y a mis tíos —Minde y Suhae— les pido encarecidamente que todos acepten a Jesucristo. Así, podremos encontrarnos todos en el cielo con alegría.

Los amo a todos con el amor del Señor.

12 de septiembre de 2013 – Escrito por O. Sodun-Tsetseg.

La muerte

Hace unas dos semanas, durante un estudio bíblico en la tarde del Domingo de Pascua, conversé con la congregación sobre la "muerte". Cuando pregunté: "¿Cómo les gustaría morir?", la mayoría de los miembros mayores —aquellos de más de sesenta años— respondieron que deseaban fallecer sin dolor, por amor y por el deseo de no ser una carga para sus hijos. Yo respondí: "En ese caso, un ataque al corazón sería la respuesta". Por el contrario, los miembros de cuarenta y cincuenta años parecían no haber reflexionado profundamente sobre el tema. Por ello, los desafié específicamente a meditar y orar sobre cómo desean afrontar la muerte. También los insté a vivir bien cada día para que puedan experimentar una "buena muerte": un tránsito hermoso.

Hace poco hablé con una hermana que estaba desconsolada tras recibir la noticia de que la muerte del hermano Mark era inminente. Tras comunicarnos inicialmente por mensajería instantánea, hablamos por teléfono; al escuchar sus sollozos incontrolables, me sentí impulsado a poner por escrito mis reflexiones sobre la "muerte" una vez más esta mañana.

Para un tercero —alguien que presencia cómo un hermano se acerca al final—, la muerte parece ser un momento en el que el dolor y la alegría se entrelazan. Cuando pienso en el hermano Mark, quien se despidió diciendo "Nos vemos en el cielo", siento tristeza y una pesadez inexplicable en el corazón. Sin embargo, al mismo tiempo, saber que aceptó a Jesús como su Señor y Salvador a través del Ministerio de Inglés (SEM) de la Iglesia Seohyun y que tiene la certeza de entrar en el cielo eterno, hace que esa pesadez se aligere y se transforme en alegría. Al reflexionar sobre la vida de un hermano y su muerte inminente, y al ver cómo el dolor y la alegría coexisten en mi interior, siento que esto realmente presagia una muerte hermosa. Vista así, creo que el hermano Mark camina hacia el tipo de muerte que yo envidio.

Recuerdo haber compartido reflexiones sobre una "muerte hermosa" con la congregación durante un estudio bíblico de Pascua. Visualizo una muerte hermosa como aquella en la que, durante mi funeral, los hermanos y hermanas que experimentaron la imagen y el amor de Cristo a través de mí se reúnan para adorar a Dios. Se entristecerían por mi partida —por el hecho de que ya no estoy con ellos en este mundo—, pero al mismo tiempo se alegrarían y alabarían a Dios, sabiendo que he ido al cielo para encontrarme con el Señor a quien tanto amé y anhelaba ver. Ese es el tipo de funeral con el que sueño y por el que oro. Sin embargo, para acoger una muerte tan hermosa, no puedo evitar sentir la profunda responsabilidad de vivir una vida hermosa día a día; o mejor dicho, aquí y ahora.

El hermano Mark es alguien que asumió esa profunda responsabilidad con alegría dentro de la comunidad de la iglesia Seohyun. Pasaba incluso más tiempo en la iglesia que yo (recuerdo que estaba allí a diario; el pastor principal incluso me preguntó: «James, ¿has dejado de venir a la iglesia?»). A través del grupo «Sasa» (que significa «Personas que aman») y haciendo honor al nombre de la cafetería de la iglesia, él sirvió como canal del amor de Cristo, amando a tantas personas con ese mismo amor. Creo que la hermana que sollozaba durante nuestra llamada telefónica de hoy es una de las que recibió ese amor. Aunque ella le dijo al hermano Mark que no había hecho nada a cambio, creo que lo que sí hizo bien fue aceptar con humildad y alegría el amor tan intenso de Mark. Así es. El hermano Mark quería dar amor, y creo que el mayor regalo que podíamos ofrecerle a cambio era simplemente aceptar ese amor con la humildad y la alegría de un niño. Como a veces no logré hacerlo, hubo bastantes ocasiones en las que le confesé mis faltas y le pedí perdón. Mi —llamémosla «queja»— era que, si bien él sabía dar amor, no sabía muy bien cómo recibirlo. Eso dio lugar a algunos —llamémoslos «desacuerdos»— entre nosotros. Por eso confieso hoy que fui yo quien no logró amar a Mark tan plenamente como debí haberlo hecho.

Me pregunto: si supiéramos cuál es el destino final de nuestras vidas —si supiéramos exactamente cuándo dejaremos este mundo para encontrarnos con el Señor—, ¿cómo viviríamos este mismo día? ¿Nos esforzaríamos por vivir de manera diferente a como lo

hacemos ahora? Sé que yo seguiría adelante con mi «Ministerio Cy». Lo haría porque creo que este ministerio constituye el fundamento que me ayudará a llegar a un hermoso final en mi propia vida.

Es posible que a mi amado hermano Mark le quede menos tiempo de camino que a mí. Sin embargo, creo que, mientras avanza hacia ese destino final, él está empleando el noble tiempo que le resta en este mundo para lanzar una última «llamada de amor» a sus seres queridos. Mi ferviente oración es que, al recibir ese amor con alegría y humildad, no solo atesoremos las huellas del amor de Cristo que él ha dejado en nuestros corazones, sino que también nos convirtamos en mensajeros que transmitan ese amor a los demás.

Una reflexión del pastor James Kim,
quien ha recibido el amor del Señor a través del hermano Mark

(22 de abril de 2004; compartida con un corazón unido a todos aquellos que han sido tocados por el amor del hermano Mark)



Conversaciones con los niños

Hace poco, mientras conducía hacia la iglesia un domingo por la mañana, puse música góspel en el coche. Al escuchar la palabra "Dios" en una de las canciones, Yeri dijo: "Conozco esa canción", y se puso a cantar: "Dios es tan bueno". Luego me sorprendió diciendo: "Quiero ser Dios". Mientras la escuchaba y me preguntaba por qué querría convertirse en Dios —una idea central de la filosofía de la Nueva Era—, mi esposa la corrigió amablemente preguntándole: "¿Quieres estar *con* Dios?".

Esta es la conversación que siguió con Dylan:

Yeri: "Quiero estar con Dios".

Dylan: "Entonces tienes que morir".

Yeri: "¿Me vas a extrañar?"

No pude evitar sonreír al escuchar este intercambio entre los niños.

Después de que el tío Mark falleciera, les habíamos enseñado a los niños que ahora estaba en el cielo con Dios; parece que Dylan había llegado a la conclusión de que hay que morir para ir al cielo y estar con Dios.

Aunque su sencilla conversación me hizo sonreír, también despertó en mí un anhelo: el deseo de estar en el cielo con Dios, tal como Mark.

[18 de julio de 2004]

La muerte de nuestra primogénita

En noviembre de 1997 —siete meses después de habernos casado— llevé a mi esposa embarazada al Hospital Good Samaritan de Los Ángeles durante la época de Acción de Gracias. Tras examinar a mi esposa, una enfermera notó algo inusual y sugirió realizar una ecografía. Los resultados revelaron graves anomalías en el bebé. El médico explicó que al bebé le faltaba el diafragma en un lado, lo que provocaba que los órganos internos se desplazaran hacia arriba; como consecuencia, faltaba el pulmón izquierdo, el corazón estaba desplazado considerablemente hacia la derecha y la columna vertebral presentaba una curvatura en forma de "S". La noticia nos dejó desolados. Sin embargo, con el corazón lleno de gratitud por el regalo que Dios nos había concedido, mi esposa dio a luz sin complicaciones a nuestra primogénita, Juyoung, el 3 de marzo de 1998. (Mi padre había elegido el nombre de Juyoung, que significa "la gloria del Señor", mientras que yo le puse el nombre inglés Charis, la palabra griega para "gracia"). Inmediatamente después del parto, el médico permitió que mi esposa sostuviera a la bebé apenas unos segundos antes de colocarla en una incubadora, llevársela rápidamente y trasladarla en ambulancia a la unidad de cuidados intensivos del Hospital Infantil de Los Ángeles, un centro de mayor envergadura. Juyoung permaneció allí durante 55 días. Cada vez que iba de visita, le cantaba "Jesús me ama" a mi amada hija. Como estaba conectada a varios tubos —incluido uno en la boca—, nunca la escuché llorar. Tenía marcas de agujas por todo el cuerpo, incluso en la cabeza.

No podíamos ni imaginar la magnitud del dolor que Juyoung estaba soportando. Simplemente orábamos y esperábamos que nuestra bebé sobreviviera. Tras someterse a dos cirugías mayores, los médicos comentaron que los procedimientos habían salido extraordinariamente bien; tan bien, que incluso ellos estaban sorprendidos. Interpreté esto como una señal de que Dios tenía el propósito de salvar a la bebé. Sin embargo, el domingo

que marcaba el día 54 —que coincidía además con nuestro aniversario de bodas—, mi hermana menor regresó a la iglesia tras visitar el hospital con la noticia de que Juyoung se encontraba en estado crítico. Dijo que todo el cuerpo de la bebé se había puesto de un color azul intenso, probablemente debido a la falta de circulación sanguínea. Mi esposa se dirigió de inmediato a la habitación del hospital. Sin embargo, al recordar el testimonio que había escuchado de un amigo, me sentí dividido; aunque mi corazón anhelaba correr hacia Juyoung, decidí cumplir primero con mis responsabilidades en la iglesia y dirigirme al hospital solo después de haber terminado mis deberes. Al llegar, el médico me llevó aparte y me planteó dos opciones: (1) permitir que el bebé falleciera lentamente o (2) dejar que falleciera rápidamente. Elegí la primera opción —dejar que el bebé falleciera lentamente— porque aún no estaba listo para renunciar a la esperanza. Más tarde, ya en casa, hablé con mi esposa; al comprender que no queríamos que nuestro hijo siguiera sufriendo, finalmente decidimos dejar que Juyoung partiera rápidamente.

La mañana del lunes siguiente, mientras leía la Biblia, me sentí profundamente conmovido por el Salmo 63:3 y compartí el versículo con mi esposa: «Porque mejor es tu misericordia que la vida; mis labios te alabarán». Convencidos de que el amor eterno de Dios era mayor que los cincuenta y cinco días de vida de Juyoung y de que nuestros labios debían alabarlo, nos dirigimos al hospital. Tras comunicar nuestra decisión al médico, llamé a mis padres, a mi hermano mayor y a su esposa, y a mi hermana menor; todos nos reunimos en la unidad de cuidados intensivos y celebramos primero un culto de adoración a Dios. Después, mientras los demás esperaban en una sala contigua, tomé a Juyoung en brazos —por primera y última vez— y caminé hacia aquella sala. En ese preciso instante, sollozaba desconsoladamente y me faltaba el aliento. Sostuve a Juyoung en brazos y pasé a la otra habitación. Todos lloraban, pero mi suegro pidió sostener a Juyoung; lo acunó, puso su mano sobre la cabeza del niño y recitó Juan 3:16. Poco después, llegó un médico, auscultó el corazón de Juyoung y confirmó que el bebé ya no respiraba.

Unos días más tarde, tras la cremación de Juyoung, mi esposa y yo llevamos las cenizas a un lago. Alquilamos una pequeña barca; yo gobernaba desde la popa mientras mi esposa se sentaba en la proa, sosteniendo la pequeña caja que contenía las cenizas. Nos dirigimos hacia un rincón apartado del lago, donde ella esparció las cenizas. Mientras regresábamos, mi esposa se volvió de repente hacia mí y dijo —quizás en broma—: «Titanic». Sin embargo, incluso mientras lo decía, las lágrimas corrían por su rostro.

Al verla en ese estado, Dios me impulsó a levantar la mirada al cielo y cantar con todo mi corazón el himno góspel estadounidense «My Savior's Love» (también conocido como «I Stand Amazed»):

(Estrofa 1) Me asombro ante la presencia de Jesús el Nazareno, y me maravillo de cómo pudo amarme a mí, un pecador, condenado e impuro.

(Estrofa 2) Fue por mí que en el huerto oró: «No se haga mi voluntad, sino la tuya». No derramó lágrimas por sus propios pesares, sino gotas de sangre por los míos.

(Estrofa 3) Con compasión los ángeles le contemplaron y vinieron desde el mundo de luz para consolarle en los dolores que soportó por mi alma aquella noche.

(Estrofa 4) Él tomó mis pecados y mis pesares, los hizo suyos; llevó la carga hasta el Calvario, y sufrió y murió en soledad.

(Estrofa 5) Cuando por fin vea su rostro junto a los redimidos en gloria, será mi gozo, por los siglos, cantar sobre su amor por mí.

(Estribillo) ¡Oh, qué maravilloso! ¡Oh, qué asombroso! Y mi canto siempre será: ¡Oh, qué maravilloso! ¡Oh, qué asombroso! ¡Es el amor de mi Salvador por mí!



¿Qué lección aprendió papá?

Viernes por la tarde, 15 de marzo de 2013.

Después de dejar a Dylan y a Yeri en la iglesia (ya que tenían una clase para preadolescentes), llevé solo a Yeeun conmigo al trabajo de mi esposa. Habíamos planeado recoger a mi esposa e ir a cenar juntos a Japantown. Mientras esperaba en el coche a que saliera mi esposa, la conversación derivó de alguna manera hacia una madre que tenía tres hijos; Yeeun comentó: «Esa mujer tuvo muchos hijos», así que le dije: «En realidad, tu mamá dio a luz a cuatro». Jaja. Al decir esto, le hablé a Yeeun de nuestro primer bebé, Charis (Juyoung), que había fallecido. Al poco tiempo, Yeeun me preguntó: «¿Qué lección aprendiste de Dios?». Ante esa pregunta, le respondí sin dudar: «El amor de Dios». Le expliqué que había llegado a comprender profundamente el amor de Dios a través de la muerte de mi primer hijo, Charis, y que así había conocido Su amor profundo. Entonces, Yeeun preguntó cómo podía haber aprendido sobre el amor cuando Dios había permitido que el bebé muriera; una pregunta totalmente comprensible desde su perspectiva. Dudé un momento, sin saber bien cómo explicarle a una niña el profundo amor que había aprendido de Dios. Luego, casi como si hablara consigo misma, Yeeun murmuró algo que sonaba así: «Igual que Dios dejó morir a Su Hijo Jesús, dejó morir al bebé, así que...». Parecía que intentaba encontrarle sentido a lo que yo había dicho a su manera. En ese instante, vi a mi esposa salir corriendo del edificio de su trabajo y le dije a Yeeun: «Mira, ahí sale mamá». Yeeun miró por la ventanilla trasera y juntos esperamos a que mi esposa subiera al coche. Tan pronto como ella se sentó, empecé a contarle brevemente lo que Yeeun había dicho y estaba a punto de pedirle que respondiera a la pregunta de la niña, pero Yeeun me dijo que no dijera nada. Así que le expliqué a mi esposa, en coreano, que Ye-eun me había preguntado qué lección había aprendido de la

muerte de Charis, pero que me había resultado difícil responder cómo descubrí el amor de Dios a través de esa pérdida. Cuando comenté que Ye-eun no parecía querer que yo compartiera esa conversación con ella, mi esposa dijo: «Parece que Ye-eun solo quería hablar con su papá». No volvimos a hablar de Charis mientras nos dirigíamos a un restaurante para cenar. Sin embargo... en mi corazón, quería decirle esto a mi hija menor, Karis Ye-eun: «Aunque Dios se llevó a la primera bebé, Karis, nos dio a *ti*, Karis, como un regalo a mamá y a papá».

¡No te preocupes, mamá!

Miércoles por la noche, 22 de septiembre de 2010.

Esa noche, mientras cenábamos con nuestros tres hijos, mi amada esposa les contó que al abuelo que vive en Arizona (su padre) le habían diagnosticado cáncer. Todos quedaron impactados con la noticia y reaccionaron con exclamaciones como «¿De verdad?», «¿Cáncer?», «¡Oh, no!» y «¡Madre mía!». Entonces, nuestra hija mayor, Yeri, dijo: «Supongo que Dios quiere tenerlo en el cielo más pronto». Acto seguido, intentó consolar a su mamá diciendo: «¡No te preocupes, mami! Tú también te vas a morir». Luego le dio un abrazo. Jajaja.

Mi esposa me contó esta conversación por teléfono mientras yo visitaba a mi suegro en Arizona; se reía mientras relataba la historia. Se reía en parte por la reacción de sorpresa de los niños ante la noticia del cáncer. También se reía por lo que dijo Yeri: «¡No te preocupes, mami! Tú también te vas a morir». Jajaja. Siempre ha sido una niña un tanto excéntrica... Jajaja.

Al escuchar esta historia, pensé para mis adentros: «Parece que los niños tienen cierta idea de lo que es el cáncer. Después de llevarlos a visitar un hogar de ancianos durante unos dos años, parece que entienden un poco sobre la muerte» (Nota: Solíamos visitar a dos ancianas de nuestra iglesia con los niños, y ellos saben que ambas han fallecido desde entonces). «Parece que a Yeri no le preocupa mucho la muerte, ni siquiera la idea de que su mamá muera...», etcétera.

Si bien ciertamente no debemos tomar la muerte a la ligera, también pienso que verla con una pesadez excesiva tal vez no sea lo ideal.

"Voy a incinerar a papá".

Viernes por la tarde, 23 de enero de 2015.

Parece que no tengo que preocuparme por mi funeral. Jajaja. La razón es que tengo a mi hija menor, Karis (Ye-eun). Jajaja. Cuando era aún más pequeña, había dicho que enterraría a mamá y a papá en el patio trasero, pero esta vez declaró que me incineraría a mí. Jajaja. Aquel viernes por la tarde, después de comer fideos vietnamitas con los niños (habíamos cambiado la salida del miércoles al viernes, jajaja), fuimos al mercado coreano de al lado, como de costumbre. Le di cinco dólares a Dylan y a un amigo de la iglesia llamado Jun, y los envié adentro a comprar *bung-eo-ppang* (pastelitos con forma de pez). Mientras esperaba en el coche con Yeri y Karis, recibí un mensaje de KakaoTalk de mi cuarto tío. Me pidió que tradujera al inglés un mensaje que había escrito en coreano para la esposa vietnamita —que no era creyente— de un amigo suyo, fallecido a causa de una enfermedad poco después de cumplir sesenta años. Tras leer el mensaje, les expliqué brevemente el contenido a mis amadas hijas, Yeri y Karis, y mencioné que al amigo de mi tío también lo habían incinerado (ya les había hablado anteriormente de la cremación de la abuela Choi Bun-nam, de nuestra iglesia, tras su fallecimiento...). Al oír esto, mi hija menor, Karis, anunció que *ella* me incineraría. Jajaja. Entonces le dije que *yo* —su papá— era quien debía tomar la decisión final sobre mi testamento (es decir, que no era algo que ella debiera decidir, sino algo que yo debía determinar... jajaja). Al oír eso, Karis preguntó qué quería *yo* que sucediera. Así que le dije: "Me da igual". Cuando les dije que me daba igual si me enterraban o me incineraban, Ye-eun declaró que haría que me incineraran. Jajaja. Cuando le pregunté por qué, dijo que no le gustaba la idea de que hubiera bichos arrastrándose por mi cuerpo si estuviera bajo tierra en una tumba. Jajaja. (Parecía que no soportaba la idea de que hubiera

insectos recorriendo el cuerpo del papá a quien tanto quería). Tras un breve silencio, les dije a Yeri y a Ye-eun que, aunque se sentirían tristes cuando mamá y papá fallecieran, en realidad debían alegrarse. Yeri, que estaba sentada a mi lado, preguntó cómo era posible que se alegraran. Recordando las palabras de Filipenses 1:22-24, le expliqué a Yeri que anhelamos dejar este mundo para estar con el Señor, a quien tanto extrañamos. Les dije que, cuando mamá y papá mueran, iremos al Cielo —el lugar que tanto anhelamos— y viviremos eternamente con el Señor, así que debían regocijarse.

Justo cuando terminábamos la conversación, Dylan y Jun salieron del mercado coreano y Jun levantó seis dedos... Resultó que había conseguido seis *bung-eo-ppang* (pasteles con forma de pez) por cinco dólares (¡aunque yo le había dicho que intentara conseguir siete! Jaja). Incluso ante la muerte, seguimos disfrutando de unos deliciosos *bung-eo-ppang*... Jaja.

El beso de la abuela Jang

El pasado lunes (10 de septiembre), visité la residencia de ancianos por primera vez en casi tres semanas para ver a dos queridas miembros de nuestra iglesia: la diaconisa mayor Park Chun-hee y la abuela Jang Eul-soo. La diaconisa mayor Park, que padece demencia avanzada, estaba dormida cuando llegué, tal como había ocurrido en visitas anteriores. Tras comprobar brevemente cómo se encontraba, fui a la habitación donde se alojaba la abuela Jang; ella estaba dormida, pero pareció percibir mi presencia, pues despertó y extendió alegremente la mano para estrechar la mía con firmeza. Le conté a la abuela Jang que había regresado a salvo de Corea y Mongolia —gracias a la gracia de Dios— y luego cantamos el himno número 40, uno de sus favoritos. Ella comentó que, al no haber podido cantar sus himnos predilectos (el n.º 40 y el n.º 355) ni recitar el Salmo 23 durante las últimas tres semanas, había olvidado gran parte de la letra. Así que, mientras cantábamos repetidamente la primera y la segunda estrofa del himno número 40, la observé cantar conmigo y vi cómo su memoria empezaba a recuperarse. Se quejó de que sentía calor en la cabeza, por lo que puse mi mano sobre ella y oré a Dios; aun en ese momento, ella respondió con vigorosos «Amén, amén». Cuando llegó la hora de marcharse y me despedí, ella extendió la mano; mientras yo la sostenía con firmeza, de repente levantó la cabeza y besó el dorso de mi mano. En respuesta, sin soltar su mano, besé el dorso de la suya. La abuela Jang aguarda con ilusión el día en que Jesús la llame a su hogar; anhela fervientemente alzar el vuelo y ser acogida en el abrazo del Señor. Creemos que, a su debido tiempo, el Señor llamará a la abuela Jang a su seno y la besará, tal como el padre besó al hijo pródigo a su regreso.

[13 de septiembre de 2007]



Quiero compartir el dolor y las lágrimas.

La tarde del domingo pasado (día 12), acompañé a mis padres —el pastor emérito de nuestra iglesia y su esposa— a visitar a dos diáconos muy queridos. Quería llevar a mi padre a verlos antes de que regresara al campo misionero, pensando que la visita les brindaría alegría y consuelo. Cuando llegamos a casa del diácono Kim, él estaba acostado. A pesar de sufrir intensamente a causa del cáncer, hizo el esfuerzo de levantarse de la cama, vestirse y salir a la sala para unirse a su esposa y a sus dos hijos en la adoración a Dios. Cuando el pastor emérito le preguntó qué himno prefería, eligió el número 543, "Avanzando hacia las alturas" (*Pressing On Toward the Higher Ground*), y todos lo cantamos juntos dos veces para alabar a Dios. Luego, mi padre leyó el Salmo 23 y elevamos fervientes oraciones por nuestro querido diácono Kim. Después del breve culto, cantamos "Feliz cumpleaños", ya que era el día de su esposa. La pareja estaba sentada frente a frente; aunque debió de ser físicamente difícil, el diácono Kim cantó suavemente para celebrar el día especial de su esposa, mientras ella lo contemplaba... Al despedirnos, el pastor emérito abrazó al diácono Kim. Aún recuerdo la imagen del diácono Kim sonriendo radiantemente —con el rostro iluminado—, aunque me impactó ver cuán frágil y delgado lucía su cuerpo... (Ayer, en la reunión de oración del miércoles, su esposa asistió sola; los médicos dicen que la situación ha llegado a un punto en el que ya no se puede hacer nada más). ¡Nuestra esperanza está solo en el Señor! Tras salir de casa del diácono Kim, visitamos una residencia de ancianos cercana donde vive la abuela Im, la miembro de mayor edad de nuestra iglesia. Cuando llegamos, ella estaba sentada en el comedor después de haber terminado de comer. Se llenó de alegría al vernos a través de las puertas de cristal. Mis padres la ayudaron a llegar a su habitación y, tras conversar un rato, cantamos a Dios el himno "Mi Salvador me guía" (*All the Way My Savior Leads Me*). La abuela Im considera este lugar como aquel donde pasará sus últimos días. A pesar de tener 91 años, conserva una gran lucidez mental, mientras que muchos residentes más jóvenes parecen padecer demencia. Quizás debido a ese ambiente,

ella parecía estar pasando por momentos de mayor dificultad. Recuerdo haber visitado a otras dos ancianas de nuestra iglesia en un hogar de ancianos antes de que fallecieran. Cantar, orar, conversar y reír juntos durante su etapa final: aquellos momentos fueron verdaderamente valiosos. También compartí risas y bromas con la abuela Im. Ella nos acompañó hasta la puerta al marcharnos y, mientras me dirigía al estacionamiento, miré hacia atrás una última vez. Aún puedo verla alejándose.

Cuando asistía a la iglesia Seohyun, llegué a querer profundamente a los jóvenes de Corea. Sin embargo, tras regresar a los Estados Unidos y servir en mi iglesia actual, aprendí a amar también a los miembros de mayor edad. A través de ellos, descubrí una nueva perspectiva sobre la muerte; Dios me estaba enseñando cómo verla. Quizás por eso pensaba a menudo en mi primogénito, Ju-young, durmiendo plácidamente en mis brazos. Al mismo tiempo, me sorprendía reflexionando con frecuencia sobre la muerte de seres queridos y sobre mi propia mortalidad. Mientras oraba, también pensaba a menudo en aquellos seres queridos que ya habían partido al cielo. Dios me ha permitido crecer, aunque sea un poco, a través del dolor y las lágrimas que conlleva la muerte. Incluso ahora, el Señor me guía a mirar a aquellos seres amados que atraviesan el miedo a la muerte, el dolor y las lágrimas. Anhele compartir su dolor y llorar con ellos. También deseo mirar al Señor y orar juntos, regocijándome en la esperanza a su lado. Día tras día, momento a momento, quiero crear hermosos recuerdos en el Señor y atesorarlos profundamente en mi corazón.

[16 de febrero de 2012]



Sra. Im Bong-hee

En nuestra iglesia hay una señora de 92 años llamada Im Bong-hee. Hoy llamé al lugar de trabajo de su hija para conseguir la dirección de la residencia de ancianos donde vive y fui a visitarla acompañado por uno de los ancianos de nuestra iglesia. Me impresionó verla sentada en su silla de ruedas; había envejecido considerablemente desde la última vez que la vi. Me confesó que ahora todo le resultaba muy difícil. Así que el anciano y yo le tomamos la mano izquierda y oramos a Dios Padre. Ella no dejaba de expresarnos su gratitud; la señora Im ama al Señor, a nuestra Iglesia Presbiteriana Seungri, a nuestro pastor principal, así como a mí y a nuestra familia de la iglesia. Mientras le acariciaba suavemente la espalda, la animé a poner su esperanza en el eterno Reino de los Cielos. Vestida con un atuendo encantador —probablemente un regalo de sus hijos— y con el cabello bien arreglado, la señora Im sigue presente en mis pensamientos; aunque su cuerpo se debilita día a día y su espíritu se siente agotado, confío en que Dios Padre, quien más la ama, la sostendrá y fortalecerá. Antes de despedirnos, un comentario suyo quedó grabado en mí: "Tengo tantos recuerdos". Recuerdos de los muchos momentos que Dios sembró en su corazón después de guiarla a la Iglesia Presbiteriana Seungri... Recuerdo vívidamente cómo, cuando gozaba de buena salud, recorría las calles recogiendo latas vacías para venderlas y destinaba lo recaudado como ofrenda para la iglesia. También recuerdo aquella vez que se cayó mientras recogía latas y tuvo que llevar el brazo escayolado. La abuela Im —quien, a pesar de no saber leer, se esforzaba por obedecer la Palabra de Dios impulsada por un profundo amor a la iglesia; quien pagaba fielmente sus diezmos incluso cuando le costaba hacerlo, y me hablaba de ello con orgullo; quien siempre me preparaba café cuando la visitaba en su residencia para mayores—; hoy, al despedirnos, le acaricié suavemente la mejilla, le dije que la quería y le di un abrazo.

[20 de marzo de 2013]



Cortauñas

Jueves, 24 de julio de 2014 – Hora del almuerzo.

Hoy fui a visitar a la abuela Im Bong-hee después de un tiempo. Llevé un juego de cortauñas —un regalo conmemorativo por el 34.º aniversario de la iglesia— a la residencia de ancianos donde se aloja, pero la encontré acostada en la cama, dormida (o tal vez simplemente tenía los ojos cerrados). Intenté colocar una silla junto a su cama en silencio, pero debió de oír el ruido; abrió los ojos, así que la saludé cariñosamente, dejé la silla y me senté a su lado. Le dije que había traído un regalo de la iglesia y le mostré el juego de cortauñas. Luego, le pregunté si podía cortarle las uñas. Aunque sabía que una de sus hijas le había cortado accidentalmente la piel alrededor de las uñas —provocándole sangrado— en dos ocasiones distintas, quise hacerlo yo misma con audacia (?) —o tal vez simplemente por ingenuidad—. Le dije: «Puedo hacerlo mejor, abuela», y comencé con las uñas de la mano izquierda. Después, utilicé otra herramienta (no estoy segura de cómo se llama) para pulirle las uñas. Al menos con la mano izquierda todo pareció ir bien. El problema surgió cuando pasé a la mano derecha; las uñas eran gruesas y no encajaban fácilmente en el cortauñas. Mientras intentaba forzarlo (?), terminé cortando accidentalmente un poco de piel alrededor de la uña. Ella pareció sobresaltarse y sentir dolor, así que le pedí disculpas profusamente. Había afirmado con confianza que podía hacerlo mejor que su hija, pero al final... *suspiro*. A pesar de esto, la abuela permaneció quieta mientras procedía a cortar las cuatro uñas restantes de la mano derecha. Se me ocurrió que tal vez permanecía tan quieta simplemente porque no podía hacer otra cosa en ese momento. Aunque el tubo de oxígeno descansaba sobre su frente en lugar de estar en sus fosas nasales, cuando le pregunté: «Abuela, ¿esto no debería ir en la nariz?», ella asintió, así que se lo coloqué allí. Parecía estar

en un estado en el que casi no podía hacer nada por sí misma. Incluso parecía haber olvidado su propia edad; Cuando le pregunté: «Abuela, tiene noventa y dos años, ¿verdad?», ella respondió que no lo sabía. Al ver cómo la abuela Im Bong-hee se volvía cada vez más frágil, le pregunté: «Abuela, usted ama al Señor, ¿no es así?». Sabiendo perfectamente que ella amaba al Señor, a nuestra iglesia y al pastor principal junto con su esposa, sentí que más que hacer una pregunta, estaba reafirmando esa verdad ante ella. Después, compartí con ella recuerdos de nuestra época en la Iglesia Presbiteriana Seungri; concretamente, aquellos momentos que ella recordaba bien y de los que hablaba a menudo cada vez que yo la visitaba. Recordamos cómo ella lavaba diligentemente cuatro ollas grandes de arroz en la cocina de la iglesia, una tarea que, según decía, había afectado el estado de sus dedos. También recordó los días en que yo era un joven evangelista soltero y conducía la furgoneta de la iglesia para recogerla a ella y a su esposo y llevarlos a casa; recordaba que su esposo solía preguntarme cuándo me casaría. Sonriendo, le dije: «Abuela, ya han pasado diecisiete años desde que me casé». Mientras compartía diversos recuerdos con la abuela, hablé de la difunta *Kwon-sa* (diaconisa mayor) Kim Young-hwa —mi propia abuela biológica—, quien ahora está en el cielo. Mencioné esto porque sabía que la abuela Im Bong-hee había recibido tanto amor de la difunta *Kwon-sa* Kim que nunca la había olvidado a lo largo de su vida. Le dije a la abuela Im que, cuando el Señor nos llame, «nos dormiremos» (explicándole que la Biblia describe la muerte de los creyentes como un sueño) y entraremos en un cielo eterno libre de enfermedades, dolor, soledad y muerte; allí nos reencontraríamos tanto con la difunta *Kwon-sa* Kim Young-hwa como con el difunto abuelo Im Jong-hwan (el esposo de la abuela Im Bong-hee). Después de hablar sobre cómo viviríamos todos eternamente con el Señor, canté el himno «Desde que conocí a mi Salvador» (también conocido como «Mi alma ha recibido gracia») como una ofrenda de alabanza a Dios y luego oré por ella. Al mirar su rostro tras la oración, vi cómo brotaban lágrimas en el raballo de su ojo izquierdo. La abuela Im Bong-hee expresó su gratitud en tres ocasiones durante nuestra conversación de aquel día; al ver su actitud serena y agradecida, le di un suave beso en la frente.

[26 de julio de 2014]

Visita a la residencia de ancianos

Tras finalizar mis deberes pastorales en la iglesia, visité la residencia de ancianos donde residen el querido matrimonio formado por el diácono Kim Dong-yoon y la diácona Kim Seung-kwan. Al entrar en la habitación del diácono Kim Dong-yoon, lo encontré recostado en la cama, mirando al techo mientras escuchaba un programa de radio cristiano. Por alguna razón, hoy parecía más frágil y mayor de lo habitual. Al entrar, me senté en la silla junto a su cama para saludarlo; él extendió la mano y me estrechó la derecha con fuerza, así que le correspondí estrechándole ambas manos con firmeza. Aquejado de la enfermedad de Parkinson —y quizás debido a la medicación que le provoca fuertes mareos—, permanece postrado en cama, a pesar de tener solo 75 años. Mientras conversábamos, mencionó lo a menudo que piensa en sus padres, quienes ya fallecieron y están en el cielo. Se le humedecieron los ojos al recordar el viaje de Corea del Norte a Corea del Sur, en particular el momento en que su padre lo cargó a cuestas por un terreno helado cuando no llevaba zapatos. Era evidente que extrañaba profundamente a su difunto padre. También mencionó que cada vez que visitaba nuestra iglesia una vez al mes, la simple visión de mi madre, que tiene su misma edad, lo conmovía hasta las lágrimas. Fue un encuentro profundamente emotivo. Me recordó las veces que visitaba a ancianas en residencias o unidades de cuidados intensivos; incluso en circunstancias tan difíciles, a menudo añoraban a sus padres. Al ver cómo las personas añoran a sus padres fallecidos incluso en la vejez, parece que el amor de un padre es verdaderamente inconmensurable. Antes de despedirme del diácono, puse mi mano sobre su frente para orar, y él puso ambas manos sobre las mías. Luego oramos a Dios Padre, a nuestro Padre Dios. Al salir de su habitación después de la oración, lo vi seguir saludando con la mano.

Después, fui a la habitación del edificio contiguo donde se alojaban el diácono Kim Seong-gwan y la diaconisa mayor Kim Yang-suk y llamé a la puerta. Un momento después, la

diaconisa mayor salió y abrió la puerta; entonces llamé a la puerta del diácono Kim Seong-gwan y le pregunté si podía pasar, y me invitó a entrar. Al entrar, vi al diácono Kim acostado en su cama, con una mascarilla. Al verme, dijo: "No me encuentro muy bien". Su hija también estaba en la habitación, así que me acerqué al diácono, le tomé la mano y oré. Oré al Dios eterno, elevando la fe y la esperanza del diácono. Oré a Dios Padre para que su esperanza en el reino eterno, arraigada en su fe en Jesús, permaneciera inquebrantable. Después, a sugerencia de la diaconisa mayor y su hija de que me sentara un momento, salí corriendo, jaja. Fue una visita breve, de solo tres a cinco minutos. Estas dos personas habían asistido a nuestra iglesia durante siete años, pero tras mudarse a esta residencia de ancianos —que está lejos de la iglesia— ahora planean asistir solo una vez al mes; sin embargo, dada su delicada salud, está por verse si podrán venir el próximo domingo. Al fin y al cabo, no podemos saber qué nos depara el mañana...

[Domingo por la tarde, 29 de septiembre de 2013]

El difunto hermano Lee Jin-gu, quien falleció en paz

Tras finalizar el culto dominical en inglés de hoy, recibí con gran sorpresa la noticia — comunicada por un anciano frente a la cocina— de que el hermano Lee Jin-gu había fallecido. No tenía la menor idea de que moriría tan repentinamente. Incluso durante el almuerzo, había preguntado a su hija, la diaconisa Kim Eun-hee, cómo se encontraba el hermano Lee; por ello, la noticia de su deceso me impactó profundamente. Tomé rápidamente una Biblia y el hijo menor del hermano Lee Jin-gu me llevó en coche a casa del diácono Lee Seok-woo. Al llegar, entré en la habitación del hermano Lee y lo vi recostado en un sillón, durmiendo plácidamente. Al tocar su mano, esta aún conservaba algo de calor, aunque ya se sentía algo fría. Al verlo exhalar su último aliento mientras dormía, ofrecí alabanza y adoración a Dios junto al cuerpo del hermano Lee Jin-gu, acompañado por la diaconisa Kim Eun-hee, el diácono Lee Seok-woo, su esposa y sus hijos. (Cuando falleció la difunta anciana Choi Jeong-hyo, esposa del hermano Lee Jin-gu, también adoramos a Dios junto al diácono Lee Seok-woo y su esposa al lado de sus restos; aquello ocurrió hace unos 22 meses...). La razón por la que pudimos adorar a Dios con gratitud es que Dios amó al difunto hermano Lee Jin-gu y lo salvó. Sus hijos habían estado orando constantemente por la salvación de su alma y, hace unos dos años, durante el funeral de su esposa, la anciana Choi, Dios obró en el corazón del hermano Lee Jin-gu, abriendo las puertas de su corazón y derramando Su gracia sobre él. Recuerdo vívidamente cómo el hermano Lee Jin-gu, tras conocer el amor de Dios, visitó nuestro hogar junto a un anciano para recibir el bautismo. Así, Dios permitió que el difunto hermano Lee Jin-gu aceptara a Jesús y fuera bautizado al final de su vida, llamándolo a Su presencia unos dos años después. Además, falleció pacíficamente mientras dormía. Por tanto, ofrecimos alabanza y adoración a Dios con gratitud, y haremos lo mismo durante el servicio funerario. ¡Solo por la gracia de Dios!

[11 de agosto de 2014]



El esposo de mi tía mayor

Este domingo por la mañana, antes de ir a la iglesia, pasé por el hogar de ancianos donde se encontraba el esposo de mi tía mayor —mi tío—. Sin saber cuándo podría exhalar su último aliento —y consciente de que hoy bien podría ser ese día—, fui a visitarlo. Al llegar y entrar en la habitación, encontré a mi prima —su hija menor— sentada sola en una silla. Ella había estado velando a su lado, incluso durante toda la noche; yo estaba muy preocupado por ella, pero me sentí agradecido al ver que se mantenía fuerte. Gracias a su gentileza, pude acercarme a mi tío; al verlo luchar por respirar con regularidad a pesar de la máscara de oxígeno, puse mi mano sobre su pecho y oré en silencio a Dios. Decidí volver a visitarlo después de terminar mis deberes en la iglesia, tal como lo había hecho el domingo anterior. Al llegar a la iglesia, me enteré a través del chat familiar de que su presión arterial había bajado a niveles peligrosos, así que consulté a un anciano de la iglesia que es médico. Este anciano, que consideraba a mi tío como a uno de los suyos, me dijo que probablemente aquel sería el momento crítico. Por consiguiente, durante el culto en inglés de la tarde, mantuve el teléfono en el bolsillo y revisé frecuentemente el chat familiar en busca de novedades hasta que comenzó el servicio. Después del culto, el anciano —que ya había visitado el hogar de ancianos durante el descanso para el almuerzo— me dijo que mi tío parecía estar llegando al final de su vida, así que me dirigí directamente al hogar de ancianos con la Biblia en la mano. Muchos familiares y parientes se habían reunido y estaban celebrando un servicio; el anciano y yo nos unimos a ellos para adorar a Dios. En medio de esto, mi otro tío —un pastor que dirigía el servicio— anunció que el pastor principal de la Iglesia Presbiteriana Seungri (yo mismo) había llegado. Me pidió que asumiera la dirección del servicio después del sermón, y accedí humildemente. Sosteniendo la mano izquierda de mi tío, oré fervientemente a Dios. Después, recitamos el Padre Nuestro; justo al terminar, mi prima comentó que parecía que su padre había dejado de respirar. Fui a buscar a la enfermera y le pedí que verificara si había latidos cardíacos usando un estetoscopio. Ella

regresó apresuradamente con uno, examinó su corazón y sus ojos, y nos informó que había fallecido. Y así, el esposo de mi tía mayor nos dejó. Ella me contó que, en sus últimas voluntades, él me había encomendado los preparativos del funeral a mí, el pastor principal de la Iglesia Presbiteriana Victory. Mi tercer tío —también pastor— me había pedido que oficiara su servicio de colocación en el féretro antes de fallecer, llegando incluso a facilitarme el texto del sermón; y ahora, el esposo de mi tía mayor había hecho lo mismo... *Suspiro*. El personal de la funeraria llegó para recoger el cuerpo. Me acerqué una vez más a mi tío, que yacía en un sueño apacible, y le toqué la frente, la mejilla y la mano. Su cuerpo ya estaba frío. Su mano estaba completamente blanca. En mi corazón, susurré: «Tío...»

[Domingo, 16 de agosto de 2015]



No debemos dejar pasar el tiempo que se nos ha concedido...

El domingo por la mañana, visité la residencia de ancianos donde se encontraba mi querido tío mayor. Lo vi durmiendo con una máscara de oxígeno. Al observar su respiración dificultosa, puse mi mano sobre su corazón y oré a Dios Padre.

Poco después de terminar el culto en coreano, revisé los mensajes del grupo de chat familiar. Leí que su familia —sus hijos y nietos— le susurraba sus últimas palabras al oído a aquel amado padre y abuelo. También vi un mensaje de mi tío menor, quien sirve como misionero lejos, en Egipto; nos había pedido que transmitiéramos sus últimas palabras —«Gracias y te quiero»— a través de KakaoTalk. Él está haciendo un viaje especial desde Egipto para ver a su cuñado mañana... pero me pregunto si mi tío seguirá con vida para entonces. Hace años, cuando mi tío menor servía en la India, regresó con la esperanza de ver a mi tercer tío antes de que falleciera de cáncer, pero este murió mientras él estaba en camino; al final, solo pudo asistir al funeral antes de volver a la India... Temo que esta vez pueda ocurrir lo mismo...

Recordé las palabras de Eclesiastés 3:2: hay tiempo de nacer y tiempo de morir. «Tiempo de llorar, y tiempo de reír; tiempo de endear, y tiempo de bailar» (versículo 4). «Tiempo de amar, y tiempo de aborrecer...» (versículo 8).

Reflexiono sobre los tiempos de Dios. No siempre existe la oportunidad de expresar nuestro amor a nuestros queridos padres, ni siempre hay tiempo para perdonar o pedir perdón... No debemos dejar pasar el tiempo que Dios nos ha dado...

[17 de agosto de 2015]

Lo extrañaré.

Ayer, sábado, antes de celebrar el último servicio religioso para un anciano miembro de nuestra iglesia, continuamos alabando a Dios. Animé a la familia y parientes del anciano a acercarse a él mientras yacía en la cama del hospicio y a decirle sus últimas palabras. Primero, una diaconisa mayor, llorando desconsoladamente al despedirse de su amado esposo, le susurró al oído. Luego, su única hija, quien lo había cuidado durante mucho tiempo junto a su madre, lloró al dirigirle sus últimas palabras a su querido padre. Después de que todos le dirigieran unas palabras al anciano inconsciente, convertimos la habitación en un santuario para Dios y ofrecimos alabanza y adoración. Tras el servicio, todos, excepto la familia, abandonaron el hospicio; sin embargo, unas tres horas después, recibí un mensaje por KakaoTalk de esa hermana. Decía que nuestro querido santo se había dormido en paz y ahora estaba en los brazos de Dios. Y más tarde, me envió otro mensaje por KakaoTalk como este: «Pastor, muchísimas gracias. Cada vez que le pedía un favor, usted venía y consolaba a papá y a nuestra familia con alabanzas y la Palabra, permitiéndonos despedir a papá en paz, en el abrazo de Dios Padre. La última imagen de papá fue de paz. Me alegro». Le di gracias a Dios. Hoy es domingo y me estoy preparando para ir a la iglesia. Mientras me siento al fondo del santuario con una taza de café, creo que recordaré el asiento vacío de ese querido anciano. Lo recordaré cantando alabanzas a Dios con su amada hija en la última fila del coro. Lo extrañaré.

[21/11/2016]



La Sra. Choi Bun-nam

Tras el culto conjunto del Domingo de Pascua, mientras intercambiábamos saludos y estrechábamos manos, me acerqué a saludar a la Sra. Choi Bun-nam, quien ya había superado los ochenta años. Ella me miró y dijo con una sonrisa radiante: «¿Cuándo me llamará el Señor a casa?». Aún recuerdo vívidamente aquel momento. Había perdido a su esposo hacía mucho tiempo y dos de sus seis hijos también habían fallecido; además, no hacía mucho, encontró al hijo con quien vivía frío y sin vida al intentar despertarlo por la mañana: una tragedia que la dejó sumida en un profundo lamento. Después del funeral de ese hijo, me confesó: «Siento resentimiento hacia Dios». No puedo ni imaginar lo que siente el corazón de una madre que ha tenido que enterrar a tres de sus seis hijos... Sin embargo, recordar la sonrisa de la Sra. Choi mientras expresaba su anhelo por el cielo, tras aquel culto de Pascua, me llena de alegría.

1 de abril de 2013

Recordando a la difunta Sra. Choi Bun-nam

«Visité el complejo de apartamentos donde vivía la Sra. Choi Bun-nam, una querida miembro de nuestra iglesia. Aunque temía no encontrarla, tuve la fortuna de cruzarme con ella en el patio y subimos juntas a su apartamento. Una vez sentadas a la mesa, ella sacó una botella de agua del refrigerador; luego, apartando una tortita de frijol mungo que había

empezado a comer, me ofreció una fresca que estaba debajo. No tenía apetito y apenas podía comer; aquejada de mareos y un dolor intenso, comentó que la muerte sería mejor que seguir viviendo. Le dije: "Viviremos para siempre con el Señor en el Cielo, un lugar libre de dolor, soledad, tristeza y muerte". Al oír esto, expresó su deseo de ir pronto a ese Cielo. Le pregunté: "¿Crees en Jesús, verdad?", y ella respondió: "Sí, creo". Al escuchar su confesión de fe, me levanté de la silla, me acerqué a ella, puse mis manos sobre sus hombros y oré a Dios. Mientras me marchaba hacia la puerta, ella intentó seguirme llamándome: «Pastor...», así que me di la vuelta y la abracé. Ella se recostó contra mí y lloró, y yo la sostuve en un abrazo fuerte y reconfortante.

[5 de septiembre de 2017]



Conclusión

La muerte es el destino final de todos nosotros; nadie puede escapar de ella. Por tanto, debemos reflexionar profunda y reiteradamente sobre nuestra propia mortalidad. Para ello, es preferible asistir a funerales antes que a bodas. Al asistir a un funeral, debemos contemplar no solo nuestra propia muerte, sino también cómo debemos vivir y cómo llevar nuestras vidas a un desenlace lleno de sentido. Además, incluso a través de la muerte de nuestros seres queridos, debemos considerar seriamente en qué consiste la muerte de un santo: una muerte preciosa y hermosa a los ojos de Dios.

Para experimentar una muerte tan preciosa y hermosa, debemos adoptar una perspectiva adecuada sobre la muerte. Guiados por esta perspectiva y por las enseñanzas de la Biblia, debemos aprender cómo vivir y con qué propósito hacerlo durante el tiempo que Dios nos ha concedido en este mundo. Debemos llevar a cabo la misión que el Señor ha encomendado a cada uno de nosotros, fundamentados en una fe firme en la muerte y resurrección de Jesucristo. Por supuesto, cumplir esta misión conllevará inevitablemente sufrimiento y adversidad. Sin embargo, al igual que el apóstol Pablo, debemos valorar la misión dada por el Señor por encima de nuestras propias vidas; debemos estar preparados para afrontar la muerte a fin de cumplirla y —en medio de cualquier dificultad— trabajar con diligencia y fidelidad, sostenidos por la esperanza de la gloria que nos aguarda. Es posible que, como el rey Ezequías, enfrentemos una enfermedad que ponga en peligro nuestra vida. En tales momentos, al experimentar profundamente la fragilidad humana y buscar con fervor la ayuda de Dios, si Él nos concede una prolongación de la vida, debemos vivir con mayor determinación solo para el Señor, guiados por esa perspectiva de la muerte y comprometidos con nuestra misión. Debemos ser como un grano de trigo, ardiendo con un sentido de misión; un camino que inevitablemente exigirá sacrificio. Debemos aceptar incluso tal sacrificio como un acto de la gracia de Dios, deseando fervientemente que —aun

a través de nuestra propia muerte— se manifiesten la fragancia de Jesucristo y la gloria de Dios.

Como personas que albergan la esperanza de la resurrección, debemos dar gracias a Dios incluso al enfrentarnos a la encrucijada entre la vida y la muerte, viviendo una vida que honre a Jesucristo hasta el preciso instante en que Él nos llame a su presencia. Al hacerlo, debemos perdonar a todo aquel que necesite ser perdonado y reconciliarnos con todos aquellos con quienes sea necesaria la reconciliación antes de morir. Además, debemos valorar el tiempo que se nos ha concedido y vivir conforme a la palabra del Señor, amando a Dios y a nuestro prójimo cada vez más profundamente. Jamás debemos hacer nada de lo que pudiéramos arrepentirnos. Conscientes de que solo disponemos de tiempo para amar de verdad, debemos vivir amando a nuestras familias, a nuestros hermanos de la iglesia y a nuestro prójimo con el amor del Señor: un amor más fuerte que la muerte. Así, cuando el Señor nos llame —tras haber concluido nuestra labor terrenal y habernos despedido adecuadamente de nuestros seres queridos—, descansaremos en paz, sostenidos por el abrazo del Señor. Ruego fervientemente que, una vez que dejemos este mundo, nuestras vidas centradas en Cristo perduren como hermosos recuerdos para nuestras familias, nuestros hermanos de la iglesia y todos los que nos rodean.

